



Facultad de
Ciencias Sociales
y del Trabajo
Universidad Zaragoza



Universidad
Zaragoza

Estudio de la violencia dentro de la pareja y la controversia del género como factor central explicativo

A study of intimate partner violence and
the controversy about gender as a central
factor

Autora: Claudia Jiménez Hernando

Directora Tesina: María Ángeles Rueda Martín

Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo

Septiembre 2020

Tabla de contenido

RESUMEN.....	2
ABSTRACT	2
MARCO METODOLÓGICO	2
TABLA DE ABREVIATURAS	2
INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS.....	2
MARCO TEÓRICO Y SU DESARROLLO	4
1. CONCEPTOS PRELIMINARES	4
1.1. <i>Violencia doméstica</i>	<i>4</i>
1.2. <i>Violencia de género/ violencia contra las mujeres/violencia machista</i>	<i>5</i>
1.3. <i>VP-Violencia en la pareja/IPV-Intimate Partner Violence.....</i>	<i>7</i>
1.4. <i>Violencia en general en la sociedad.....</i>	<i>8</i>
2. ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA DEFINICIÓN DE LA VIOLENCIA EN LA PAREJA COMO UN PROBLEMA.....	10
2.1. <i>Inicio de las perspectivas.....</i>	<i>11</i>
3. EL CONFLICTO ENTRE SIMETRÍA Y ASIMETRÍA.....	12
3.1. <i>Simetría: La violencia intrafamiliar.</i>	<i>14</i>
3.1.1. Estudios que demuestran la simetría	17
3.1.2. Violencia bidireccional	19
3.1.3. Motivación y contexto	21
3.1.4. Factores de riesgo	23
3.1.5. Transmisión intergeneracional de la violencia.....	26
3.1.6. Consecuencias de la VP para hombres.....	28
3.2. <i>Asimetría: La violencia contra las mujeres</i>	<i>31</i>
3.2.1. El patriarcado como sistema de dominación masculina.....	32
3.2.2. Motivación y contexto	34
3.2.3. Roles de género, tradición y actitudes machistas.....	37
3.2.4. Distorsiones y reinterpretación cognitivas	39
3.2.5. Consecuencias de la violencia asimétricas.....	42
3.2.6. El proceso de buscar ayuda externa.....	46
3.2.7. Conocimientos situados	48
4. TIPOLOGÍA DE JOHNSON	51
4.1. <i>Estudio estadístico de la tipología y proporciones de cada tipo de violencia por género</i>	<i>57</i>
4.1.1. Estudios ajenos a Johnson que estudian la tipología	61
4.2. <i>Consecuencias de la violencia en la pareja según la tipología de Johnson.....</i>	<i>72</i>
4.3. <i>Proceso de búsqueda de ayuda externa según la tipología de Johnson.....</i>	<i>74</i>
5. SISTEMA DE JUSTICIA, TRATAMIENTO, PREVENCIÓN Y PREDICCIÓN	76
5.1. <i>Sistema de Justicia y punitivismo.....</i>	<i>76</i>
5.2. <i>El tratamiento de delincuentes como medida indispensable en un estado democrático moderno.....</i>	<i>78</i>
5.3. <i>La mejor medida a largo plazo, la prevención del delito.....</i>	<i>83</i>
5.4. <i>Predicción de violencia en la pareja</i>	<i>85</i>
CONCLUSIONES.....	88
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y MATERIAL LEGISLATIVO	93
LEGISLACIÓN	101
TABLA DE ILUSTRACIONES.....	101

Resumen

Esta investigación comprende un análisis de la violencia dentro de la pareja heterosexual desde un enfoque criminológico. Se encuadra como un análisis del estado de la cuestión mediante una revisión bibliográfica de las investigaciones más destacables sobre esta violencia. Para ello se reexaminan tres enfoques teóricos distintos: la perspectiva feminista, la perspectiva de violencia intrafamiliar y la tipología del Dr. M.P. Johnson. A partir de ésta última se reflexiona sobre su posible utilidad práctica en la detección, intervención, tratamiento, prevención y predicción de esta violencia. La controversia del género como unidad de análisis informa todo el cuerpo del texto. En suma, se ha comprobado que el género influye, tanto en la violencia hombre-mujer como mujer-hombre, y por tanto cualquier investigación sobre violencia en la pareja debe incorporar el género como unidad de análisis.

Abstract

The main topic of this dissertation is intimate partner violence from a criminological point of view. Also, the research is going to be **qualitative** and developed using a **literature review** as the main method for the study of intimate partner violence. Specifically, it is focused on the controversy between the feminist perspective and the intrafamiliar violence which remains unresolved. For that reason, the typology of violence by Dr. M.P. Johnson is considered. Its value is pondered for implementation in law enforcement, public policies, prevention, assessment, rehabilitation programs and so on. The conflict around gender as a useful tool for intimate partner research contributes to the whole body of the text. Hence, since it has been established the influence of gender both in men-woman violence and in women-men one, it should be taken into consideration in further investigations.

Marco metodológico

El presente trabajo consiste en una revisión bibliográfica, y por tanto, en una investigación cualitativa de los textos más destacados sobre violencia en la pareja, elaborando un estado de la cuestión sobre la controversia acerca del género en la explicación del fenómeno de la violencia en las relaciones íntimas heterosexuales.

Tabla de abreviaturas

CTS: *Conflict Tactics Scale*

VP: Violencia en la pareja

Introducción y objetivos

Se ha escogido la violencia en la pareja por la definición de este fenómeno como un problema social y de salud pública a escala mundial. Además, en los últimos años vivimos una situación en la que las noticias sobre violencia de género y el recuento de feminicidios generan una gran alarma en la sociedad. Debido a la gran repercusión social de este tema se cree pertinente realizar una investigación sobre violencia en la pareja. Asimismo, se analiza este tipo de violencia por ser objeto de debate en la academia desde hace algunos años, donde un sector reclama la definición del fenómeno como un problema que afecta tanto a hombres como a mujeres. Así, consideran que los hombres deben ser atendidos y protegidos por el sistema de atención a víctimas de violencia en la pareja. Este debate también afecta a otros sectores como la prevención, intervención con agresores y

víctimas y en la práctica jurisprudencial. Por ello, su relevancia circunscribe varios ámbitos, como pueden ser el político y social, el científico-académico, el relativo a la terapia con parejas donde existe violencia de pareja, etc.

Por una parte, en el ámbito de la investigación de la violencia en la pareja, la controversia sobre la importancia del género y la existencia de simetría o asimetría en la perpetración de violencia física de pareja ha polarizado las opiniones, creando una dicotomía que separa el conocimiento en dos perspectivas diferenciadas: la perspectiva de la violencia intrafamiliar y la perspectiva feminista. La doctrina que pertenecía al primer grupo demostraba la simetría mediante investigaciones cuantitativas, refiriéndose a la violencia situacional que se producía a consecuencia de conflictos de pareja que escalaban a violencia verbal, y en algunos casos, a violencia física. Sin embargo, el segundo grupo, aunque se ha dicho que negaba que las mujeres ejerciesen violencia, más bien negaba que existiera simetría en las consecuencias de la violencia hombre-mujer y mujer-hombre, argumentando que si contexto, motivación y consecuencias eran consideradas, la asimetría en los resultados era palpable, siendo las mujeres las que salían dañadas en mayores proporciones a consecuencia de la violencia de pareja. La perspectiva de M.P. Johnson, objeto de interés en este trabajo, intenta aunar ambas perspectivas y dar una explicación a los resultados contradictorios respecto a la asimetría/simetría de género. Este autor clasifica los tipos de violencia en la pareja heterosexual atendiendo a la presencia o ausencia de tácticas de control coercitivo, siendo que hasta ese momento el debate sobre la simetría o asimetría de género concernía de manera mayoritaria al estudio de la violencia física.

Así pues, teorizó que al utilizar muestras diferentes, metodología y conceptualizaciones distintas, se habían estado explicando fenómenos distintos. Los estudios ajenos a M.P. Johnson que revisaban la validez de la tipología de violencia en las relaciones de pareja, en lugar de hacerlo con muestras mixtas como había recomendado Johnson, lo hacían con muestras de población general, y por ello no obtenían resultados concluyentes. Por consiguiente, el objetivo general de este trabajo es analizar la violencia dentro de la pareja heterosexual y comprobar la influencia del género. Los objetivos específicos son profundizar en ambas perspectivas de investigación de la violencia en la pareja: la perspectiva de la violencia intrafamiliar y la perspectiva feminista, analizar la tipología planteada por el Dr. M.P. Johnson y las posibles repercusiones de la aplicación de ésta en justicia, tratamiento, prevención y predicción de agresores/as de violencia en la pareja.

Por otra parte, en el contexto internacional, la preocupación por la violencia que sufren las mujeres ha propiciado el desarrollo de normativa internacional para regular y castigar comportamientos machistas o de discriminación a las mujeres, influyendo esto a su vez en la normativa española. Se pueden destacar La Convención para la Eliminación de toda forma de Discriminación Contra las mujeres (1979), La Declaración de la Eliminación de Violencia contra las Mujeres de la Asamblea General de Naciones Unidas (1993), La Conferencia de Beijing (1995) y El Convenio de Estambul del Consejo de Europa (2011).

De un modo más concreto, la estructura de este trabajo es la siguiente: En primer lugar se definen ciertos conceptos indispensables para el análisis de la violencia en la pareja. En segundo lugar se examina el inicio y algunas de las teorías más destacables de las dos perspectivas de análisis tradicional de la violencia en la pareja heterosexual (la perspectiva feminista y la perspectiva de la violencia intrafamiliar). Este apartado no pretende ser un estudio pormenorizado de estas perspectivas

sino una síntesis de sus teorías y resultados contradictorios respecto a la simetría/asimetría en relación con el género. En tercer lugar se expone la teoría del Dr. M.P. Johnson, considerada una de las contribuciones teóricas más influyentes en el campo de violencia en la pareja. Para ello se hacen valer los estudios teóricos y prácticos de M.P. Johnson y también estudios externos que comprueban la utilidad y validez de la tipología de violencia propuesta por este autor. Por último, se consideran las repercusiones que podría tener la aplicación de esta tipología de violencia en la pareja en los diferentes ámbitos donde se insertan víctimas y victimarios de esta violencia.

Marco teórico y su desarrollo

1. Conceptos preliminares

Puente-Martínez et al. definen la violencia en la pareja como una lacra social con un importante impacto social. Además, consideran que éste es un fenómeno frecuente con grandes repercusiones para la salud de las víctimas (2016). De igual manera, la violencia doméstica es considerada como un problema de salud pública grave (Waalén et al. 2000; Gilfus et al. 2010). Se ha creído conveniente explicar los conceptos que se han utilizado para describir violencia en la pareja y violencia doméstica, ya que en algunos casos se usan indistintamente y pueden llevar a confusión. Por ejemplo, “violencia doméstica” se ha usado por la perspectiva feminista para denominar violencia contra las mujeres (en la pareja y en otros ámbitos), mientras que también se usa para denominar aquella que surge en el entorno familiar pudiendo englobar situaciones de violencia interparentales, en la pareja, contra mayores o dependientes.

1.1. Violencia doméstica

Según la legislación penal española la violencia doméstica, afectiva o similar es un delito contra la integridad moral a partir de una reforma del Código Penal operada por la LO 1/2003. La conducta típica prevista en el art. 173.2 de dicho texto normativo consiste en ejercer violencia física o psíquica con carácter habitual contra las personas mencionadas en el precepto indicado. La habitualidad se define atendiendo al número de actos y su proximidad temporal, con independencia de que dicha violencia se haya ejercido sobre la misma o diferentes víctimas comprendidas en este artículo, y de que los actos violentos hayan sido o no objeto de enjuiciamiento en procesos anteriores. Las personas protegidas son parejas (de noviazgo, cónyuges, y de hecho) con convivencia o sin ella, además de incluir exparejas. También ascendientes, descendientes o hermanos y personas convivientes. Se incluyen de igual manera a personas especialmente vulnerables. (Bolea, 2011). Según Bonnet, se incluyen las agresiones de cualquier miembro de la familia a cualquier otro, se consideran insertos dentro de la violencia doméstica la violencia interparental, ente hermanas/os y en la pareja, además de a personas mayores o dependientes. (Bonnet, 2015). La ONU recomienda que la legislación adoptada por los estados sea exhaustiva y considere dentro de la violencia doméstica la física, sexual, psicológica y económica (ONU Mujeres, 2012)

Cabe comentar que esta violencia sucede en todas las clases sociales, razas y religiones (Hotaling et al. 1989). Así, “en una de cada cuatro familias existe violencia contra los/las niñas/os o contra un miembro de la pareja y en una de cada cinco familias donde existe violencia, ambas personas de la pareja y menores sufren violencia doméstica”. Además, se debe destacar que en la definición de violencia doméstica de la perspectiva de violencia intrafamiliar es suficiente un acto de violencia para definirlo como una situación de violencia doméstica (Hotaling et al. 1989, p. 364).

Razón por la cual, en investigaciones de la perspectiva de violencia intrafamiliar las cifras de violencia son más altas.

Por otro lado, el término de violencia doméstica ha sido usado por las dos perspectivas (la perspectiva feminista y la perspectiva de violencia intrafamiliar) para denominar situaciones distintas. En muchas ocasiones *wife battering* se usa de manera intercambiable con violencia doméstica, utilizando el término para referirse a una situación de violencia en la pareja hombre-mujer. La anterior conceptualización es imprecisa ya que se está denominando una situación de VP hombre-mujer con el término violencia doméstica. Este último es mucho más amplio y abarca multitud de formas de violencia entre convivientes, familiares, en la pareja, etc. (M.P. Johnson y Ferraro). En otros casos se usa para denominar VP ejercida por cualquiera de los dos sujetos heterosexuales y puede llevar a confusión terminológica (Kelly y Johnson M.P., 2008). Cuando Santambrogio et al. definen la violencia en la pareja lo hacen insertándolo dentro de una definición amplia de violencia doméstica, ya que ambas se dan entre familiares o personas que conviven. Pero al dar la definición comparan el concepto que se tiene en Italia y el que se tiene en Reino Unido, refiriéndose el primero a un concepto de violencia doméstica contra las mujeres entre personas que conviven, mientras que el segundo incluye cualquier tipo de violencia o abuso/control, económico o emocional, entre cualquier miembro de la familia, pareja o expareja de una manera neutral al género y a la orientación sexual. (Santambrogio et al. 2019).

1.2. Violencia de género/ violencia contra las mujeres/violencia machista

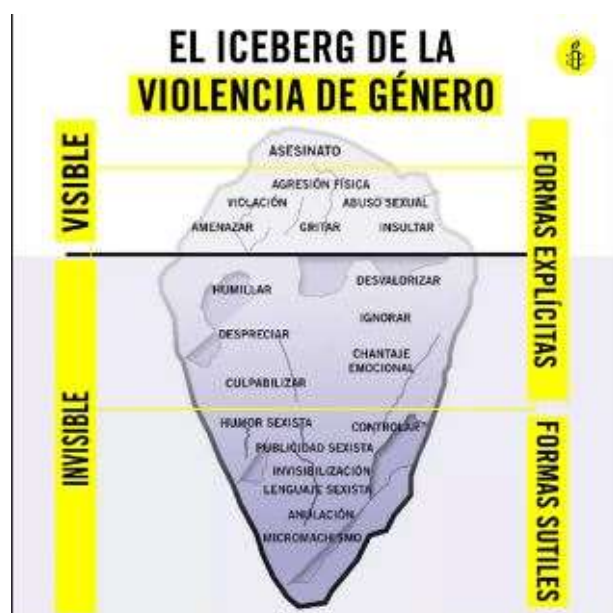


Ilustración 1 (Amnistía Internacional, n.d)

Siguiendo con la explicación de los distintos conceptos utilizados, la violencia contra las mujeres puede definirse como un problema social, de salud pública y de derechos humanos que inunda todos los contextos sociales (Boonzaier, 2008; Abramsky et al. 2011). Así pues, a través de CEDAW (*Convention on the Elimination of All Forms of Discrimination Against Women*) en 1979 de la ONU, los Estados firmantes se comprometen a promover la igualdad de género y eliminar cualquier forma de discriminación contra las mujeres en su ordenamiento jurídico, elaborando también medidas para cuantos ámbitos fuera necesario.¹ En esta misma línea, DEVAW (*Declaration on the Elimination of Violence Against Women*)² llevada a cabo por la Asamblea General de la ONU define la violencia contra las mujeres como un

obstáculo para la igualdad, siendo ésta una violación de derechos humanos. Además, se atribuye como causa la “histórica posición de inferioridad de la mujer respecto al hombre”, la cual ha promovido la hegemonía masculina y una posición carente de poder en las mujeres. También se reconoce la especial vulnerabilidad de algunas mujeres debido a la interseccionalidad y transversalidad de diferentes factores, como pertenecer a una minoría, situaciones de conflicto armado, etc que hacen más probable que estas mujeres sufran ciertas violencias. Bajo esta declaración se considera violencia contra las

¹ Convención para la Eliminación de toda forma de Discriminación contra las Mujeres de 1979.

² Declaración de la Asamblea General de Naciones Unidas para la Eliminación de Violencia contra las Mujeres de 1993.

mujeres a la violencia física, sexual o psicológica que ocurra en la familia, en la comunidad y aquellas que estén condonadas por el estado. Entre los comportamientos del primer ámbito se encuentran, aunque no están limitados por éstos, maltrato, abuso sexual de niñas, violencia relacionada con la dote, mutilación genital femenina y explotación. En el segundo ámbito se incluyen violación, abuso sexual, acoso sexual e intimidación en el lugar de trabajo y también en ámbito educativo, además del tráfico de mujeres y la prostitución forzada.

Por ello, no puede dejar de sorprender que el legislador español defina la violencia de género en el art. 1 de la LO 1/2004, de medidas de protección integral contra la violencia de género, circunscrita exclusivamente a la violencia en la pareja o ex pareja hombre-mujer, cuando en los textos normativos internacionales se incluye también en el ámbito educativo, laboral, doméstico, social, institucional, etc. Ello supone que otras figuras de violencia contra las mujeres quedan invisibles en las estadísticas oficiales. (Véase como ejemplo ilustrativo la imagen 1, que ofrece una visión sintética de las violencias visibles e invisibles, y por otra parte explícitas y sutiles contra las mujeres). De manera contraria a la definición penal de violencia de género existente en España, las legislaciones autonómicas han asumido una definición más amplia del término, sin embargo debe puntualizarse que éstas no tienen carácter punitivo. Por ejemplo, en la Ley 4/2007, de 22 de marzo, de Prevención y Protección Integral a las Mujeres Víctimas de Violencia en Aragón³ se considera que la violencia contra las mujeres circunscribe tres ámbitos: educativo o docente, ámbito familiar y ámbito social, ampliando así el ámbito de protección y asistencia a la mujer que se otorga en el concepto legal de violencia de género de la LO 1/2004⁴. En la ley aragonesa la violencia contra las mujeres abarca: la violencia física, sexual, acoso sexual, tráfico o utilización de la mujer con fines de explotación sexual o prostitución, la mutilación genital femenina, la violencia contra sus derechos reproductivos o sexuales, el maltrato económico, y otros comportamientos que lesionen la dignidad de las mujeres. Por otra parte, la *Llei 5/2008, del 24 d'abril, del dret de les dones a eradicar la violència masclista*⁵, que también está enfocada en la prevención, detección y sensibilización contra la violencia machista, define como violencia machista a la violencia física, psicológica, sexual en el ámbito de la pareja, familiar y/o laboral y considera otros comportamientos como los matrimonios forzados, el acoso sexual, tráfico y explotación sexual, entre otros. Por tanto, en estas dos leyes autonómicas se amplían los ámbitos en los que se considera que la violencia contra las mujeres puede acaecer. Además, se amplía el concepto de violencia de género y se adecúa más al concepto acuñado en los textos normativos internacionales, considerando comportamientos no definidos dentro del espectro de la legislación penal de violencia de género. En ambas normas autonómicas se alude, como en la LO 1/2004, a la posición de superioridad masculina y las relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres, además de la histórica discriminación de las mujeres como causa de estas violencias contra las mujeres. Nótese que en la ley catalana incluso el concepto utilizado es distinto, ya que se refiere a violencia machista, siendo éste un término de uso más actual y anotando una distancia palpable e intencional con respecto al término legal de violencia de género español, que se considera en algunos casos limitado y demasiado acotado. Se cree que el uso del término violencia machista busca expresar aquellas violencias que atraviesan y trasgreden la definición de violencia de género.

³ Ley 4/2007, de 22 de marzo, de Prevención y Protección Integral a las Mujeres Víctimas de Violencia en Aragón

⁴ Ley Orgánica 1/2004, de 22 de marzo, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género

⁵ Llei 5/2008, del 24 d'abril, del dret de les dones a eradicar la violència masclista de Catalunya.

Así pues, desde la ONU se considera violencia contra las mujeres a la violencia doméstica, violencia sexual (acoso sexual y agresión sexual), prácticas perjudiciales como matrimonio, mutilación genital femenina, crímenes de honra, comprobación de virginidad, feminicidio, trata, esclavitud sexual, además de otros que son cometidos por actores concretos o en entornos específicos, como la violencia contra la mujer en la familia, la comunidad, en situaciones de conflicto armado y la que se condona por el estado (custodia policial y por fuerzas de seguridad). (ONU Mujeres, 2012, p. 23).

En resumen, la perspectiva feminista utiliza conceptos como *wife battering*, *wife beating* y *wife abuse* porque el objeto de estudio de las investigaciones feministas es la violencia contra las mujeres en el entorno doméstico y/o de la pareja. Por ello, se utilizan términos que aluden a la posición de mujer como víctima de estas violencias. En dichos estudios se suele utilizar muestra selectiva, es decir, de centros de acogida de víctimas, de la policía y/o tribunales, de grupos de tratamiento de la violencia en la pareja. (Archer, 2006). Los resultados describen un patrón de conductas severas crónicas, experimentado durante algún tiempo, donde la víctima de esta violencia es el caso más extremo de VP y donde la víctima huye a un centro de acogida o contacta con las autoridades al respecto.

1.3. VP-Violencia en la pareja/IPV-*Intimate Partner Violence*

Por otra parte, la perspectiva de violencia intrafamiliar estudia todas las dinámicas violentas que pueden acontecer en el hogar: violencia interparental, de pareja, contra personas mayores y/o personas vulnerables. Por ello, desde dicha perspectiva se escogen términos como *spouse abuse* e *intimate partner violence* o violencia en la pareja. Estos conceptos son neutrales al género y su finalidad es expresar que cualquier persona, de cualquier género, puede ejercer y sufrir violencia en el entorno doméstico. Dobash et al. critican el uso de dichos términos, ya que pueden llevar a confusión, como que la violencia hombre-mujer y mujer-hombre son fenómenos cuantitativa y cualitativamente equiparables. Además, consideran que el género debe ser un aspecto central en el estudio de la violencia en la pareja. Así, opinan que para defender la simetría de género debe darse un marco teórico que explique por qué los hombres cometen la mayoría de los delitos violentos en todos los ámbitos, y sin embargo, en el contexto de violencia en la pareja, hombres y mujeres parecen tener una implicación similar en cuanto a frecuencia, consecuencias y magnitud de la violencia descrita. (Dobash et al. 1992). En palabras de Kurz: “Para la perspectiva de la violencia intrafamiliar, la violencia doméstica, es decir, toda la que ocurre dentro de la familia, debe ser el objeto de estudio, mientras que para la perspectiva feminista, la pregunta a la que debe darse respuesta es por qué las mujeres son de manera abrumadora las víctimas de la VP” (Kurz, 1989, p.498). Así, el estudiar la violencia en la familia, con la multitud de interacciones que existen, hace que la violencia de las mujeres se diluya entre el resto. Por ello, desde la perspectiva feminista se alega que debe ser estudiado de manera diferenciada al resto de violencia doméstica (Kurz, 1989).

De la misma manera, Straus argumenta que existen multitud de razones por las que la VP puede ser definida como un problema de violencia contra las mujeres, siendo una de ellas que las mujeres víctimas de VP sufren heridas de manera mucho más común que los hombres víctimas de VP. Además, ellas tienen menos recursos económicos, por lo que las organizaciones de atención a víctimas deben centrarse en las mujeres aunque la atención a hombres deba estar garantizada también (Straus, 2008).

Coker et al. definen la VP como cualquier agresión física, psicológica o sexual de una pareja actual o expareja, cohabiten o no, e independientemente del género. (Coker et al. 2002). Campbell incluye esos comportamientos y añade el control coercitivo y la humillación (2002). La definición de Dobash y Dobash de violencia en la pareja es la siguiente: “un acto físico o sexual realizado con la intención de provocar daño físico o psicológico a la víctima.” Además, el ambiente de maltrato incluye actos que, aunque no son violentos en el sentido de que no incluyen violencia física o lesiones, constituyen coacción, amenazas y/o intimidación que puede provocar miedo y temor en la víctima, y por tanto un clima violento e intimidatorio. (Dobash y Dobash, 2004, p.334).

Por otra parte, aquellas investigaciones donde se busca un conocimiento profundo del fenómeno, se

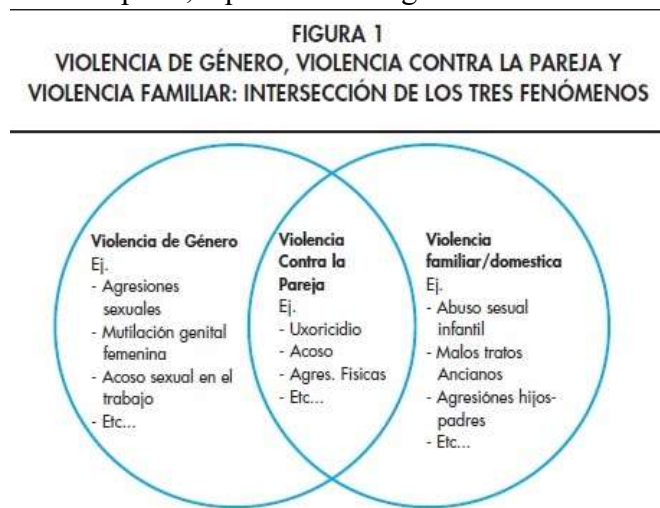


Ilustración 2 (Andrés-Pueyo et al., 2008), p.109

suelen incluir contextos, motivaciones, además de definir la VP de manera más amplia, considerando tanto la violencia física, como la sexual, psicológica, el abuso económico, las agresiones verbales e incluso el abuso espiritual (Dekeseredy y Macleod, 1997; citado en Michalski, 2005). Dixon y Graham-Kevan definen la VP “como cualquier acto de violencia física o/y comportamiento de control ejercido por una persona sobre su pareja o expareja, en cualquier tipo de relación, y ejercida por cualquier género” (2011, p.1145). Por lo tanto, incluye los comportamientos de control dentro de la definición de VP.

Considerando las definiciones anteriormente expuestas se puede ver cómo los comportamientos definidos como violencia en la pareja son distintos, y por tanto los resultados de la investigación se verán afectados por esta diferente conceptualización del fenómeno. Por ello, que las investigaciones se centrasen en la violencia física, y se decidiera excluir del objeto de estudio comportamientos tales como el control o la violencia sexual, puede tener repercusiones para la explicación de la violencia en la pareja y para la demostración de simetría/asimetría.

1.4. Violencia en general en la sociedad

En algunos casos la perspectiva feminista y la violencia intrafamiliar coinciden en que el estudio de violencia en la pareja o doméstica merece ser estudiado como un tipo de violencia autónoma (Kurz, 1989) mientras que en otros casos se cree que la violencia en la pareja debe ser investigada de manera independiente a la doméstica (Bates y Graham-Kevan, 2016). Después existe una perspectiva menos explorada que defiende que estos delitos no merecen un campo de estudio autónomo, ya que son vistos como una forma de violencia contra las personas más. Así pues, la VP es “parecida” a otro tipo de delitos o comportamientos antisociales y no debe establecerse como un fenómeno “especial” de violencia. De esta manera, las diferencias en los delitos cometidos por hombres y mujeres pueden ser interpretadas por la diferente socialización que éstos/as reciben y el distinto perfil delictivo de hombres y mujeres. Los hombres cometen la mayoría de delitos violentos, ya sea contra las personas o la propiedad, y además son más corpulentos. De esta manera, es más probable que las mujeres usen violencia como defensa propia y que sufran heridas en mayor medida,

en parte debido a su vulnerabilidad física con respecto a los hombres (Felson y Cares, 2005; Larsen y Hamberger, 2015, Felson et al. 2003).

De esta manera explican que el nivel de conflicto existente en la familia es mayor que en otros ambientes, ya que se comparte más tiempo juntos, en un espacio más reducido y se toman más decisiones de forma conjunta, por lo que el riesgo de fricción entre personas que conviven es mucho mayor que en la sociedad en general. Por ello, en algunos de estos conflictos pueden aparecer agresiones verbales, que a su vez, pueden escalar a violencia física. Esto parece indicar que la frecuencia de conflicto en las familias es mayor pero no por ello quiere decirse que estén inhibidos de utilizar la violencia dentro de la familia (Felson et al. 2003). Por ello, se realiza un estudio para comparar la predisposición violenta de algunas personas en el hogar y fuera de él. Se considera que las personas que son agresivas en un ámbito lo serán en ambos en concordancia. De hecho se comprueba que los hombres que son agresivos contra sus parejas heterosexuales es cuatro veces más probable que sean agresivos con gente desconocida, tanto verbal como físicamente, y también es más probable que hayan sido detenidos alguna vez. Esta probabilidad aumenta a cinco si son violentos también con los menores del hogar. Si existe violencia contra los menores y la esposa, las probabilidades de agredir a un extraño aumentaban cinco veces, comparándolo donde no existía violencia ni contra los niños/as ni la mujer y siendo nueve veces mayor para causar heridas a un extraño. Se mostró la misma relación directa entre mujeres que eran violentas, física o verbalmente, contra su pareja y su descendencia, aunque las cifras eran menores para mujeres. (Hotaling et al. 1989).

En esta misma línea, Felson compara los niveles de violencia ejercidos por mujeres y hombres contra su pareja, otras personas convivientes, normalmente sus descendientes, y contra personas desconocidas. El nivel de violencia ejercido por hombres contra su pareja heterosexual es más bajo que el nivel de violencia ejercido contra personas desconocidas, tanto violencia física leve como severa. Sin embargo, respecto a los menores y extraños, las cifras de violencia leve son similares. Por ello puede decirse que los hombres están inhibidos para ejercer violencia física contra sus parejas, leve y severa, poco inhibidos para ejercer violencia leve contra los menores, e inhibidos para ejercer violencia severa contra las/os niñas/os. Sin embargo, los resultados para las mujeres muestran que ejercen violencia en la misma proporción contra personas desconocidas y sus parejas heterosexuales. Además, las mujeres de las tres muestras mostraron conductas violentas leves contra los menores en mayor proporción que contra extrañas/os (Felson et al. 2003).

En general, se aprecia que los hombres están más inhibidos de usar la violencia física contra sus parejas heterosexuales que contra extraños. Las mujeres, por el contrario, no muestran inhibición ni desinhibición comparado con la violencia física contra personas desconocidas. Aunque este argumento se debe considerar con cuidado, debido a las bajas cifras de agresiones de mujeres a extrañas/os (Felson et al. 2003). Aunque Felson et al. usan estos datos para argumentar que las mujeres muestran niveles de violencia similares contra personas desconocidas y familiares, debe considerarse que las mujeres agreden a personas desconocidas en una frecuencia muy baja. Por lo tanto, la frecuencia con la que agreden a los menores del hogar también será baja. Esta comparación está mostrando que las mujeres utilizan niveles muy bajos de agresión tanto en el entorno doméstico como fuera del hogar. Los hombres mientras tanto usan las agresiones de manera menos frecuente en el hogar que fuera de él pero debe considerarse la frecuencia con la que usan violencia fuera del hogar.

En atención a la problemática expuesta, existe una **normativa social de protección de las mujeres** (o norma de caballerosidad) que plantea la abstención de usar la violencia contra las mujeres de los hombres. Esta normativa evita que se dañe a las mujeres al ser considerada como negativa por el conjunto de la sociedad (Archer, 2000; Felson, 2000, 2003; Felson et al. 2015). Los orígenes de esta “norma de especial protección de las mujeres” puede ser su vulnerabilidad física y menor tamaño respecto a los hombres (Felson, 2000; Felson et al. 2015) o su valor respecto a la fecundidad y valor demográfico (Felson, 2000). Las agresiones hombre-mujer están peor valoradas socialmente que la inversa, posiblemente debido a la “normativa de protección de las mujeres” (Archer y Haigh, 1999, Archer, 2000; Felson, 2000). También se considera la posibilidad de que estas “normas de caballerosidad” inhiban a los hombres de agredir a las mujeres, y por el contrario, hagan que ciertas agresiones leves de mujer-hombre estén toleradas y normalizadas en la sociedad (Dutton y Nicholls, 2005; Straus, 1997). Algunas mujeres tienden a pensar que abofetear a su marido no constituye un acto de violencia en la pareja. Así, se considera la posibilidad de que las normas de caballerosidad sirvan para desinhibir a las mujeres de agredir de manera leve a sus parejas, ya que éstos siguiendo las normas de protección de mujeres, se restringirán de contraatacar (Felson et al. 2015; Bookwala et al. 2005). Respecto a este punto, cabe destacar que hay cierta “aprobación social” en las películas y medios audiovisuales de agresiones leves de mujer-hombre en la pareja. Archer considera que en la sociedad actual esta normativa de protección de mujeres y la ideología patriarcal coexisten, aunque en sociedades occidentales la norma de protección debería tener mayor influencia que la del patriarcado (2000).

A modo de inciso cabe comentar que por decisión propia se ha escogido utilizar el término de violencia en la pareja (VP) por considerar que es un concepto con menos carga ideológica, intentando que sea neutral al género. Así, se hablará de VP y cuando se quiera especificar el género del agresor/a se hará utilizando la expresión violencia hombre-mujer o mujer-hombre. Cuando se trata el tema de VP hay un amplio abanico de términos disponibles, sin embargo, la mayoría de conceptos acarrean una carga ideológica y se sitúan en un contexto académico y social determinado. No se escoge un término neutral por creer que existan las mismas motivaciones y causas en la violencia hombre-mujer que en la violencia mujer-hombre, ni porque se crea que el género o patriarcado no influyen en la prevalencia en la VP, sino porque se quiere adoptar una perspectiva objetiva y neutral.

2. Antecedentes históricos de la definición de la violencia en la pareja como un problema

Para contextualizar cómo definen las dos perspectivas el fenómeno de la violencia en la pareja es necesario hacer una pequeña introducción sobre los antecedentes históricos de la despenalización y descriminalización de la violencia en la pareja.

Hacia 1850, el derecho del hombre a controlar el comportamiento de su mujer por medio de reprimendas o castigos físicos fue objeto de debate hasta el punto de ponerle ciertos límites, como por ejemplo, que el ejercicio de estas violencias fuera proporcional. Se podían imponer ciertas multas o penas privativas de libertad si el hombre usaba fuerza excesiva. (Dobash y Dobash, 1981). En el S.XIX surgirá el movimiento de las sufragistas que reclamarán derechos civiles como el voto. Más tarde, con el movimiento de liberación de la mujer de los años 60⁶ surgieron protestas de mujeres

⁶ Aunque el sufragismo fue un movimiento que dio comienzo a finales del S.XIX, el debate político sobre el papel de la mujer en la sociedad adquiriría gran relevancia con el movimiento de liberación de la mujer de los años 60.

acerca de la igualdad real. Los temas de sus reivindicaciones eran relativos a la familia, la sexualidad, el divorcio, el aborto, etc. Este movimiento favoreció que surgiera el *Women's Aid Movement* de los 70, con el que se crearon centros de ayuda para mujeres víctimas y sus descendientes. También se pedían reformas legales para proteger a las mujeres que sufrían violencia en la pareja. (Dobash y Dobash, 1981; Gilfus et al. 2010; Liang et al. 2005; Mills, 1999). El movimiento feminista ha contado desde entonces con múltiples debates y perspectivas sobre diversos temas que no pretenden ser objeto de este trabajo, pues es un tema extenso y complejo que podría ser objeto de análisis de un trabajo completo.

Por otra parte, ciertos aspectos como el debido respeto de la privacidad de las familias y la invisibilización de la violencia hombre-mujer en la pareja, dificultaban que las autoridades tuvieran conocimiento de los hechos y pusieran medidas. (Dobash y Dobash, 1981; Felson, 2000). Asimismo, la fragmentación del mercado laboral entre trabajo reproductivo y productivo relegó a las mujeres a sus hogares, aislándolas y haciendo más difícil que pudieran denunciar un “excesivo” uso de las reprimendas por parte de su marido (Dobash y Dobash, 1981). Lo cierto es que no siempre se había considerado un tema privado, ya que como explican Dobash y Dobash, en el S. XV existía un sistema de reprimenda comunitaria con penas públicas por haber cometido algún acto que estaba mal considerado por la sociedad. Algunos de los castigos se realizaban con el objetivo de provocar vergüenza en la persona que había provocado el daño y para la ciudadanía se trataba de una actividad social. Existía amplia variabilidad en las reprimendas sociales, pero éstas se hacían con el objetivo de resarcir de alguna manera el daño provocado a la persona ofendida. Siglos después, el control formal, las leyes y el sistema de justicia se institucionalizaron, dando paso a una marginación de las mujeres en la participación en el proceso. Así, algunas de las ofensas que se juzgaban en la “respuesta comunitaria” dejaron de tener expresión en el sistema de justicia institucionalizado, como por ejemplo, que el marido se sobrepasase en el castigo a su mujer, perteneciendo a partir de entonces a la esfera privada de la familia (Dobash y Dobash, 1981).

2.1. Inicio de las perspectivas

Para entender la controversia sobre el género y los resultados dispares de ambas perspectivas se debe atender al inicio, contexto y conceptualización que acogen ambas perspectivas de investigación.

El respeto a la esfera de privacidad en las familias (Felson, 2000), la justificación y legitimación de ciertos comportamientos violentos en el entorno doméstico (Gelles, 1980, 1985) promovieron su tolerancia por víctimas, victimarios, agentes de cuerpos de policía y testigos. Esta normalización de la violencia en el hogar, provocó la invisibilidad de estas formas de violencia, que hubieran sido consideradas ilegítimas y motivo de denuncia y proceso si realizadas contra un extraño/a. Esta invisibilidad de la violencia se redujo cuando comenzó a investigarse la violencia doméstica en los años 70. Por aquel entonces, la definición debía diferenciar entre los actos legítimos e ilegítimos de violencia en el contexto doméstico, por ello, se consideraba violencia a aquella que pudiera causar lesiones físicas (Goode, 1971; citado en Gelles, 1980). Otros investigadores centran su definición de violencia en la intencionalidad del autor (o percibida intención) de la víctima de causar dolor o lesiones físicas a la víctima (Gelles, 1997, p. 14; citado en Michalski, 2005). Más tarde, en los 90 aumentaron las investigaciones sobre VP, tanto en heterosexuales como homosexuales, y además se incrementó el número de artículos sobre violencia en parejas que cohabitan o parejas de

noviazgo o *dating violence*, ya que hasta entonces se enfocaban en la violencia dentro de la institución del matrimonio (M.P. Johnson y Ferraro, 2000).

Por una parte, se comenzó a estudiar la violencia en la familia por medio de encuestas poblacionales con muestras amplias y las cifras de violencia obtenidas fueron altas. Además, se constató que, tanto hombres como mujeres, agredían a sus parejas heterosexuales. Esto creó una disonancia cognitiva entre la creencia general de que la familia formaba una estructura de apoyo mutuo y amor y los resultados que mostraban un índice de conflictos y violencia física altos en las familias (Felson et al. 2003; M.P. Johnson, 2009; Straus, 2008). Con estos estudios se desafió la creencia de que la violencia doméstica y la violencia en la pareja tenía lugar solo en los perfiles socioeconómicos bajos y barrios marginales, demostrando que todas las familias tenían conflictos que en algunos casos escalaban a agresiones físicas (Steinmetz, 1977). Aunque Jewkes considera que la VP ocurre en todas las clases sociales, también apunta que su prevalencia es mayor en grupos socioeconómicos bajos (2002). Sin embargo, Felson considera que lo importante es el grupo con el que se comparan estas cifras de violencia. Por ello, si se comparan con la idea que se tenía de familia, eran preocupantes, pero si se comparaba con las cifras de violencia y agresiones en la sociedad general, el número de agresiones en la familia suponía un 11.7% de agresiones totales al año (*Bureau of Justice Statistics*, 1997; citado en Felson et al. 2003). A este tipo de estudios se le llamaría más adelante por las/os investigadoras: “la perspectiva de la violencia intrafamiliar”.

Por otra parte, cuando se comenzaron a establecer centros de acogida de mujeres se vio que describían patrones de violencia física severa y violencia psicológica por parte de sus parejas heterosexuales. Las muestras provenían de instituciones tales como policía, tribunales, centros de acogida, hospitales... (Dutton y Nicholls, 2005; M.P. Johnson, 2001). Los resultados de estas investigaciones cualitativas promovieron cambios en el sistema legal y sanitario, mejoras en la atención recibida por parte de la policía, educación y políticas públicas para proteger a las mujeres que sufrían VP. Como en estas muestras las víctimas eran en su totalidad mujeres, el fenómeno tomó el nombre de *Wife Battering* y *Wife Abuse* (Dobash y Dobash, 2004; Gelles, 1985; Kurz, 1990, 1997; Dutton y Nicholls, 2005) aunque con el tiempo pasó a denominarse también violencia doméstica (Kelly y Johnson M.P., 2008). De esta manera surgió la definición de la VP hombre-mujer como una violencia crónica, severa, que tendía a escalar y producir miedo en las víctimas. Este conjunto de estudios con muestra selectiva de centros de acogida e instituciones como policía y tribunales se les denomina “la perspectiva feminista”.

3. El conflicto entre simetría y asimetría

En este apartado se revisan los principales postulados y resultados de ambas perspectivas de conocimiento social: la perspectiva feminista y la perspectiva de violencia intrafamiliar. La mayoría de las explicaciones que se han dado sobre los resultados dispares de ambas perspectivas se atribuyen a la diferente metodología o muestra usadas, diferente conceptualización del fenómeno y sesgos en las personas que declaran la violencia ejercida o sufrida. (Archer, 2000; Gilfus et al. 2010; M.P. Johnson, 2001).

La perspectiva de violencia intrafamiliar realiza estudios sobre conflictos intrafamiliares usando datos cuantitativos y muestras amplias. La herramienta más utilizada en estas investigaciones es la CTS (*Conflict Tactics Scale*, Straus, 1979). Los resultados muestran bastante simetría en la perpetración de violencia física de pareja, es decir, hombres y mujeres ejercen violencia en la pareja en proporciones similares. Sin embargo, los estudios que definen la VP más ampliamente (los

integrados dentro de la perspectiva feminista) muestran que, aunque tanto mujeres como hombres utilizan la violencia física, las mujeres tienen más probabilidad de sufrir heridas y de ser las víctimas de abuso. Así concluyen que existe asimetría en las consecuencias. (Archer, 2006; Gilfus et al. 2010; Winstok, 2011). La controversia respecto al género existe porque una perspectiva habla de simetría en perpetración y la otra habla de asimetría en las consecuencias o resultados, argumentos que recaen sobre conceptos distintos (Straus, 2011).

Por una parte, la perspectiva feminista defiende que los problemas estructurales del patriarcado y la desigualdad de género promueven la violencia contra las mujeres, manteniendo y legitimando la dominación y hegemonía del hombre. Las agresiones ejercidas por mujeres son en defensa propia o por su situación de vulnerabilidad. Por ello, la igualdad de género es un requisito previo si se quiere acabar con la VP. (Winstok, 2011). Por otra parte, la perspectiva de la violencia intrafamiliar utiliza la teoría del conflicto y los factores de riesgo comunes entre mujeres y hombres para argumentar que ambos usan violencia en la pareja en proporciones similares.

Se ha debatido mucho sobre la asimetría/simetría en la perpetración de violencia física en la pareja, por ello hay estudios enteros y revisiones bibliográficas sobre el debate y las aportaciones de ambas perspectivas (Weinberg y Smadar-Dror, 2016; Winstok, 2011). También hay otros estudios que lo resumen de manera somera, e incluso algunas veces, sin darles nombre a las perspectivas sino explicando que utilizan diferentes conceptualizaciones, tienen diferentes objetos de estudio y tipos muestrales y poblaciones objeto de estudio distintas (Archer, 2000, 2006; Archer y Graham-Kevan, 2003; Chan, 2011; Dobash y Dobash, 2004; Felson y Cares, 2005; Gilfus et al. 2010; Hamberger, 2015; Johnson, 1995, 2006; Larsen & Morse, 1995; Leone et al. 2004; Rosen et al. 2005; Winstok, 2011, 2013). En otros estudios se explican las dos perspectivas en más detalle. (Dutton y Nicholls, 2005; Kurz, 1997; 1989; Michalski, 2005).

Es importante atender al tipo de muestra que utilizan las investigaciones, pero también a su definición del fenómeno. No se pueden comparar datos de incidencia y prevalencia entre estudios que denominan VP solo a la que se da en el matrimonio (Johnson y Leone, 2005; Stets y Burke, 2005) con otros que incluyen parejas que cohabitan y a exparejas (Felson y Cares, 2005; Felson et al. 2003; Smith, 1990), otros divorciados o casados pero que cohabiten (Morse, 1995) y con estudios que incluyen todos los tipos de pareja anteriores y añaden también parejas sexuales esporádicas y noviazgo informal o formal (Hayes y Koop, 2020). Hay además investigaciones que han usado muestras de estudiantes (Bates et al. 2014; Grandin et al. 2014; Hamby y Sugarman, 1999; Ronfeldt et al. 1998; Zweig et al. 2014). Incluir unos u otros tipos de parejas puede provocar que los resultados disten en contextos, dinámicas y características. Por ello sus resultados pueden no ser comparables o generalizables en el caso de las muestras de estudiantes. Además, si se seleccionan solo a parejas casadas se estará excluyendo a multitud de personas del estudio, pudiendo obtener resultados sesgados.

Sin embargo, Muñoz Rivas et al. no encontraron diferencias entre el nivel de agresión verbal en parejas de noviazgo, parejas que cohabitan y matrimonios. Tampoco hubo diferencias significativas en los niveles de agresión verbal dependiendo de la fuente de la información, es decir, si lo declaraba el participante o su pareja. (Muñoz-Rivas et al. 2007). Sin embargo no está establecido que la violencia en la pareja se manifieste de manera similar en todos los tipos de relación. Por ello, es necesario estudiar la VP en cualquier tipo de relación para poder investigar qué características y factores afectan a cada una y si existen similitudes entre ellas. Por ejemplo, se ha visto que cuando

una relación de noviazgo es seria y tiene características de relación formal, las posibilidades de que exista VP aumentan (Flynn, 1987; Stets y Pirog-Good, 1987). De esta manera, la violencia que se da en el matrimonio podría haber estado precedida por violencia durante la época de noviazgo (Flynn, 1987). Además, el aumentar la frecuencia con la que tenían citas o se veían también incrementaba las posibilidades de violencia (Stets y Pirog-Good, 1987). Si se atiende a la VP que se da en las parejas más jóvenes se podría prevenir que esto se convierta en un problema de violencia severo que acabe cronificándose. Cabe destacar que se ha observado que las costumbres del país donde se investigue y la existencia común de relaciones íntimas previas al matrimonio, influyen en la existencia de VP en relaciones de noviazgo o cohabitación sin estar casados. Por ello, en países donde las relaciones íntimas solo ocurren si las dos personas están casadas, la VP está fuertemente asociada al matrimonio. (Jewkes, 2002). Esto puede llevar a conclusiones erróneas si no se define bien el contexto cultural de la muestra objeto de estudio. Así, en algunas investigaciones se ha podido establecer que la violencia en el matrimonio era mayor pero es posible que si en ese territorio en concreto tener una relación estable y duradera de noviazgo no implica tener relaciones, se podría estar confundiendo la relación entre matrimonio y violencia.

En definitiva, ambas perspectivas utilizan metodologías y conceptos distintos, y por tanto, obtienen resultados y conclusiones diferentes. Así, la perspectiva de violencia intrafamiliar suele usar encuestas donde el concepto de violencia en la familia o pareja es haber cometido un acto de violencia física leve o grave en el último año. Desde la perspectiva feminista el concepto de violencia es más amplio e incluye violencia física, psicológica y sexual. En los estudios de la segunda perspectiva, se suelen entrevistar a mujeres que acuden a instituciones huyendo de un hogar donde sufren violencia. Los relatos de estas mujeres muestran una violencia severa y crónica con consecuencias devastadoras para su salud mental y física. También es necesario atender al concepto de pareja de las investigaciones, pues no podrán compararse los resultados cuantitativos de estudios que encuestan solo a matrimonios con otros que hacen una definición de pareja más amplia, incluyendo matrimonios, parejas de hecho, parejas con convivencia y parejas de noviazgo. Además, las herramientas utilizadas por estas perspectivas son diferentes: la perspectiva de la violencia intrafamiliar utiliza CTS de manera principal y la perspectiva feminista usa entrevistas. El cuestionario CTS mide la violencia acaecida durante conflictos en la pareja, por tanto, solo mide violencia expresiva. Mientras que la perspectiva feminista obtiene relatos completos de las mujeres que han sufrido situaciones de violencia en la pareja graves, ya que han acudido a instituciones por sentir miedo o indefensión.

3.1. Simetría: La violencia intrafamiliar.

La perspectiva de la violencia intrafamiliar considera que mujeres y hombres son agresivos por igual y por tanto utilizan la violencia en proporciones similares. Esta perspectiva suele utilizar muestras amplias y estudios cuantitativos. Como se ha dicho anteriormente, la definición de VP en la perspectiva de violencia intrafamiliar gira en torno a la violencia física que provoca daño de manera **intencional** (Gelles y Straus, 1979; citado en Gelles, 1985), siendo en muchas ocasiones la violencia física severa que puede causar heridas (Gelles, 1985). Debe señalarse que centran sus estudios en la frecuencia de la violencia doméstica y los factores de riesgo asociados, como el estrés y la normalización de la violencia en las familias (M.P. Johnson, 1995).

Straus define la simetría de género como “proporciones iguales de perpetración de violencia física en la pareja o incluso mayores en mujeres, sin incluir violencia sexual”. No se incluye la

violencia sexual porque no hay controversia acerca de la mayor perpetración de esta violencia en la pareja por parte de hombres (2011, p.280). Esta perspectiva aboga por una reconceptualización del fenómeno, ya que hasta entonces, la mayoría de los estudios de VP estaban centrados en la mujer como la principal víctima. Por ello, los/as autores/as de esta perspectiva quieren poner el foco en la violencia que se da dentro de la familia, considerando a todos los actores posibles víctimas y agresores (Morse, 1995). De esta manera, estudian todas las posibles interacciones violentas: interparentales, en la pareja, a personas mayores y a menores, además de establecer un concepto neutral al género (Kurz, 1997).

Como se ha dicho anteriormente, en la mayoría de las investigaciones de la violencia intrafamiliar se utiliza CTS (M.P. Johnson, 1995; Morse, 1995; Archer y Graham-Kevan, 2003; Dobash y Dobash, 2004). Esta escala cuenta con al menos 200 artículos científicos y numerosos libros, (Straus y Douglas, 2004) elaborados en al menos 40 países distintos (Straus et al., 1996). Esta escala y su versión revisada se construyen en **torno a la teoría del conflicto**, que muestra el conflicto como inevitable dentro de las relaciones humanas (Straus et. al, 1996). Según Straus, el problema no radica en la existencia de discusiones en una familia, sino en las habilidades de resolución de conflictos y comunicación que tienen los miembros de ésta para solucionarlos. (Straus, 1979). En esta encuesta se pregunta a ambas partes de la pareja sobre su comportamiento y el de la otra persona sobre acciones transcurridas en el último año. Para ello, dividen las estrategias de resolución de conflictos en tres: negociación, agresión verbal y física. (Straus, 1979).

Las investigaciones que usan CTS normalmente encuentran simetría en la perpetración, lo que contradice los resultados de investigaciones con otro tipo muestras selectivas o clínicas. (Chan, 2011; Winstok, 2013). Los ítems de esta escala se refieren a actos específicos que una persona comete contra su pareja heterosexual. Así, cualquier persona que haya agredido a su pareja en los últimos 12 meses (de manera leve o grave) es definida como perpetrador de violencia en la pareja. De esta manera, los estudios que muestran simetría se limitan a comparar porcentajes de hombres y mujeres que agredieron al menos una vez a su pareja heterosexual (Dobash et al. 1992; Dobash y Dobash, 2004; Archer, 2000; M.P. Johnson y Ferraro, 2000; M.P. Johnson., 2010) pero no se compara la frecuencia con la que ambos usan las diferentes formas de agresión física ni tampoco se miden las consecuencias físicas de estas agresiones (Chan, 2011; M.P. Johnson y Ferraro, 2000). Asimismo, el contexto, las dinámicas y la motivación de la VP tampoco se miden. (Chan, 2011; Dobash y Dobash, 1984, 2004; Dobash et al. 1992; Bookwala et al. 2005).⁷ Además, se utilizan términos que pueden ser ambiguos. Por ejemplo, si se cuestiona sobre una bofetada o un empujón pero no se hacen preguntas adicionales sobre la fuerza con la que se ejecutaron estos actos, las consecuencias etc. se puede clasificar erróneamente como un incidente leve. (Bonnet, 2015; Smith, 1990; Dobash et al. 1992; Dobash y Dobash, 2004; Kurz, 1989,1997; M.P. Johnson y Ferraro, 2000). Además, se aglutinan diferentes agresiones (violencia sexual, violencia física y violencia verbal) y se da la cifra media de todas estas formas de violencia llamándolo a todo violencia en la pareja, lo que puede llevar a confusión o errores de interpretación (Dobash y Dobash, 2004). Otra crítica expuesta es que solo se tiene en cuenta la violencia ocurrida en la pareja actual, lo que omite la violencia ocurrida en parejas que han decidido

⁷ Cabe resaltar que la versión revisada CTS-2 incluye escalas adicionales para medir las lesiones físicas producidas, además de ítems de violencia psicológica y coacción sexual (Straus et al. 1996). Jones considera que estas novedades fueron menospreciadas por reducirse el debate a la simetría/asimetría de género y al estudio de la violencia física (Jones et al. 2017).

romper el vínculo (Bonnet, 2015). Kimmel considera que CTS, al preguntar sobre violencia ocurrida durante conflictos, nos permite medir la violencia expresiva, pero no la instrumental. La primera sería aquella que manifiesta estados emocionales negativos tales como la ira, la frustración y el estrés, mientras que la segunda se usa con el objetivo de conseguir control, infligir dolor, heridas y terror. (Kimmel, 2010). Kimmel por su parte, critica la supuesta “objetividad absoluta” de los estudios de la perspectiva de la violencia intrafamiliar, diciendo que en la mayoría de los artículos usan CTS, o utilizan una muestra muy joven, que puede dar resultados no generalizables al resto de la población. Poniendo de ejemplo el metaanálisis de Archer (2000), uno de los más citados, cuenta con 76 artículos que usaban CTS de un análisis total de 82 estudios (Kimmel, 2010).

Ya se ha comentado anteriormente que la perspectiva de la violencia intrafamiliar prefiere usar muestras aleatorias, ya que éstas permiten obtener resultados generalizables y cuantificables. Pero el uso de estas muestras también conlleva la reducción del objeto de estudio, como por ejemplo, en el caso del CTS que se mide la violencia acaecida durante conflictos domésticos (Gelles, 1985). La mayoría de investigaciones de la perspectiva de violencia intrafamiliar estudiará la violencia física, siendo que en muchas definiciones el término de VP puede circunscribir comportamientos de violencia sexual y psicológica, que en algunos casos y no todos, van acompañados de violencia física. (Jewkes, 2002). Autores como Straus, aceptan que aunque ellos han dedicado su vida al estudio de la violencia física dentro de la pareja, ésta no tiene por qué ser la conducta más dañina dentro de una relación (1997).

Respecto a las muestras, los datos clínicos recogidos por terapeutas y profesionales de salud mental dan acceso a información cualitativa rica en detalles sobre las mujeres que han sufrido violencia física severa (a manos de su pareja heterosexual), sin embargo, sus resultados no pueden usarse para generalizar sobre el fenómeno ni pueden tener representatividad (Gelles, 1985) debido, entre otras cosas, a su limitada muestra. Así, los integrantes de la perspectiva de violencia intrafamiliar acusan a la perspectiva feminista de usar muestras sesgadas, que darán lugar a resultados sesgados. Straus define esto como “la falacia clínica”. Aunque también admite que los resultados de estudios con muestra aleatoria pueden no representar los casos de mujeres en centros de acogida (2008). En ese mismo sentido, el 80-99% de los casos en los que se llama a la policía, el hombre es el agresor (Straus, 2010). Seguramente sea debido a la mayor probabilidad de sufrir heridas de las mujeres y su mayor experimentación de miedo, además de a la mayor corpulencia de ellos. Por esto dice Straus, que los datos de hospitales y policía no son representativos de la sociedad en general. (Straus, 2010). Por el contrario, otras explicaciones que se dan a la menor presencia de hombres víctimas en datos de policía es la posible trivialización de la violencia mujer-hombre por quienes la sufren (Nybergh et al. 2016; Rosen et al. 2005). Así, algunos hombres describen la violencia física mujer-hombre como ridícula e inútil (Anderson y Umberson, 2001).

Las cifras oficiales obtenidas de estadísticas sobre delincuencia y victimización pueden dar una imagen de la VP que no es la real. Parte de la problemática sobre estas cifras es que es difícilmente cuantificable debido a la gran “cifra negra” de estos delitos. Si solo se considera la cifra oficial obtenida con datos clínicos o de datos de policía y tribunales para definir el fenómeno de VP, las consecuencias pueden ser muy negativas como construir un perfil de víctima y agresor alejado de la realidad de la violencia en la pareja. Si con estos datos se construye un sistema para detectar posibles casos de VP por parte del sector médico, policía y otros profesionales se pueden dar numerosos falsos negativos. De la misma manera, si se construyen tratamientos o intervenciones con esos datos, puede

que las intervenciones que se desarrollen no sean generalizables para todo tipo de perfiles de personas que han cometido actos de violencia en la pareja. (Gelles, 1985).

3.1.1. Estudios que demuestran la simetría

Como se ha dicho anteriormente, cuando se utilizan muestras aleatorias poblacionales o de estudiantes se encuentra que hombres y mujeres agreden a sus parejas en proporciones similares (Bookwala et al. 2005; Straus, 1997). Así, en una investigación de Straus et al., las cifras de hombres que ejercieron violencia física contra su pareja heterosexual en el último año (al menos una conducta) fueron 47%, mientras que para las mujeres fue 35%. Pero si se incluye violencia sexual, el 49% de hombres y 31% de las mujeres ejercieron violencia física y/o violencia sexual en el último año contra su pareja heterosexual. (Straus et al. 1996) Por tanto, hombres y mujeres tienen una probabilidad similar de sufrir VP pero las mujeres tienen más probabilidad de sufrir coerción sexual. (Straus et al. 1996 ; Ansara y Hindin, 2010, Machado et al. 2019).

En los casos en los que las mujeres declaran haber sufrido uno o más incidentes de violencia severa (la que es potencialmente causante de una herida, como por ejemplo, cuando los actos constituyen puñetazos, patadas o agresiones en las que se usaba un arma) el 35.2% de los casos estas agresiones son unilaterales y cometidas por sus parejas heterosexuales, mientras que en el caso mujer-hombre constituye el 29.6% de las veces. Esto nos lleva a la conclusión de que, sean agresiones leves o graves, las mujeres declaran haber cometido estas agresiones sin que sus parejas las agredan, en alrededor 25-30% de los casos. Respecto a la iniciación de la violencia, las mujeres admiten que, en la peor agresión física que recordaran acaecida durante una pelea física con su pareja, el primer golpe lo dio él en el 42.3% de las veces y el primer golpe lo dio ella en el 53.1% de los casos. Esto disuade de pensar que la violencia de las mujeres sea en **defensa propia** todas las veces. Se muestran patrones repetitivos de violencia física tanto de hombres como de mujeres, aunque la frecuencia es mayor en violencia física perpetrada por hombres. No se puede descartar que en muchos casos las mujeres actúen en defensa propia, pero debido a estos resultados, no se cree que sea la principal razón. (Straus, 1997).

Asimismo, se obtienen **cifras de comisión de violencia psicológica** (leve y grave) y violencia física severa similares, siendo para la primera (hombres 85% y mujeres 91%) mientras que para la segunda (15% ambos). Aunque las cifras de ejercicio de la violencia física (sin discriminar entre grave o leve) son algo más altas para hombres (46% de hombres y 38% de las mujeres). (Hamby y Sugarman, 1999). Por tanto, las agresiones psicológicas y físicas (leves y graves) son ejercidas en mayor proporción por mujeres. Pero se debe tener en cuenta que las agresiones físicas graves se dan porcentajes muy pequeños (tanto en mujeres, 0.5% como hombres, 1.2%) (Muñoz-Rivas et al. 2007), por lo que las generalizaciones deben realizarse con cautela. En este caso debe considerarse algunas de las críticas que se habían generado en la perspectiva feminista. Cuando se analiza sin discriminar acerca de la gravedad de la violencia o se aglutina violencia física y psicológica las cifras obtenidas son altas y simétricas al género, pero ¿es esto útil para el análisis de la violencia en la pareja?

Respecto a las **agresiones verbales en la pareja**, éstas son iniciadas en mayor medida por mujeres y además, Muñoz-Rivas et al. consideran estas agresiones un comportamiento muy común en parejas jóvenes (2007). En algunos estudios se duda de la transición de agresión verbal a física (Felson et al. 2015). Sin embargo, la mayoría de la literatura afirma que la violencia verbal es negativa y constituye un factor de riesgo para la violencia física (Felson et al. 2003; Hamby y Sugarman, 1999; Stockdale et al. 2013). Se debe tener en cuenta que la violencia verbal se da con mayor frecuencia

durante discusiones familiares que en conflictos con personas desconocidas (Felson et al. 2003). Por consiguiente, se necesita más investigación sobre la relación entre agresión verbal y otros tipos de VP (Stockdale et al. 2013). También se debe investigar con poblaciones de edades diversas, ya que las anteriores escogen muestras jóvenes y pueden no ser representativas de la violencia verbal existente en la totalidad de parejas.

Con respecto a este apartado, se debe considerar que una de las críticas de la perspectiva feminista es que solo es necesario haber cometido uno de esos actos de violencia contra su pareja heterosexual para ser definido como una persona violenta que agrede a su pareja. El número de actos puede ser similar pero ¿lo son las consecuencias? ¿lo es en frecuencia? Mientras que el número de actos perpetrados por ambos puede ser el mismo, si la naturaleza de estos actos es diferente, las consecuencias pueden serlo también. (Dobash y Dobash, 2004). Por la presente definición de persona violenta en la pareja parece lógico que los resultados de las investigaciones que se acogen a esta clasificación tengan un nivel mucho más alto de prevalencia de VP que otras (Dobash y Dobash, 2004). La violencia mujer-hombre y hombre-mujer distan mucho de ser idénticas si se tienen en cuenta motivación, intención, contexto y consecuencias de la violencia (Dobash y Dobash, 2004). Por otra parte, Dutton y Nicholls consideran que si existen altas proporciones de mujeres que agreden físicamente a sus parejas heterosexuales y la mayoría es iniciada por ellas, ¿cómo puede decirse que la motivación de ellos es controlarlas y ejercer poder y la de ellas en defensa propia? (2005).

Otros aspectos estudiados son la relación entre duración de la relación sentimental y el riesgo de VP. Se observa que el riesgo de violencia hombre-mujer aumenta un 3% por cada mes adicional de duración de la relación (Straus, 2008) aunque en otros estudios se considera que por cada mes aumenta un 10% (Stets y Pirog-Good, 1987). Además, en el caso de la violencia bidireccional, ésta muestra una correlación negativa con la edad, por lo que cuanto más edad tienen ambas partes de la pareja, menor es la probabilidad de que ejerzan violencia bidireccional (Straus, 2008). Esto concuerda con el estudio de Bookwala et al., en el que se considera que a medida que los sujetos maduran, utilizan menos estrategias de resolución de conflictos de confrontación o agresión verbal que potencialmente pueden escalar en violencia física, por ello se cree que la violencia física durante los conflictos se reduce con la edad (Bookwala et al. 2005).

Una de las críticas de la perspectiva feminista que ya ha sido comentada, era que los estudios de la perspectiva de violencia intrafamiliar solo preguntaban por violencia ejercida por la pareja actual. Y en efecto, en una investigación de Ansara y Hindin se concluye que es más probable declarar victimizaciones por parte de una ex pareja que de una pareja actual, ya que el 95.2% de hombres y el 94.1% de mujeres que se referían a su pareja actual, dijeron que no habían sufrido ningún episodio de violencia, mientras que las personas que se referían a su expareja heterosexual en la encuesta dijeron que no habían sufrido violencia (51.4% mujeres y 66.2% hombres) (2010). Si se considera la violencia más severa, además incluyendo tácticas de control, ésta es declarada en mayor medida sobre exparejas, tanto para hombres como mujeres. (Ansara y Hindin, 2010). Respecto a esto cabe considerar el estereotipo de que las mujeres que sufren violencia no abandonan a su pareja. Por el contrario, 2/3 de la muestra de las mujeres que declaraban haber sufrido violencia, habían también abandonado a su pareja abusiva. (Herbert, Silver y Ellard, 1991; citado en M.P. Johnson y Ferraro, 2000).

3.1.2. *Violencia bidireccional*

La mutualidad o bidireccionalidad de la violencia se refiere a que ambas partes de la pareja ejercen violencia física. A este respecto, la violencia en la pareja se debe estudiar en un contexto diádico, preguntando tanto a hombres como a mujeres por perpetración y victimización (Dixon y Graham-Kevan, 2011; Esquivel-Santoveña y Dixon, 2012; Savall et al. 2017; Straus, 2008, 2011, 2015; Straus y Gozjolko, 2014). Así pues, cuando se investiga el comportamiento de ambos y sus experiencias de victimización y perpetración de VP, se ve que tienen proporciones similares (Archer, 2000, Michalski, 2005) o que la forma de violencia en la pareja heterosexual más frecuente es la mutua o bidireccional (Bonnet, 2015). Las encuestas sobre victimización y perpetración donde participan tanto hombres como mujeres generan conocimiento de mucha más calidad, al poder establecer las dinámicas de violencia de ambos dentro de la pareja, comprobando si ésta es unidireccional o bidireccional (Dutton, 2012, p.100). Además, si también se pregunta por el comportamiento de la pareja del participante se pueden cruzar datos y validarlos, lo que mejora el conocimiento sobre el fenómeno y las dinámicas de ambos en la pareja (Esquivel-Santoveña y Dixon, 2012). En cambio, el estudio de mutualidad no puede ser realizado con las encuestas sobre victimización en las que solo participan mujeres o en estudios con muestras de agencias o clínicas (Dutton, 2012, p.100). Por desgracia, los estudios sobre violencia mujer-hombre son escasos, lo que hace más difícil solucionar la controversia sobre la asimetría/simetría de género en cuanto a perpetración de violencia física (Savall et al. 2017).

En una de las primeras investigaciones a nivel nacional (Straus et al. 1980; citado en Gelles, 1985) se encontró que en las parejas donde existía violencia (que era probable que causara heridas, aunque no las causara realmente) la mitad era bidireccional, $\frac{1}{4}$ era ejercida de manera unilateral por el hombre, y en el otro $\frac{1}{4}$ de los casos, la mujer ejercía violencia de manera unilateral. En un estudio de Morse, entre el 50-60% de las parejas declararon que ambos eran víctimas y ejecutores de VP, de la otra mitad, $\frac{2}{3}$ era violencia unilateral mujer-hombre. Respecto al altercado más grave de violencia del último año, el 47.4% declararon que ambos habían agredido físicamente al otro. Entre los que respondieron que en ese altercado grave la violencia fue unilateral, el 78.4% de hombres y 40% de mujeres dijeron que su pareja heterosexual había utilizado violencia física contra ellos/as en el altercado más grave y el 60% de mujeres y 21.6 % hombres declararon que ellas eran las únicas personas que habían usado violencia física (Morse, 1995). Sin embargo, en un estudio de Straus en el que la mayoría de la violencia es bidireccional, esto es declarado por el 42 % de los hombres y 43% de las mujeres. El segundo tipo más común es violencia hombre-mujer (unidireccional) según el 39% de los hombres y 36% de las mujeres. Quedando unos valores de 19% de hombres y 21% de mujeres que declararon que la violencia en su pareja era mujer-hombre (unidireccional). (Straus, 2015).

Straus realizó un metaanálisis con 91 estudios donde se seleccionaron tanto muestras de población general como de población clínica y de agencias, contando con 36 de violencia física grave en población general, 14 con datos de lesiones físicas en población general, 21 con datos de agencia sobre lesiones física y agresiones, 5 sobre estudios que miden bidireccionalidad en casos de agencia y 7 estudios sobre homicidios mujer-hombre en la pareja. En los estudios con muestras generales aleatorias, la agresión de mujeres superó la proporción de agresiones de hombres en un 145% (Straus, 2011). Así, los hombres agredieron de manera grave a sus parejas heterosexuales 5.1% y las mujeres, 7.1% (Straus, 2011). Cuanto más altas las cifras de violencia física grave hombre-mujer, más altas eran las cifras de violencia física grave mujer-hombre, lo que indica posibilidad de mutualidad.

(Straus, 2011). En las muestras de agencias, la proporción de miembros de la pareja que agredieron a la otra persona, tanto de manera leve como severa, o causaron lesiones físicas, fue del 63% en hombres y 48% en las mujeres (Straus, 2011). Cuanto más severa es la violencia de ellos, más grave se muestra la violencia de ellas, y por tanto, cuando existen agresiones severas, suelen ser bidireccionales. Pero en líneas generales, la violencia hombre-mujer (unilateral) era 16% de media y violencia mujer-hombre de media, 26%. (Straus, 2011). En la muestra de agencias donde se preguntaba a ambos sobre las agresiones cometidas contra su pareja, la media de perpetración hombre-mujer fue 23% y mujer-hombre fue 30%, y en la que era bidireccional fue de media 56% (Straus, 2011).

En otros estudios, la violencia bidireccional se ha mostrado alta pero no ha llegado a ser la violencia que se da en mayor proporción. Así, en un investigación con estudiantes, de las 562 parejas de la muestra, 213 declaran haber vivido una situación de VP. 80 de ellas sufren violencia bidireccional (el 38%) y en el 62% de los casos es asimétrica, bien hombre-mujer o mujer-hombre, siendo las cifras de mujer-hombre un poco más altas. De las 256 parejas en las que solo existía violencia psicológica, la mitad era simétrica y la mitad era asimétrica. Respecto a la violencia psicológica asimétrica, el 64% era de mujer a hombre y el 36% al contrario. (Grandin et al. 1998).

En un estudio sobre victimización en la pareja mujer-hombre con muestra aleatoria (n=1556 hombres) en el que se tiene en cuenta violencia física, agresión verbal y violencia sexual, el 19.7% de los hombres declaran haber tenido una relación de pareja violenta. De estos, son víctimas de violencia mujer-hombre el 2.7% de participantes, el 3.9% de éstos ejercen violencia hombre-mujer y en el 73.7% de los casos admiten ser tanto víctimas como victimarios de violencia en la pareja (violencia bidireccional). El tipo de violencia menos prevalente es la física. El 16.2% y el 13.5% de participantes declaran haber sido víctimas y victimarios de este tipo de violencia en la pareja, respectivamente. Para violencia sexual el 30.6% y el 38.2% de los hombres declaran haber sido víctimas y victimarios de esta violencia. Los hombres tenían más probabilidad de haber ejercido coacción sexual contra su pareja heterosexual tanto en el último año como a lo largo de su vida que de ser víctimas. Pero el patrón para conductas de agresión física fue el contrario, y era más probable que ellos hubieran sido víctimas de violencia mujer-hombre en la pareja, tanto en el último año como a lo largo de su vida (Machado et al. 2019). Los hombres que declaraban tener relaciones violentas bidireccionales tenían más probabilidad de sufrir agresiones físicas y lesiones, y también, más probabilidad de coaccionar sexualmente a su pareja heterosexual, tanto a lo largo de su vida como en el último año (Machado et al. 2019). La violencia bidireccional era la más prevalente, pero había asimetría en los tipos de violencia y en las subescalas de violencia menor y severa. (Machado et al. 2019, p. 88).

En general, la mayoría de los patrones de violencia son recíprocos (Krahé y Berger, 2005; Machado et al. 2019; Straus, 2015; Straus y Douglas, 2004) y los hombres obtienen puntuaciones de victimización de violencia física mayores que las de las mujeres (Krahé y Berger, 2005; Machado et al. 2019). Por el contrario, en otras investigaciones se considera que la mayoría de la violencia leve es bidireccional pero la violencia física severa es ejercida en mayor proporción por hombres (Chan, 2011). Además, la violencia bidireccional parece ser un factor de riesgo para sufrir lesiones físicas (para hombres) y para sufrir violencia sexual (para las mujeres) (Machado et al. 2019). Respecto a la diferenciación entre violencia física leve y severa debe tenerse en cuenta que éstas tienden a solaparse, ya que quien agrede físicamente de manera grave es probable que antes haya agredido de manera

menos severa a su pareja (Straus y Douglas, 2004). Respecto a la prevención de cualquier tipo de VP, Straus considera que disuadir a las mujeres de usar agresiones físicas leves contra sus parejas debe ser prioritario, ya que esto puede aumentar la probabilidad de que ellas reciban un golpe más severo de sus parejas, realizado como un contrataque por ellos (Straus, 1997).

En efecto, es necesario estudiar la violencia en la pareja como una interacción de ambas personas. Así, ver si la violencia es unilateral o bidireccional puede mejorar mucho la intervención con esa pareja. Pero el contexto y la motivación deben ser examinados en profundidad antes de dictaminar que la mayoría de la violencia se establece en un patrón de conductas bidireccionales.

Como puede apreciarse en estos dos apartados, estos estudios son principalmente estadísticos y buscan un conocimiento cuantificable del fenómeno.

3.1.3. Motivación y contexto

Una de las críticas más repetidas por la perspectiva feminista es que los estudios de la perspectiva de violencia intrafamiliar no miden el contexto ni las motivaciones de las agresiones. Se ha considerado que las motivaciones para ejercer VP de hombres y mujeres son similares (Gelles, 1985). Por el contrario, otros autores consideran que, aunque hombres y mujeres ejerzan violencia física en proporciones similares, esto no significa que tengan las mismas motivaciones para ello (N.L. Johnson et al. 2016).

La defensa propia es uno de los motivos a los que se suelen referir las mujeres cuando se les pregunta por los motivos de su violencia contra su pareja heterosexual, es por ello, que el contexto debe ser examinando, pudiendo ser este un factor de riesgo situacional. Algunas mujeres definen su motivación como la de ejercer control contra su pareja heterosexual pero en algunos casos la motivación que dicen hay detrás es en represalia a la violencia sufrida por ellas. Además, no hubo diferencias significativas dependiendo de dónde se hubiera cogido la muestra. Aquellas personas que habían ejercido violencia severa contra sus parejas heterosexuales mostraban niveles más altos de ira, hostilidad e internalización de emociones que aquellos que habían ejercido violencia leve (Mackay et al. 2018).

La perspectiva de la violencia intrafamiliar quiso considerar también el control que las mujeres podían ejercer contra sus parejas, ya que el control y la dominación de los hombres contra las mujeres había sido uno de los argumentos clave de la perspectiva feminista y de la teoría del patriarcado. El control está mediado también por la percepción de autoeficacia de una persona, por ello las personas que sientan una baja autoeficacia intentarán compensarlo controlando a su pareja para que aumente su percepción de control del ambiente. En este caso, esta hipótesis se comprueba solo en el caso de las mujeres. Si cuando intentan controlar a la otra persona para mejorar su identidad de cónyuge, aun así no mejora y tampoco su percepción de autoeficacia, como último recurso acudirán a la agresión para intentar recuperar el control de la situación y de su vida. Para ambos, cuando sube el nivel de control de la mujer, sube el nivel de agresión física del hombre y viceversa. Se entrará en una espiral porque el usar la violencia contra su pareja provocará lo contrario de lo que se esperaba, empeorando su autoconcepto, sintiéndose culpable por los hechos, lo que puede provocar que aumenta aún más la violencia (Stets y Burke, 2005).

Stets y Pirog-Good describen el proceso de control como “un conflicto de poder donde un miembro de la pareja intenta cambiar, modificar o controlar el comportamiento del otro. Por ello, el desafío de una de las personas por controlar hace que se cuestione el derecho de la otra persona a

ostentar el poder. En respuesta al desafío de poder la persona que ejerce la violencia siente que pierde el control porque ya no lo tiene. El que ejercía la violencia responde violentamente porque piensa que es la única manera de volver a tener el control sobre la otra persona.” (Stets-Pirog-Good, 1987, p. 238).

Hamel et al. quisieron investigar las tácticas de control utilizadas por hombres y mujeres e identificaron algunas que usaban de manera mayoritaria los hombres y otras que eran más usadas por las mujeres. Sin embargo, en la mayoría de ítems el género no parecía tener influencia.

Los ítems en los que los hombres tenían puntuaciones más altas en la escala de comportamientos de control y abuso emocional fueron para los “dos ítems de coacción sexual y controlar el dinero y no permitir que su pareja tome decisiones financieras” o “no pasar la pensión por alimentos para los menores”, mientras que las mujeres destacaron en los ítems de pasividad-agresividad de “no me da afecto ni cariño” “encerrar a su pareja fuera cuando está enfadada”, “quejarse constantemente” y “no se queda con un no por respuesta” El resto de los ítems tuvieron unas cifras similares para hombres y mujeres, “como haber amenazado o intimidado, posesión y celopatía, abuso económico, tratar de reducir la autoestima de la pareja, control general, acoso y otros comportamientos intrusivos, pasividad agresiva, usar a los menores, y abusar del sistema legal. (Hamel et al., 2015, p.567)

Se puede deducir que el control que ejercen los hombres está relacionado con el abuso económico que produce una mayor dependencia en las víctimas de esta violencia, las mujeres. También en la violencia sexual, que como se ha comentado anteriormente, es mayormente ejercida por hombres. Por otra parte, las tácticas usadas por mujeres parecen estar más relacionadas con un abuso emocional y psicológico.

Straus mide la simetría en la perpetración de violencia física y en el uso de control contra la pareja heterosexual y concluye que existe mucha variabilidad de cifras según el país. Si se toma en cuenta la media de ocurrencia de estas violencias, la violencia física de pareja leve representa el 24.4% de los hombres y 31.6% de las mujeres, mientras que, para violencia severa, es el 7.6% de los hombres y 10.6% de las mujeres. De media, las mujeres agredieron en más proporción a sus parejas heterosexuales, tanto de manera severa como leve (Straus, 2008). La violencia de las mujeres representa un 129% la violencia leve de los hombres y un 39% más para violencia severa. Utilizando la tipología de **mutualidad** aparece que la media de violencia física bidireccional es 68.6%, para violencia mujer-hombre, 21.4% y violencia hombre-mujer, 9.9%. En este aspecto, también varían mucho las cifras entre países, pero en todos los países la violencia bidireccional es la que presenta cifras más altas. El país donde más violencia bidireccional se da es Irán 94.6%, mientras que la de hombre-mujer es 4% y la de mujer-hombre es 1.3% (Straus, 2008). Respecto a la escala de dominación o comportamientos de control sobre la pareja, los países que muestran mayor control ejercido hombre-mujer son Tanzania, Rusia, Irán, Taiwán, y China (continente) mientras que los países que muestran cifras menores de dominación masculina en la pareja son: Suecia, Países Bajos, Canadá, Suiza y Malta. Parece que una economía mejor y más desarrollo podría estar asociado con una menor predominancia de dominación masculina. La mayoría de las cifras de dominación masculina y femenina en la pareja son relativamente simétricas. Se comparó con la escala (GES) *Gender Empowerment Scale* de ONU para ver si la escala utilizada para medir el control ejercido era consistente y correlacionaron de manera inversa, de manera que cuanto más alta era la medida de GES, más baja era la de dominación masculina y al revés. (Straus, 2008). Que existan conductas de control por cualquier parte de la pareja, hace más probable la ocurrencia de violencia física. En el caso de los hombres, si sube un punto la escala de dominación, la probabilidad de violencia hombre-

mujer se incrementa 2.29 veces. En el caso de la violencia mujer-hombre, que exista dominación masculina incrementa la probabilidad de violencia física mujer-hombre 1.96, que el hombre ejerza actos de control contra la mujer también aumenta las posibilidades de la violencia bidireccional, de hecho en mayor medida que la de hombre-mujer o mujer-hombre (Straus, 2008). Cuando es la mujer la que ejerce control en la relación, la probabilidad de violencia hombre-mujer se incrementa en 2.5 veces. Por lo tanto, cuando cualquiera de los dos ejerce control en la relación, la violencia mujer-hombre se incrementa, siendo esta relación mucho más fuerte cuando las tácticas de control las ejerce la mujer (Straus, 2008). Que cualquiera de las dos personas ejerza control sobre la otra está relacionado con un incremento de la violencia, por tanto constituye un factor de riesgo (Straus, 2008). Sin embargo, cuando se analizan los casos más severos, se ve que las mujeres tienen mucha más probabilidad de vivir una situación de control coercitivo y amenazas. El 70% de las mujeres describen 5 o más episodios de violencia en los últimos 5 años y el 80% (aproximadamente) declaran haber sido estranguladas, haber sufrido una paliza, haber temido por su vida, o haber sufrido lesiones físicas. Cabe considerar que si una de las dos personas de la pareja ejerce control, aumenta el riesgo de perpetración de violencia por parte de la persona sobre la que se ejerce control o también existe más riesgo de que el que domina ejerza violencia para mantenerse en su situación de control (Straus, 2008; Stets y Pirog-Good, 1990).

Se puede ver cómo las teorías de control en esta perspectiva se construyen de manera neutral al género, mientras que en la teoría del patriarcado el control se ejerce de hombres a mujeres y es con el objetivo de dominarlas. Así, desde esta perspectiva se considera que el control ejercido por cualquiera de las partes produce efectos negativos en la pareja, pudiendo considerarse un factor de riesgo para que se produzcan lesiones físicas y se de violencia bidireccional. Es preciso comentar que una mayor igualdad de género parece estar relacionado con un menor control por parte del hombre en la pareja. Straus argumenta que esto es debido a factores de desarrollo económico (2008), que a su vez, promoverán un mayor desarrollo social y mayor educación, que probablemente, promoverá una mayor igualdad de género en la sociedad general. Se debe recordar que en la mayoría de estas investigaciones el contexto considerado es el de violencia que ocurre durante conflictos familiares/de pareja.

3.1.4. Factores de riesgo

Examinar la VP no es una tarea sencilla, ya que es un fenómeno multicausal donde intervienen multitud de factores de riesgo que interactúan entre sí (Straus, 2010, 2011). Estos factores son variables que contribuyen a que la violencia en la pareja aparezca y se sitúan en varios niveles. Por ello, dichos factores están íntimamente relacionados con las explicaciones teóricas de las causas de la VP. Así, diferentes grupos han basado sus teorías causales de la VP en diferentes ámbitos. La perspectiva feminista da su explicación considerando los factores estructurales del patriarcado, la desigualdad de género y la dominación de los hombres sobre las mujeres. También se considera los roles de género y la diferente socialización de hombres y mujeres. Los sociólogos basan sus marcos teóricos en los contextos sociales y su influencia en las personas de manera individual. La perspectiva de la violencia intrafamiliar ha dado explicación al fenómeno de la violencia en la pareja a través de teorías psicológicas, y por tanto, suelen estar basadas en factores personales y el historial de violencia de la persona que comete delitos de violencia contra la pareja (Puente-Martínez et al. 2016). “Otros autores ponen énfasis en la interacción de los procesos individuales y sociales. Los atributos psicológicos individuales pueden funcionar como variables predisponentes que actúan en

combinación con determinados factores sociales como variables desencadenantes” (Pueyo y Redondo, 2007; citado en Puente-Martínez et al. 2016). De esta manera, si se tienen en cuenta todas las teorías causales se puede deducir que ninguna de ellas es la “correcta” sino que son complementarias y consideran diferentes niveles de interacción. (Puente-Martínez et al. 2016).

En concreto, el modelo ecológico de Dahlberg y Krug analiza los factores de riesgo dependiendo del ámbito al que pertenezcan. Así, dividen los factores de riesgo atendiendo a si son personales, de interacción, contexto comunitario o estructurales. El primero engloba los factores biológicos o pertenecientes a la persona, como podría ser la impulsividad, un bajo control de la ira, padecer algún trastorno de la personalidad, etc. El segundo grupo se refiere a las interacciones y proximidad que tienen

victimario y víctima. En este caso, al ser VP, es probable que convivan y por ello el riesgo puede verse incrementado. En el tercer grupo se encuentran los factores de la comunidad, como el nivel de violencia y delincuencia, la ubicación del barrio, la escuela y la oficina. Y por último, en el cuarto grupo, se encontraría la normalización de la violencia, las actitudes machistas, patriarcado y normas sociales que justifican la dominación de las mujeres y los menores, etc. (2002).

En primer lugar, se analizan los **factores personales**. Uno de los más citados es el consumo de alcohol. El consumo de alcohol de la pareja predice el riesgo de VP, (Fulu et al. 2013) tanto para hombres como para mujeres (Coker et al. 2002). Así, Abramsky et al. consideran que un consumo excesivo de alcohol/adicción por cualquiera de las partes de la pareja provoca un aumento del riesgo de VP (Abramsky et al., 2011). Sin embargo, la literatura tiende a considerarlo más un factor precipitador de la violencia que un factor de riesgo. (Bonnet, 2015; Gelles, 1980; Jewkes, 2002). También el historial de violencia o agresividad general se considera un factor de riesgo personal. Así, que el hombre fuera violento en contextos fuera de la pareja incrementaba el riesgo de VP comparado con aquellos que no eran agresivos fuera de casa. (Abramsky et al., 2011). Dentro de los factores personales también se encuentran la impulsividad, la regulación emocional y las habilidades sociales. La ira, internalización de emociones negativas y hostilidad está relacionada moderadamente con el riesgo de VP y es consistente, tanto en hombres como mujeres. (Birkley y Eckhardt, 2015).

En segundo lugar, se analizan los **factores de interacción**, como por ejemplo, el tener muchos conflictos con la pareja se ha considerado que eleva el riesgo de VP. (Fulu et al. 2013). La proximidad entre víctima y victimario es un factor de riesgo establecido. Cuanto más contacto tengan, mayor riesgo de VP. Por ello, las mujeres que cohabitaban con sus parejas heterosexuales tenían más riesgo de sufrir VP que las mujeres que no vivían con ellos (Abramsky et al. 2011).

En tercer lugar, se consideran los **factores estructurales, donde se encuentran los factores del entorno cultural, como** las actitudes machistas o creencia en los roles tradicionales del género se muestran como factores de riesgo (Fulu et al. 2013). Sin embargo, en otras investigaciones no se demostró relación entre actitudes de justificación por parte de las mujeres de la violencia hombre-

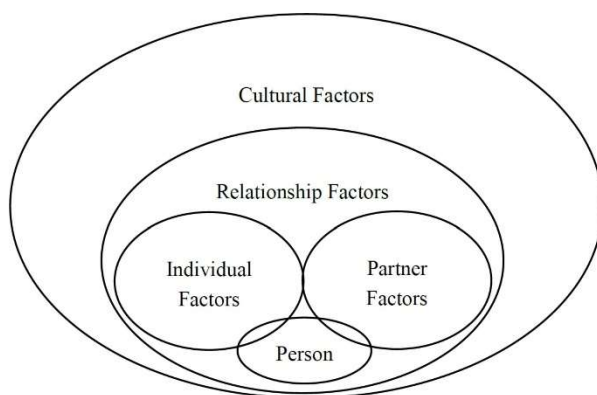


Figure 1. Levels of influence in perceptions of intimate partner aggression.

Ilustración 3 (Goodfriend y Arriaga, 2018).

mujer ni de los roles tradicionales de género. (VanderEnde et al., 2012). Por tanto, los resultados son inconsistentes. La existencia de normas de no intervención en asuntos “privados” de familia. (VanderEnde et al., 2012) y la **normalización de la violencia dentro de la comunidad** puede tener una influencia en el uso de la violencia en la familia (**Kurz, 1997**). Sin embargo, Kurz considera que hay normas que pueden tener una relación más directa con la VP, como la institución del matrimonio, que promueve la superioridad masculina y ha condonado el uso de la violencia de manera tradicional (Kurz, 1997, p.228). Para Jewkes existen dos factores de riesgo principales: la desigualdad de la mujer en la sociedad y en las relaciones íntimas y la normalización de uso de la violencia como herramienta para solucionar conflictos. (Jewkes, 2002).

En la mayoría de las investigaciones sociales se estudian los factores sociodemográficos. Éstos formarían parte del nivel **estructural** de este modelo. **La pobreza**, pertenecer a un grupo socioeconómico bajo o tener bajos recursos económicos son los factores de riesgo más citados (Bonnet, 2015; Kurz, 1997; Smith, 1990), siendo la violencia doméstica más prevalente en familias con perfil socioeconómico bajo (Gelles, 1980; Smith, 1990; Stocks et al. 1988). Pero cuando se analizan estos factores se suele hacer de manera interrelacionada con otros. Es decir, no se considera que la falta de recursos económicos sea un factor de riesgo en sí mismo, sino que es más probable que una persona que vive bajo los límites de la pobreza o que pertenece a un grupo socioeconómico bajo se enfrente a dificultades económicas/financieras como unas condiciones laborales precarias y desempleo, que a su vez provocarán mayor estrés (Gelles, 1980; Kurz, 1997). **La raza** ha sido un factor sociodemográfico que se ha relacionado con estudios sobre delincuencia pero se ha visto que cuando se controla los factores socioeconómicos la relación entre VP y raza desaparece (Bonnet 2015; Johnson y Leone, 2005). **El género** es un factor explicativo central (Larsen y Hamberger, 2015), ya que influye en el poder y los recursos disponibles y el riesgo de VP puede verse afectado por estas circunstancias (Gilfus et al. 2010). Nybergh et al. definen el género como un concepto ubicuo/penetrante en todas las experiencias de VP (2016).

Dentro de los factores sociodemográficos, la educación es un factor protector que se suele estudiar cuando se analizan factores de riesgo. **La educación**, considerada mediante la variable “haber conseguido educación primaria” en Bangladés, Etiopía y Tanzania, o “acabar la secundaria” en el resto de los países que conformaban el estudio actuaba como un factor protector. Si ambos miembros de la pareja habían conseguido atender ese nivel de educación, el riesgo de VP se reducía considerablemente. (Abramsky et al., 2011). Sin embargo, en el estudio de VanderEnde et al. dio resultados inconsistentes (VanderEnde et al., 2012).

La mayoría de estudios de factores de riesgo de violencia en la pareja heterosexual se han llevado a cabo con participantes hombres o se han enfocado en las similitudes entre los factores de riesgo (personales) que influyen, tanto en hombres como mujeres (Straus, 2011). Sin embargo, los factores de riesgo específicos para mujeres que ejercen VP en relaciones heterosexuales son un tema poco estudiado. (Mackay et al. 2018). Por ello se lleva a cabo un estudio con mujeres envueltas en el sistema judicial de alguna manera. (n=3.038 mujeres detenidas, condenadas o estaban recibiendo un tratamiento de violencia mujer-hombre). Se revisan 25 muestras distintas en 31 artículos de diferentes países donde la muestra era el sistema de justicia. Algunos factores de riesgo considerados en violencia hombre-mujer también se presentan en el caso de violencia mujer-hombre, como el consumo de alcohol y un control pobre de las emociones negativas o pocas herramientas de comunicación y/o resolución de conflictos. Pero no hay evidencias de la relación entre problemas de

salud mental y ejercer violencia mujer-hombre de pareja ni tampoco el estilo de apego de las mujeres en poblaciones penitenciarias/condicional parece estar asociado con perpetración de violencia mujer-hombre. (Mackay et al. 2018).

Los estudios de factores de riesgo de violencia mujer-hombre, como el mencionado anteriormente, se limitan a comparar los factores de riesgo que están establecidos para la violencia hombre-mujer con los datos de mujeres que han cometido agresiones contra su pareja heterosexual. Sería recomendable hacer estudios exploratorios que no compararan los factores de riesgo para violencia en la pareja ejercida por hombres y mujeres, sino que se construyera un marco metodológico nuevo. Si se considera el género como un factor central en la violencia en la pareja, es probable que las causas de la violencia ejercida por mujeres y la que es ejercida por hombres sean diferentes. Cabe decir que es necesario estudiar más los factores de riesgo asociados a la violencia en parejas homosexuales. El desarrollo de estos estudios podría aclarar ciertos factores específicos que interactúan en la violencia en la pareja homosexual, y además, podrían mejorar nuestra comprensión de su influencia en la violencia en la pareja.

3.1.5. Transmisión intergeneracional de la violencia

Aunque la transmisión intergeneracional de la violencia se considera un factor de riesgo en sí mismo, se ha considerado muy relevante para este trabajo, y por ello se ha decidido estudiar en un apartado separado de los factores de riesgo. Este factor de riesgo consiste en el hecho de que haber presenciado violencia o haber sufrido victimizaciones en la infancia puede alterar el umbral de la violencia de una persona, ya que habrá aprendido mediante aprendizaje social que la violencia es una herramienta adecuada de resolución de conflictos, haciendo pues más probable que use la violencia en el contexto doméstico en la adultez. (Gelles, 1980; Stets-Pirog-Good, 1987; Steinmetz, 1977). También se ha encontrado relación entre violencia en la familia de origen y utilizar la violencia en otros contextos: de amistad, otros familiares, mayor índice de comisión de otros delitos y personalidad antisocial, además de aumentar la probabilidad de ejercer violencia doméstica. (Hotaling et al. 1989)

De entre las teorías más influyentes del S.XX se puede destacar el aprendizaje social de Bandura. Los niños y las niñas aprenden los valores éticos y los comportamientos adecuados en la sociedad mediante dos mecanismos: el primero sería la enseñanza directa por parte de las personas adultas que están en contacto con los menores, como pueden ser los progenitores, profesorado y otros familiares, que irán modelando las actitudes y comportamientos de los menores. El segundo mecanismo que actúa en el proceso de socialización de los menores es la imitación que éstos/as harán de sus mayores. Este último proceso no entra dentro de las enseñanzas activas de los adultos que entran en contacto con los niños, y de hecho muchas veces, contradice lo que los adultos intentan enseñar. Por ejemplo, cuando les dicen que no se debe agredir verbal o físicamente a otras personas pero cuando los progenitores se enfadan, gritan o castigan físicamente a los menores. (Bandura, 1963).

Durante años, las teorías del condicionamiento se basaban en la puesta en práctica del refuerzo positivo si el sujeto respondía de la manera apropiada, pero ello era estudiado en contextos experimentales. En contextos naturales el refuerzo son los comportamientos de las otras personas, y por ello, la gente construye patrones de comportamiento mediante la observación de las personas a su alrededor. Así pues, se observa las respuestas de las personas a sus comportamientos y adquieren una idea de cuáles serán las consecuencias de sus acciones, si positivas o negativas. También regularán su comportamiento mediante la propia aprobación o desaprobación de sus acciones

atendiendo a las consecuencias para uno/a mismo/a, como la culpabilidad o sentirse orgullosos/as de sí mismos/as. Bandura define el refuerzo vicario como: “un cambio en el comportamiento de los observadores al haber presenciado las consecuencias que tienen las acciones de otros actores” y castigo vicario: “si los observadores ven que a las acciones de los actores les siguen consecuencias negativas, este comportamiento será visto como negativo y no será modelado por las personas que observan” (Bandura, 1971). El proceso de modelado se desarrolla mediante la imitación del modelo de la persona que está aprendiendo a copiar los pensamientos, acciones y sentimientos de las personas que modela (Bandura, 1969).

Conviene destacar que en países donde el castigo físico de los niños/as estaba autorizado y normalizado era relativamente más fácil que en un momento dado el castigo al menor resultara tan severo que traspasara el límite que separa un “castigo legítimo” del maltrato (Steinmetz, 1977). Siguiendo con la explicación de la transmisión intergeneracional de la violencia, el proceso de adopción de la disciplina física como castigo preferencial puede verse recompensado por una efectividad del castigo. Si la persona que lo ejecuta ve que funciona será más probable que lo vuelva a usar, siendo esto un refuerzo positivo para la construcción de patrones de comportamiento de castigo de progenitores contra menores. Por el proceso de modelado, los menores que han sido maltratados físicamente tienen más probabilidad de convertirse en personas que ejerzan violencia física contra niñas/os. **Según la teoría de aprendizaje social**, las parejas utilizarán técnicas de resolución de conflictos similares entre ellas y sus descendientes. Aunque la mayoría de formas de agresión consideradas en el estudio, tanto física como verbal, pueden estar normalizadas y son conductas que no están consideradas como abuso o maltrato por ley, el uso continuo de éstas puede incrementar la tolerancia de su uso entre los miembros de la familia, y así, aumentar el umbral de lo “permitido o normal” respecto a agresiones en la familia. (Steinmetz, 1977)

Aunque la transmisión intergeneracional de la violencia se acoge como un dogma, existe cierta inconsistencia en la demostración de esta teoría. De hecho, la mayoría de las personas que crecen en familias que usan violencia se convierten en adultos que no la utilizan para resolver conflictos (Stith et al. 2000).

Así, en algunos estudios se comprueba que haber presenciado violencia hombre-mujer en la infancia o haber sufrido abuso emocional en la infancia son factores de riesgo para la violencia en la pareja (Fulu et al. 2013, p.193-202). Aunque el abuso emocional y negligencia tienen una relación más significativa con ejercer VP que haber sufrido violencia física o sexual en la infancia (Fulu et al. 2013). Otras investigaciones sin embargo, consideran que el haber sido agredido físicamente en la infancia es el factor más predictivo de VP (Coker et al. 2002).

En otros estudios se considera el historial de victimización en la infancia como un factor de riesgo para la violencia hombre-mujer. Así, en un estudio de Abramsky et al., la violencia física sufrida en la infancia, por cualquiera de los dos (agresor o víctima), incrementaba el riesgo de violencia hombre-mujer. Si la mujer había sufrido de abuso sexual infantil, el hombre había sufrido violencia física en la infancia, o ambos habían sufrido violencia física siendo niños, se veía incrementado el riesgo de sufrir violencia hombre-mujer (física, sexual o ambas). Si la mujer había sufrido violencia física o violencia sexual por parte de alguien que no hubiera sido su pareja después de los 15 años de edad, también aumentaba el riesgo de sufrir violencia hombre-mujer. (Abramsky et

al. 2011). “El haber presenciado violencia en la infancia moderaba las variables de ejercer violencia psicológica y ejercer violencia física”. (Ronfeldt et al. 1998, p.76).

Por estas inconsistencias, Stith et al. llevaron a cabo un metaanálisis con 39 artículos que versaban sobre la transmisión intergeneracional de la violencia. El tipo de muestra influye en la relación entre violencia en familia de origen y convertirse en agresor/a; así, es más probable en muestras clínicas que en las de la comunidad. Respecto al hecho de crecer en una familia violenta, el género influye, ya que los hombres tienden a convertirse en perpetradores de VP y las mujeres en víctimas. (Stith et al. 2000). Según Bandura, los niños/niñas que están modelando un comportamiento se identificarán más fácilmente con su padre/madre, dependiendo del sexo del niño/a. (1969) Por tanto, imitarán el comportamiento que hayan visto en su padre o madre, según el sexo del niño/a que modela. Así, es probable que las niñas aprendan el rol de víctima de sus madres y los niños aprendan el rol de agresores de sus padres o viceversa. (Stith et al. 2000)⁸. Cabe destacar que los resultados del metaanálisis de Stith et al. tampoco fueron concluyentes, ya que las variables mostraban relaciones poco significativas y tamaños del efecto pequeño.

3.1.6. Consecuencias de la VP para hombres

Una de las razones por las que los resultados sobre simetría de género en la perpetración de VP no han tenido efectos en los servicios de atención a víctimas es debido a que se ha demostrado que las mujeres tienden a sufrir heridas más graves y de manera más frecuente que los hombres, por ello, esos servicios son más necesarios para mujeres (Straus, 2008). Sin embargo, que representen una minoría (el 35% y 37% de las personas que salen heridas son hombres) (Archer, 2000) no puede usarse para negar la violencia que sufren ni tampoco para minimizar las consecuencias de ésta (Dutton y Nicholls, 2005, Straus, 2011, 2015). Así pues, la prevención e intervención debe ser desarrollada tanto para hombres como para mujeres (Straus, 2011, 2015). Teniendo en cuenta además, que en el caso de violencia bidireccional, la ocurrencia de agresiones mujer-hombre puede incrementar el riesgo de heridas para mujeres, puesto que el hombre aumentará la severidad de su violencia en concordancia (Straus, 2011).

Las consecuencias de la violencia en la pareja se pueden analizar mediante datos oficiales de hospitales, datos de encuestas llevadas a cabo por investigadores independientes, datos de estadísticas oficiales de organizaciones gubernamentales, etc.

En concreto, en un estudio llevado a cabo en una unidad forense de Toulouse se compararon las consecuencias de la violencia física de pareja mujer-hombre con la violencia física de hombre-mujer. Las consultas en este centro eran espontáneas o a petición de fiscalía. Los datos recogidos en el periodo 2005-2014 fueron casi 8000 informes médico-forenses, de los que 712 fueron de hombres víctimas de VP y 7.244 de mujeres víctimas de VP. Se decidió aleatorizar la muestra para tener proporciones similares de informes de hombres y mujeres, y así poder compararlos. De esta manera, se seleccionaron 641 informes de hombres víctimas y 649 informes de mujeres. Muchas mujeres habían estado en la consulta más de una vez (20.5%), mientras que en el caso de los hombres la proporción era menor (7.5%). Solo hubo 6 casos de violencia hombre-hombre y ninguno de mujer-mujer. En el 48.2% de los casos de hombres en la consulta no necesitaron atención médica o cuidados mientras que para las mujeres fue en el 31.4%. Los hombres acudían a emergencias en el 31.4% de los informes y las mujeres en el 23.3% de los casos. La agresión alegada por los hombres de manera

⁸ Este argumento será más desarrollado en el apartado 3.2.3 Roles de género, tradición y actitudes machistas.

más frecuente fue un puñetazo (34.1%), seguido de rasguños o arañazos (33.1%) y haber sido agarrado o empujado (27.2%). Las agresiones físicas más frecuentes presentes en los informes de mujeres eran: que las hubieran agarrado o empujado (86.7%), que les hubieran dado un puñetazo (43.7%) y recibir una bofetada (26.2%). Un incidente con solo una agresión era más frecuente en los hombres (28.4%) que en las mujeres (20.3%). Múltiples agresiones (más de tres) en un mismo incidente eran más frecuentes en mujeres (27.7%) que en hombres (16.4%). La mayoría de la violencia para hombres y mujeres fue leve. Para los hombres las heridas más frecuentes eran leves, como abrasiones, contusiones y hematomas (86%), fracturas (16.3%) y luxaciones (2.4%). Las agresiones a mujeres eran más frecuentes antes de aleatorizar las muestras, representando los hombres el 12.8% de las consultas. Es probable que la violencia física contra los hombres esté subestimada y a juzgar por los resultados de esta investigación los casos de victimización física de hombres podrían ser más graves (Savall et al. 2017). Se observa que las agresiones más frecuentes en hombres eran de media más graves que las que presentaban las mujeres. Sin embargo, la proporción de mujeres que habían acudido en repetidas ocasiones a este centro por presentar heridas y que habían sufrido varias agresiones en un solo incidente violento era mayor que la de hombres. Aunque se debe recordar que antes de aleatorizar la muestra la proporción de mujeres que acudieron a este centro era mucho mayor que la de hombres. Esto concuerda con que Archer indicara que las mujeres son heridas en mayor proporción que los hombres por agresiones de su pareja heterosexual (Archer, 2000). Por desgracia, el estudio se hizo con la muestra seleccionada, y por tanto, no se puede concretar sobre datos que no están presentes.

La mayoría de los estudios que existen sobre las secuelas, tanto físicas como psicológicas de experimentar VP, se han llevado a cabo con muestras de mujeres comparando el bienestar físico y emocional de las que habían sido víctimas de VP con las que no, o comparando las consecuencias de VP para mujeres y hombres. Sin embargo, en un estudio de Hines y Douglas se estudian dos muestras de hombres: una selectiva de hombres que buscaron ayuda por ser víctimas de VP (n=611) y otra de población general y aleatoria (n=1601). Los hombres que habían tratado de buscar ayuda tenían peores indicadores de salud y también era más probable que consumieran medicamentos (pero no drogas ilícitas ni alcohol) que los hombres de la muestra de población general. Los hombres que buscaron ayuda tenían más probabilidades de presentar síntomas de depresión clínica (2.32 veces más que la población general y 15.57 veces más probabilidades de tener puntuaciones clínicas de TEPT). Este estudio demuestra que las implicaciones y los riesgos para la salud de los hombres por la victimización en la pareja deben ser consideradas y evaluadas (2015).

Resulta interesante que, cuando se comparan datos sobre parejas donde existe violencia bidireccional y relaciones en las ésta es unilateral, los primeros presentan síntomas de depresión y ansiedad más graves, por lo que ser autor de VP también puede empeorar la salud mental de quien perpetra esta violencia. (Grandin et al. 1998). Por el contrario, puede ser que presenten peores síntomas de salud mental no por ejercer violencia de pareja sino porque la violencia sea más grave o que haya sido evaluado como violencia bidireccional pero sea en realidad defensa propia de uno de los dos.

Respecto a la violencia de la que son víctimas los hombres, Dutton y Nicholls sugieren que las encuestas poblacionales del gobierno sobre victimización y las investigaciones basadas en informes policiales subestiman en sus cifras la proporción de hombres que sufren victimización en la pareja heterosexual (2005). Acorde a esto, Straus habla de tres técnicas utilizadas desde la comunidad

científica para: ocultar, negar y distorsionar la simetría de género. Mediante la ocultación se evita publicar ciertos artículos donde se muestra que las mujeres ejercen violencia en la pareja, se elimina la información relativa a la comisión de estas conductas por mujeres o no se recoge información sobre la violencia que ejercen las mujeres (Straus, 1997, 2010). Se niega mediante diferentes estrategias: se evita citar literatura que demuestra la simetría; se hacen conclusiones imprecisas sin datos para respaldarlas o con datos limitados, se intenta evitar que los grupos que desean investigar la simetría de género consigan fondos para realizar dichas investigaciones e incluso se llega a penalizar, amenazar o acosar a autores que publican sobre simetría de género (Straus, 2010).

El miedo influye en la construcción de ambas perspectivas. De esta manera, si aceptan los resultados de la otra, esto podía tener consecuencias negativas para sus propios estudios. Si la perspectiva feminista acepta la simetría de género en la perpetración, esto puede tener implicaciones en la financiación de los sistemas de protección de mujeres (Dutton y Nicholls, 2005; Straus, 2010) o puede deslegitimar su lucha contra la desigualdad de género, negando que el patriarcado es parte del problema de la violencia hombre-mujer (M.P. Johnson, 2017; N.L. Johnson et al. 2016). Mientras que, para la perspectiva de la violencia intrafamiliar, si se rechaza la idea de que la VP es común en las parejas y se niega la simetría, esto puede empeorar la situación de los hombres que son victimizados en la pareja, invisibilizando que su prevalencia es similar a la de las mujeres (N.L. Johnson et al. 2016; Straus, 2010)

Además, algo que no se niega desde la perspectiva de la violencia intrafamiliar es que la desigualdad estructural de género afecta a toda la sociedad en general, y por tanto a todas las personas, y que ésta otorga a los hombres una posición de superioridad jerárquica y privilegio que posiblemente facilita o legitima que los hombres traten de controlar a sus mujeres (Weinberg y Smadar-Dror, 2016). La negación del género como un factor importante con poder explicativo (por la perspectiva de violencia intrafamiliar) en la violencia física de pareja y que cada una de las perspectivas imponga sus visiones o concepciones sobre la otra, ha provocado que la investigación sobre VP no pueda avanzar (N.L. Johnson et al. 2016). La metodología y conceptos utilizados influyen mucho en los resultados de un estudio, pudiendo ser éstas las causas de los resultados no concluyentes acerca de la simetría de género (N.L. Johnson et al. 2016). Los que encuentran simetría confían en muestras de estudiantes (no grandes cifras de violencia en general), mientras que los que encuentran asimetría usan datos clínicos o de agencias (N.L. Johnson et al. 2016).

Sin embargo, DeKeseredy considera estas críticas un factoides (2011), ya que investigadores/as de la perspectiva feminista estudian tanto la violencia hombre-mujer, como la violencia mujer-hombre y mujer-mujer (Archer, 2000; DeKeseredy, 2011). Saunders considera que los/as investigadores/as feministas también exponen su preocupación por la violencia mujer-hombre, aunque afirman que no creen que el problema de la victimización de hombres en la pareja tenga la misma prevalencia ni magnitud que el de las mujeres (1988). En la misma línea debe considerarse la flexibilización de los postulados en las investigaciones feministas desde los años 90 hasta ahora. Mientras que antes se consideraba el patriarcado y la desigualdad de género como “la teoría de explicación de la VP”, ahora el patriarcado es considerado una de las causas de VP, pero no la única (DeKeseredy, 2011; M.P. Johnson, 2011). Respecto a las críticas de algunas/os autoras/es de la perspectiva de violencia intrafamiliar respecto a la perspectiva feminista se debe tener en cuenta que no se puede hablar de paradigma del género ni teoría feminista, ya que existen diferentes escuelas: los feminismos (DeKeseredy, 2011). Precisamente se les llama los feminismos porque no existe una

teoría ni una perspectiva principal, sino varias escuelas de pensamiento. Éstas centran sus planteamientos teóricos sobre las preocupaciones de su movimiento particular. Así, los temas tratados por el feminismo de colonial, feminismo negro, feminismo radical, feminismo de la diferencia, de la igualdad, teorías *queer*...son distintos e implican marcos teóricos diferentes.

En definitiva, se deben realizar estudios sobre víctimas de violencia mujer-hombre para poder ahondar en las consecuencias físicas y psicológicas de esta violencia para los hombres. Que ellos sean víctimas en menor proporción no debe ser un impedimento para estudiar las secuelas de esta victimización. Tómese como ejemplo el estudio de Savall et al. donde se aprecia que los comportamientos más frecuentes de violencia mujer-hombre son más graves, de media, que la de hombre-mujer.

3.2. Asimetría: La violencia contra las mujeres

La perspectiva feminista centra su explicación del fenómeno en la desigualdad de género existente en la sociedad y en los hogares (Kurz, 1997). Por ello, el objeto de estas investigaciones ha sido el patriarcado, la tradición, los roles de género y la construcción social de la feminidad y masculinidad y otros factores, como la dependencia económica o emocional, que hacen que algunas mujeres se queden “atrapadas” en relaciones violentas (Johnson, 1995). También se estudian las dinámicas de control y poder que se dan en las parejas explicadas desde la desigualdad de género tradicional (Morse, 1995). El debate de la simetría de género dio comienzo con las investigaciones de la perspectiva de violencia intrafamiliar, poniendo en duda que en la mayoría de los casos la VP fuera ejercida por hombres contra mujeres en relaciones heterosexuales (Morse, 1995).

Los factores a los que intentan dar explicación desde esta perspectiva se centran en la violencia que sufren las mujeres dentro de relaciones sentimentales. Su muestra ha sido en muchos casos seleccionada de centros de acogida de mujeres, informes de policía, justicia y hospitales (Archer y Graham-Kevan, 2003; Bates & Graham-Kevan 2016; Johnson, 1995; Morse, 1995). Con estos estudios se puso el foco de atención en las experiencias de estas mujeres, en conocer su relato (Boonzaier, 2008; Gilfus et al. 2010) De esta manera, se les pregunta por las dinámicas de coerción y abuso sexual y psicológico, el miedo, sus problemas de salud mental y física, entre otros (Gilfus et al., 2010). Al haber realizado entrevistas se tiene un conocimiento más profundo de las dinámicas de violencia en la pareja hombre-mujer.

Las entrevistas como fuente de información aportan datos más ricos que las herramientas cuantitativas tales como las encuestas (Dobash y Dobash, 1984). De esta manera, hay ciertos comportamientos violentos que al no existir en nuestro imaginario colectivo será difícil que se tengan en cuenta a la hora de elaborar una encuesta. Por ejemplo, aunque la destrucción de objetos preciados pueda parecer un comportamiento de gravedad baja, en algunos casos se ha visto que puede provocar grave dolor emocional en las víctimas (Renzetti, 1989, DeKeseredy et al. 2017). Además, hay ciertos comportamientos que, aunque no son lesivos físicamente, pueden atentar contra la dignidad de una persona. Estos comportamientos pueden ser humillantes o vejatorios, y por tanto, pueden calificarse como violencia psicológica grave. Por ejemplo, la persona que humilla o degrada a su pareja delante de la familia o amistades constantemente (Renzetti, 1989) o la situación de una mujer que sufre un episodio de amenazas de muerte y maltrato físico, y tras esto, su pareja la agarra del pelo y la arrastra por el suelo, para acto seguido, introducirle la cabeza en el inodoro (SAP Barcelona 3ª, 17-04-00).

Aunque los estudios cuantitativos en la perspectiva feminista son menos numerosos que en la perspectiva de violencia intrafamiliar también se pueden encontrar algunos. Por ejemplo, en un estudio realizado en varios países, la cifra de victimización de violencia física para mujeres es de 13.3% y para hombres del 5.8%, violencia sexual 4.3% mujeres y 0.2% para hombres y respecto a la violencia psicológica, el 12.1% de las mujeres declaran haberla sufrido mientras que la cifra para hombres es de 17.3%. Las mujeres tienen más probabilidad que los hombres de sufrir cualquier tipo de VP (física, sexual, éstas dos a la vez; violencia emocional y económica), excepto violencia psicológica. También tienen más posibilidades de sufrir violencia coercitiva sin alegar haber sufrido violencia física o psicológica (Coker et al. 2002). En este estudio en concreto las categorías de victimización se construyen como excluyentes, solo violencia física, solo violencia sexual, violencia física y violencia sexual, emocional y económica (pero no violencia física ni violencia sexual). Pero es necesario decir que en los casos en los que se habla de violencia física y violencia sexual se solapan con violencia psicológica y económica. Existe mucha variabilidad en las cifras de la violencia ejercida por hombres sobre sus parejas a lo largo de su vida. La media de todas las muestras de victimización de mujeres (para violencia hombre-mujer) da el siguiente resultado: no violencia (ningún tipo de violencia) en el 42.6% de la muestra, violencia física (21.2%), violencia sexual (12.7%), violencia física y violencia sexual (11.8%) y emocional y económica (pero no violencia física ni violencia sexual), 11.8%. Sin embargo, consultando los datos desagregados por países, el caso con más violencia sería Papúa Nueva Guinea (Bougainville), donde solo el 12.7% de las mujeres dijeron que sus relaciones eran no violentas. El 20.6% de las mujeres de Papúa Guinea declararon haber sufrido violencia física 20.6%, el 18.2%, violencia sexual mientras que el 41.2% de estas mujeres declararon haber sufrido violencia sexual y violencia física. El 7.3% declararon haber sufrido violencia psicológica o económica. Sri Lanka fue el país donde las cifras de victimización de mujeres eran más bajas: Relaciones no violentas el 60.6%, violencia física el 16.3%, violencia sexual el 9.5%, violencia física y violencia sexual, 6.7%, violencia emocional y económica el 6.8%⁹.

3.2.1. El patriarcado como sistema de dominación masculina

Existe un consenso dentro de los feminismos de que el patriarcado es una estructura que sirve para mantener la hegemonía masculina (Sugarman y Frankel, 1996; Smith, 1990). Asimismo, la ideología de la supremacía masculina legitima la violencia contra las mujeres para conseguir dominarlas y controlarlas (Jewkes, 2002). Así, se considera a la violencia física hombre-mujer como una de las tácticas más útiles del patriarcado familiar para someter a las mujeres (Dobash y Dobash, 1981, p.564). Además, esta violencia ha sido apoyada por las instituciones, la sociedad en su conjunto y las relaciones familiares, ya que todas están inmersas en la estructura patriarcal (Dobash y Dobash, 1981).

Cuando se ha investigado la relación entre ideología patriarcal o actitudes machistas y violencia de pareja, se ha comprobado que los hombres que ejercían violencia contra su pareja heterosexual declaraban actitudes más positivas al uso de la violencia dentro de la pareja y tenían actitudes e ideas de roles de género más tradicionales. Sin embargo, sólo fueron apoyadas parcialmente por la investigación, con bastante variabilidad entre diferentes investigaciones. Además, no se encontraron pruebas de que las mujeres que sufrían VP tuvieran roles o ideas más tradicionales (Sugarman y Frankel, 1996). El haber crecido en una sociedad patriarcal influye en la construcción

⁹ Véase la tabla completa en Fulu et al. 2013, p.192-tabla 2).

de las normas de género y los hombres creen que tienen derecho a ostentar el poder en la familia. De esta manera, utilizarán la violencia (normalizada y tolerada por la sociedad) para dominar a las personas de su hogar (Smith, 1990). El estudio de la relación entre creencias machistas y actitudes tradicionales de género con la VP hombre-mujer es complicado, ya que cabe la posibilidad de que la mayoría de hombres del estudio tengan estas creencias, ejerzan violencia o no, pudiendo tener otros factores protectores, como mejores habilidades de resolución de conflictos, mejor manejo de la ira, una alta inteligencia emocional, etc. que prevengan el ejercicio de violencia física en la pareja. Que un hombre no agrede a su pareja no quiere decir que no tenga creencias machistas o patriarcales interiorizadas, sino que no lo exterioriza mediante la violencia. Cabe considerar que la influencia del sistema de creencias machistas puede afectar de manera distal o proximal en la violencia de pareja. En la primera se podrá establecer un nexo causal entre la violencia hombre-mujer y estas creencias, mientras que en la segunda estas creencias podrán justificar ciertos estereotipos y puntos de vista no cuestionados, que podrán a su vez, influir en sus valores. Sin embargo, no podrá establecerse una relación causal entre las creencias machistas o tradicionales sobre los roles de género y la violencia ejercida (Boira, 2010).

Los niveles de empoderamiento de las mujeres también influyen y pueden derivarse en diferentes características que pueden actuar como protectoras de las mujeres, como mayores niveles de educación, nivel del sueldo y papeles que ejercen en la sociedad (Jewkes, 2002). Archer estudió el empoderamiento de las mujeres y su relación con haber sido víctimas de violencia física. Para ello utiliza el GEM (*Gender Empowerment Measure*) y GDI (*Gender Development Index*), los cuales están muy correlacionados entre sí. GEM mide el grado de igualdad de género que existe en un país midiendo el porcentaje de mujeres que hay en el parlamento, comparando nivel salarial de hombres y mujeres y midiendo la proporción de mujeres que están en puestos directivos o de decisión. GDI no es un índice específico de igualdad de género pero mide el grado de desarrollo humano y en tres de sus ítems se mide la igualdad mediante la esperanza de vida, nivel salarial y educación de mujeres y hombres. GEM se correlacionaba negativamente con la VP hombre-mujer. La victimización de las mujeres mostraba niveles más altos cuanto menor era el índice GEM y cuanto más tradicionales eran las actitudes respecto de los roles de género. Donde los índices de igualdad de género y empoderamiento de las mujeres son más altos, los hombres tienden a considerar la agresión física a su mujer un acto más negativo y reprochable. En ciertas sociedades donde los índices de empoderamiento de las mujeres son bajos se puede ver una actitud de tolerancia hacia la violencia hombre-mujer. Hay que tener presente que las actitudes tradicionales hacia los roles de género están conectadas con el contexto cultural y social de ese territorio en concreto. También se aprecia una relación negativa entre el índice GEM y una sociedad más colectivista que individualista (2006). Hay que tener en cuenta que este análisis compara índices globales de desarrollo o igualdad de género con datos individuales. Sin embargo, si nos movemos del plano individual al colectivo, las teorías de construcción social como la del patriarcado, la desigualdad estructural y de género pueden tener un efecto en nuestras construcciones de identidades y pueden variar aspectos de la VP (Archer, 2006).

Straus admite que la desigualdad de género puede tener influencia en la VP pero que existen más factores asociados, como las disputas por poder, las injusticias y los problemas psicológicos. Es cuando todos/algunos de estos factores confluyen que puede surgir la violencia en una relación (Straus, 2008). En esta misma línea, una de las críticas más repetidas en las investigaciones de la perspectiva de la violencia intrafamiliar es que las teorías **unicasales** como la del patriarcado no

pueden dar explicación a un fenómeno tan complejo como la VP. Estos modelos teóricos no explican las proporciones similares en el uso de violencia en la pareja de hombres y mujeres ni por qué la mayoría de los hombres que viven en sociedades donde existe desigualdad de género y hegemonía masculina no agreden físicamente a su pareja (Gelles, 1985; Ronfeldt et al. 1998). Los intentos de simplificar problemas tan complejos como la VP a un solo factor, explicación causal o constructo como poder y control, no han hecho más que alejarnos de una explicación comprensiva del fenómeno (Rosenbaum y Leisring, 2003). Mientras que Dutton y Corvo, dicen que debido a la gran cantidad de investigaciones que muestran que hombres y mujeres agreden a sus parejas heterosexuales con una frecuencia similar hace que la perspectiva de la asimetría no se sostenga empíricamente (2006). Cabe comentar que hoy día no solo la perspectiva de violencia intrafamiliar considera que los modelos teóricos unicausales son insuficientes, sino que también la perspectiva feminista habla de lo complejo del fenómeno y de la necesidad de considerar múltiples factores y explicaciones, que no solo pueden basarse en el patriarcado (Boira, 2010; DeKeseredy, 2011; M.P. Johnson, 2011).

3.2.2. Motivación y contexto

Desde la perspectiva feminista se considera que la desigualdad de género inunda todas las interacciones entre hombres y mujeres y en el contexto de la pareja, al existir esa desigualdad, las acciones deben ser juzgadas en base a dos premisas: el acto en sí mismo y la motivación para ese acto. Si como se defiende desde la perspectiva feminista, la motivación de los hombres es dominar a sus parejas, la de ellas es resistirse u oponerse a esa dominación, y por ello estos actos no pueden ser juzgados de la misma manera. Si sólo vemos los actos que realizan nos estaremos perdiendo lo más importante: la motivación que hay detrás. (Winstok, 2013) Ciertos autores consideran que se deben estudiar con más profundidad las motivaciones y razones por las que las personas recurrirían a la violencia física contra su pareja, ya sea la defensa propia o el deseo de controlar (Johnson, Holmes & Johnson, 2016; Dobash et al. 1992). Se aconseja para ello el uso de datos cualitativos y cuantitativos para mejorar la comprensión del fenómeno de VP (N.L. Johnson et al. 2016) Por ello, en algunas investigaciones se usa metodología mixta (Cavanagh et al. 2001; Dobash y Dobash, 1984; Renzetti, 1989; Cavanagh et al., 2001; Dobash y Dobash, 2004)

La VP hombre-mujer se enmarca en un ambiente de violencia en el que la motivación es el control, coacción e intimidación de la víctima, además suele ser continuo y grave y su objetivo último constituye la dominación de la mujer (Dobash et al. 1992; Cavanagh et al. 2001). Las mujeres también agreden a sus parejas heterosexuales, pero cuando lo hacen, en la mayoría de los casos el motivo es **defenderse** de un peligro para ellas mismas o de un ser querido (Dobash et al. 1992). Además, mujeres y hombres hacen uso de violencia distinta en los casos en los que es debido a un desacuerdo o discusión ente ambos (Dobash et al. 1992; Saunders, 1988).

Así, se considera que el control de los hombres sobre las mujeres está todavía normalizado en muchas sociedades y contextos culturales. Para Straus, la discrepancia entre la desigualdad de género y la simetría en la VP hace que sea difícil que se reconozca que la simetría es real (Straus, 2010). De esta manera, indica que la dominación masculina es una de las explicaciones de la teoría feminista de la violencia asimétrica hombre-mujer, y ciertamente existe. Pero también se debe apuntar que la dominación o control es un factor de riesgo, entre otros muchos, que comparten hombres y mujeres (Straus, 2010)

Por otra parte, Kimmel define la violencia de control coercitivo como “aquella que es usada intencionalmente para causar daño físico o psicológico (o amenazas) para conseguir restringir los comportamientos, la manera de vestir o la conducta de su pareja sentimental.” En la actualidad se admite que hombres y mujeres utilizan la violencia expresiva en proporciones similares para expresar angustia, estrés, ira, frustración, etc. en medio de conflictos. Por el contrario, cuando se estudia la violencia ejercida con motivación de controlar, es decir, la instrumental, la cual tiene consecuencias más graves en términos de heridas, es crónica y sistemática, se puede apreciar que hombres y mujeres la usan en proporciones asimétricas (Kimmel, 2010, p.115).

El control ha sido la motivación más estudiada desde la perspectiva feminista, por consiguiente el control y la dominación de los hombres sobre las mujeres es el argumento mayormente utilizado desde la teoría del patriarcado. Esta motivación será estudiada en mayor profundidad en apartados posteriores en la explicación de la tipología del Dr. M.P. Johnson¹⁰.

En un estudio cualitativo sobre las motivaciones que movían a los participantes a agredir a su pareja solo 6% de los hombres indicaron haberse defendido de violencia que había ejercido su mujer. Por el contrario, las mujeres utilizaron este término en la mayoría de sus relatos (el 74% de ellas alegaron que su agresión física hacia sus parejas heterosexuales era un acto en defensa propia todas las veces y el 54% de los hombres reconocieron que ellas actuaban en defensa propia siempre). Con relación a la defensa propia es necesario diferenciar una situación en la que una persona se está protegiendo de un ataque con actos como taparse la cara con los brazos o un acto de defensa propia/legítima defensa, que podría conllevar un acto de violencia, como devolver un golpe (Dobash y Dobash, 2004). Es importante indicar que se ha demostrado que contraatacar físicamente puede ser contraproducente y empeorar la situación de violencia que estas mujeres sufren, promoviendo una escalada en la severidad de la violencia hombre-mujer (Dobash y Dobash, 2004; M.P. Johnson, 2011).

El problema es la falta de un marco metodológico/teórico sobre el que apoyar por qué las mujeres cometen violencia contra sus parejas (física) y esto provoca que nuestras habilidades para detectar casos de violencia y desarrollar programas de intervención para mujeres que la ejercen sea difícil, debido al escaso conocimiento que tenemos. (Bair-Merritt et al. 2010). Aunque las cifras de mujeres detenidas por VP han aumentado y esto ha hecho que se puedan estudiar los diferentes tipos de agresoras que hay. Sin embargo, estos estudios siguen siendo escasos en comparación con los de hombres agresores. Además, en estos estudios, la principal motivación que se considera es la defensa propia o defensa ante un riesgo inminente para ella o para un ser querido, seguido de una agresión física en respuesta a haber sufrido abuso durante años. Después de éstas se considera que sea debido a problemas emocionales en uno de los dos. (Gilfus et al. 2010).

Por ello, Bair-Merritt et al. realizaron un metaanálisis de artículos sobre motivaciones para ejercer violencia física en la pareja heterosexual. La ira es una de las motivaciones más estudiadas en los artículos. También ésta en conjunto con otras emociones, deseo de recibir atención, defensa propia o en respuesta a un ataque(*retaliation*) o violencia continuada fue nombrada como motivación en 20 de los artículos del metaanálisis. La agresión usada como represalia era otra motivación citada por separado de defensa propia en algunas ocasiones y se nombraba en 15 artículos; control coercitivo fue una motivación citada en 14 estudios, pero no se daban datos sobre su uso ni frecuencia; otros

¹⁰ Véase el apartado 4: La tipología de Johnson y 4.1.1 Estudios ajenos a Johnson que estudian la tipología.

artículos hablaban que la motivación dependía del tipo de violencia, la severidad y las características de la mujer (Bair-Merritt et al. 2010).

La mayoría de los estudios de este metaanálisis basaba las investigaciones en muestras clínicas, lo que limita el estudio de las motivaciones detrás de la violencia de estas mujeres ya que es más probable que sufran violencia severa y crónica y debido a ello haya motivaciones distintas detrás de las agresiones de estas mujeres y las de otras mujeres en la comunidad (Bair-Merritt et al. 2010) **Defensa propia o como contraataque** era la motivación principal, pero comparar estos estudios presentaba una dificultad: que utilizaban diferentes definiciones de defensa propia, siendo en algunos casos para evitar una agresión de su pareja heterosexual, otras en respuesta a un peligro inminente...aunque en otros artículos se despreciaba la posibilidad de que la mayoría de actos de agresión de mujeres fuesen debidos a actuar en defensa propia. En el 70% violencia expresiva, defensa propia en 87% estudios, control coercitivo en el 61% estudios. La defensa propia es controvertida como explicación de toda la violencia de mujeres hacia sus parejas heterosexuales, pero explica gran parte de ésta (Bair-Merritt et al. 2010). Straus, por el contrario, considera que la defensa propia como principal motivación de las mujeres para agredir a sus parejas heterosexuales no tiene evidencia empírica suficiente. (Straus, 2010).

Otro argumento es lo importante que resulta estudiar la VP en otros contextos culturales y sociales, ya que la mayoría de los estudios están realizados en EEUU y pueden no ser generalizables a otros países (Archer, 2000; Jewkes, 2002). El error de no tener en cuenta los contextos en los que se da cada tipo de violencia puede hacer que las explicaciones no sean del todo correctas, mezclando diferentes fenómenos en los resultados y consecuencias. (Michalski, 2005).

Dobash y Dobash admiten que la mayoría de violencia en las parejas es debida a conflictos o discusiones, aproximadamente 2/3 de la muestra. (1984). Además, a mayor nivel de conflicto en la pareja, mayor probabilidad de que se dé violencia física de pareja. (Jewkes, 2002). Respecto a los temas más recurrentes de estos conflictos: “celos del hombre e idea de la mujer como propiedad, expectativas de obediencia y servicio doméstico, y cuando las mujeres intentan huir del hogar conyugal” (Dobash y Dobash, 1984; Dobash et al. 1992, p. 83). Respecto a los factores precipitantes de la agresión, era más probable que se produjera una agresión hombre-mujer cuando :“ellos sentían que su autoridad era cuestionada o que ellas desafiaban la legitimidad de su comportamiento (37%), cuando ella respondía de manera inapropiada o enfadada (21%), cuando ella cuestionaba la legitimidad de su discusión o queja (9%), cuando ella se negaba a responder de manera agresiva o se reafirmaba (11%), cuando ella iniciaba la discusión(8%), cuando ella lo golpeaba a él primero (5%), cuando lo insultaba (4%) o cuando le amenazaba o intentaba marcharse” (Dobash y Dobash, 1984), p.274).

Por lo que parece que esta violencia acaecida durante discusiones también tiene cierta relación con los roles de género y el tradicionalismo en los papeles de hombres y mujeres en el matrimonio y en las parejas. Además, se ha visto que las creencias patriarcales y la aprobación de la violencia están relacionados positivamente con la existencia de violencia hombre-mujer. (Smith, 1990).

La defensa propia es una de las motivaciones de la violencia hombre-mujer pero es probable que también lo sea de ciertas conductas de violencia hombre-mujer. La motivación y el contexto de la violencia en la pareja debe ser estudiado en profundidad. Por ello, los estudios cualitativos pueden ser ilustrativos ya que permiten una mayor profundización en el objeto de estudio.

3.2.3. Roles de género, tradición y actitudes machistas

Según la teoría de los roles sociales, la división sexual del trabajo se debe a ciertas diferencias físicas entre hombres y mujeres que capacitan mejor a las mujeres para las tareas reproductivas y a los hombres para las tareas productivas, todo esto apoyado bajo la complementariedad de los sexos. Esta mayor capacitación para desempeñar unas tareas u otras está basado en estereotipos de género. Aunque se vean como “naturales” son construcciones culturales que se promueven a través de la socialización diferenciada de los géneros (Eagly y Wood, 2012). Los roles de género también conforman lo que son las características que deben asumir hombres y mujeres, lo que llaman Eagly y Wood, expectativas de los roles de género. A ellos se les atribuyen características como “independiente, competente y autoritario” y a ellas, “generosa, simpática y preocupada por los demás” (Eagly y Wood, 1991, p.309). Así, los hombres reciben socialización para valorar lo instrumental, lo medible, la dominación el poder y las mujeres para que valoren los cuidados y la interdependencia. Parece que los hombres aprenden que la violencia es una herramienta de resolución de conflictos adecuada (Frankel y Sugarman, 1996).

Dentro del proceso de modelado, Bandura explica el proceso de la socialización de los roles de género, donde los niños/niñas que están modelando un comportamiento se identificarán más fácilmente con su padre/madre, según el sexo del niño/a. Así, aprenden a imitar los comportamientos que son “adecuados” para su género. Este proceso se fomenta desde el nacimiento, donde se comienza a diferenciar el sexo de los bebés mediante el nombre, la ropa de un color determinado y se adoctrina al bebé para que tenga comportamientos masculinos o femeninos de acuerdo con su género/sexo al nacer. También se le ofrecen juguetes de un determinado tipo, actividades de ocio, e incluso, se les buscan amistades del mismo sexo. (Bandura, 1969). Los roles de género y la atribución de características de masculinidad y feminidad puede ayudarnos a comprender el fenómeno de la violencia contra las mujeres. No sólo es que la dominación masculina afecte o cause la VP hombre-mujer sino la vulnerabilidad del concepto de masculinidad hegemónica, que propicia en algunos hombres que no se ajustan a la norma a tener una crisis de identidad masculina. (Jewkes, 2002).

En el plano individual el género tiene función de identidad, a la que se le atribuye un conjunto de creencias y actitudes. De esta manera, las personas se identifican mediante otras personas en uno u otro género o resisten esta clasificación adoptando una identidad transgénero. En el nivel de interacción social el género es una *performance*. Hombres y mujeres hacen el género para cuadrar con las expectativas sociales del que se les atribuye. En el plano estructural el género organiza a hombres y mujeres en la sociedad, atribuyéndoles roles sociales diferentes: producción y reproducción. Esto otorga diferentes recursos dependiendo de si pertenecen a un género u otro, y además se ven recompensados si cumplen con sus “roles de género”. (Anderson, 2010)

Si como se ha comentado anteriormente, los hombres están socializados de tal manera que valoran la fuerza y la agresividad/violencia, pueden recurrir a éstas para demostrar su masculinidad. (Anderson, 2010). A este respecto se construye la idea de feminidad como opuesta a utilizar una agresión, como algo contrario a lo que debería hacer una mujer, por lo que pocas mujeres se ven interesadas por aprender a defenderse o utilizar la violencia de manera efectiva. (Anderson y Umberson, 2001). Cuando Anderson y Umberson entrevistaron a hombres, vieron que cuando éstos hablaban de la violencia que ejercían ellos mismos contra sus parejas heterosexuales, la construían como “racional, efectiva y explosiva” pero la de sus parejas heterosexuales era “histérica, trivial y poco efectiva”. Algunos de ellos (el 55%) definieron la violencia de sus parejas como “ridícula e

inútil” y la minimizaban por no preocuparles las consecuencias de la violencia de ellas contra ellos. (Anderson y Umberson, 2001, p.363). Incluso cuando ellas usan armas, ellos no sienten miedo del daño que les puedan provocar, negando de este modo que la violencia de sus parejas entrañe una amenaza real, lo que refuerza su idea de la violencia masculina como “imparable” y la de las mujeres como “no dañina o insignificante”. (Anderson y Umberson, 2001).

El 36.4% y 46.3% de hombres en una investigación consideran que ser duro físicamente y no actuar de manera femenina son dos características atribuidas a la identidad masculina. Además, el 42.4% de éstos reconocen que otra característica de masculinidad es ser hipersexual y estar siempre dispuesto a mantener sexo (Santana et al. 2006). Estas características que “definen” la masculinidad pueden relacionarse con la definición de Badinter. En ésta se plantea que la construcción de la masculinidad se erige a través de una negación triple: “no soy una mujer, ni homosexual, ni un bebé”. Así la definición de hombre se construye sobre la discriminación de los grupos a los que no pertenece mediante la misoginia, la homofobia y el rechazo a la niñez como etapa de dependencia física y emocional (Badinter, 1993; citado en USAID, 2019, p.28).

Kimmel admite que las mujeres utilizan la violencia en la familia en algunas circunstancias, durante conflictos y de manera expresiva, pero indica que los hombres utilizan la violencia instrumental de manera más común contra las mujeres. Existe violencia mujer-hombre, pero provoca menos heridas y es menos probable que esté motivada por el control o deseo de dominar o aterrorizar a su pareja heterosexual. (Kimmel, 2010). Los hombres, sin embargo, utilizan la violencia instrumental cuando creen que pierden el poder para restaurar su masculinidad y superioridad. La diferencia entre violencia instrumental y expresiva es importante respecto al objetivo que tiene cada una de ellas, pero también con respecto a su contexto (motivación), frecuencia, severidad e iniciación. (Kimmel, 2010). Así, Hamby y Sugarman consideran que la agresión psicológica severa es **instrumental**, con una intención clara de debilitar a la otra persona, y ésta será evidente y explícita. (Hamby y Sugarman, 1999). Cuando se analizan las motivaciones de la violencia mujer-hombre en la pareja se constata que el uso de violencia era expresivo en su mayoría o en respuesta a la violencia que ejercía su pareja (Bair-Merritt et al. 2010). Archer y Haigh también consideran que la violencia de las mujeres es más expresiva que instrumental (1999).

A la crítica de Dobash et al. 1992 de que la perspectiva de la violencia intrafamiliar no explica de manera teórica cómo los hombres y mujeres pueden comportarse de manera similar respecto a la VP, siendo que son socializados de maneras distintas, indica que las explicaciones se basan en el estrés, ansiedad y estados emocionales negativos que promueven la ocurrencia de incidentes violentos en ambos. Es decir, factores de riesgo comunes a hombres como mujeres para la ocurrencia de violencia durante conflictos (Dutton y Nicholls, 2005).

Dentro de los relatos de hombres sobre la VP, se puede observar que algunos se lamentan de los avances del feminismo y de estar oprimidos por un sistema que les da más derechos a ellas. Se puede ver cómo la retórica de “los derechos del hombre” ha calado en sus discursos, aludiendo al hombre victimizado y argumentando que el sistema de justicia ha creado el mito de la dominación masculina (Anderson y Umberson, 2001). “La construcción de la subjetividad masculina está interrelacionada con su posición de dominación y las mujeres han amenazado el binarismo y la jerarquía de género, resistiéndose a la violencia del hombre” (Anderson y Umberson, 2001, p.371). Estos argumentos son lo que algunos autores/as llaman el efecto *backlash* del antifeminismo. Sus

privilegios están tan normalizados y enraizados en la sociedad en su conjunto que la sola defensa de los derechos de las mujeres hiere su sentimiento de hegemonía masculina.

Dentro de la tradición y las relaciones sentimentales, el romanticismo puede ser considerado un elemento característico en nuestra cultura. En una investigación se analizó la relación entre el romanticismo y algunas características negativas asociadas a él como factores de riesgo de VP. Algunos aspectos de las relaciones amorosas en la televisión son confundidos con características de VP y control. 275 mujeres heterosexuales fueron encuestadas a través de *Amazon Mechanical Turk* (Papp et al. 2017). Las creencias románticas se aglutinan en las variables de: adhesión a creencias de la ideología romántica, creencias de que tener celos era algo positivo para la relación y valorar en un alto grado las relaciones amorosas (como prioridad en su vida).

Las creencias románticas se correlacionaban positivamente con considerar que los comportamientos controladores eran románticos. A su vez, creer que algunos comportamientos controladores eran románticos y positivos, se correlacionó positivamente con haber sufrido violencia física y psicológica. Tener creencias románticas tenía un efecto indirecto en la experiencia de victimización física a través de la romantización de comportamientos de control por su pareja heterosexual. Lo mismo fue comprobado para violencia psicológica.. Romantizar los celos estaba relacionado directamente con experiencias de violencia psicológica en las correlaciones bivariadas, y también con creer que algunos comportamientos de control eran románticos. Podría decirse que las actitudes positivas hacia los celos pueden ser un factor de riesgo para sufrir VP, ya que será más fácil que se implique en una relación con alguien que es celoso o que lo sea ella misma. Las personas que tienen creencias tradicionales sobre feminidad y masculinidad pueden interrelacionar celos, control, violencia y romance. (Papp et al. 2017) Por tanto, se deben desafiar las concepciones tradicionales de romanticismo y reevaluar la construcción social del amor. Además, las películas y televisión a veces enmarcan comportamientos de control y celos como características románticas, lo que puede ser interiorizado por espectadores/as y puede llegar a ser un riesgo para la VP y el control coercitivo en la pareja. (Papp et al. 2017)

En definitiva, la socialización de los roles de género es dañina tanto para hombres, como para mujeres como para personas que no se insertan en la dicotomía irreal de hombres y mujeres. Los roles de género y las expectativas que provocan éstos tiene efectos nocivos para el conjunto de la sociedad. Además, controlan nuestro desarrollo, personalidades y actitudes. La socialización en los roles de género fomenta la subordinación de las mujeres y provocan que los hombres deban demostrar su masculinidad a través de actividades que pueden llegar a ser peligrosas para su integridad física y emocional y las de las personas a su alrededor. Ciertas de las características atribuidas a hombres promueven el uso de la violencia o ser agresivos, por consiguiente, si se quiere prevenir la violencia en general, y más concretamente la violencia en la pareja, un objetivo primordial debe ser una socialización en igualdad y respeto.

3.2.4. Distorsiones y reinterpretación cognitivas

El presente apartado podría formar parte de cualquiera de las dos perspectivas. Además, éstos actúan tanto en el caso de las víctimas como de agresores/as. Sin embargo, se ha creído conveniente esta localización por estar muy presentes en el proceso de búsqueda de ayuda, siendo éste el siguiente apartado revisado en el trabajo.

Así, en este apartado se revisan ciertas distorsiones cognitivas que pueden presentar las personas implicadas en situaciones de violencia de la pareja. Estas distorsiones minimizan la culpa o

las consecuencias de la violencia, la justifican, atribuyen la responsabilidad a otras personas o a factores externos. En los relatos de las personas que viven situaciones de violencia en la pareja se pueden ver construcciones ambiguas y contradictorias de víctimas y agresores. La mayoría de los hombres participantes intentaban construir un diálogo en el que se mostraban como sujetos no violentos y positivos y lo mismo ocurría con las víctimas, cuando hablaban de su pareja.

En Víctimas

La VP rompe con las normas culturales del concepto de pareja y por ello las víctimas de esta violencia se ven obligadas a aceptar una disonancia cognitiva entre la idea de que una pareja debe ser una persona que te profiere amor, comprensión y apoyo, con la idea de que su pareja les hace daño. Este proceso de aceptación de la disonancia cognitiva puede implicar la reconfiguración de las percepciones de la víctima sobre su agresor/a y sus actos. Para ello utilizan diferentes estrategias, como minimizar, reinterpretar el efecto de esas agresiones o justificar el hecho de seguir en una relación con alguien que les hace daño. El proceso de reinterpretación cognitiva puede ser temporal, ayudando a las víctimas de VP a sobrellevar esa situación hasta que estén preparadas para dejarla o hasta que un punto de inflexión haga que dejen de justificar y minimizar los actos de sus parejas heterosexuales. **El punto de inflexión** puede ser simbólico o material. Una escalada de la violencia puede hacer que la víctima no pueda minimizar o justificar la violencia porque las consecuencias son demasiado graves como para hacerlo (Goodfriend y Arriaga, 2018), un cambio en el nivel de recursos disponibles, como el acceso a refugios para víctimas de violencia también puede constituir un punto de inflexión. También puede darse la situación de que la víctima pierda la esperanza en que el/la agresor/a cambie o que se de una agresión en público y la víctima sienta vergüenza, lo que podría mitigar el proceso de racionalización por la humillación sufrida y hacer que la percepción de la violencia sufrida sea “más real que nunca” (Ferraro y J.M. Johnson, 1983).

El autoconcepto se forma a través de las interacciones que se tienen con las demás personas, las evaluaciones, reacciones y críticas de los demás construyen el autoconcepto de uno mismo (Rosenberg, 1979; citado en Stets y Burke, 2005). La autoaceptación de una persona está ligada a la interacción con su entorno, por ello esa persona tendrá un mejor autoconcepto si otras personas valoran sus creencias, actitudes e identidad. Si las personas no tienen un autoconcepto positivo esto puede conllevar consecuencias negativas tanto para su salud mental como para las relaciones que establecen con los demás (Stets y Burke, 2005). El autoconcepto está relacionado con la investigación de Enander, donde algunas mujeres se etiquetan como estúpidas por haber seguido en esa relación abusiva. Estas mujeres habían **internalizado la responsabilidad de la violencia** sufrida como debida a su estupidez. Además, se ha visto que una de las formas más comunes de humillar o denigrar a una persona con violencia psicológica es insultar habitualmente su capacidad intelectual, llamándola estúpida, histérica o loca. Llamarse a una misma estúpida o sufrir la “vergüenza de la mujer maltratada” pueden ser dos consecuencias de sufrir VP para una mujer. Esto ocurre frecuentemente en algunas de estas mujeres, y daban diferentes razones por la que se sintieron estúpidas: “por haberse quedado en la relación, por haber permitido que la denigraran o maltrataran, por haber estado “ciega” a lo que estaba pasando, haber sido manipulada o haber creído las mentiras, cuando personas ajenas la juzgaban sobre lo que había pasado o por qué no había dejado a su pareja antes, por darles a su pareja “cosas” que no debían haberles dado (sexo y cariño, su presencia, comportarse como ellos deseaban que se comportaran...) (Enander, 2010).

Las distorsiones cognitivas de las víctimas se pueden dividir en niveles dependiendo de qué factores afecten la percepción de la situación por la persona que sufre la violencia.

Influencia individual y culparse a uno/a mismo/a: son **factores ligados a su experiencia individual y personalidad** (Goodfriend y Arriaga, 2018) como por ejemplo: puede normalizar esta violencia al haberla visto desde la infancia. En algunas de las participantes se vio cómo se **culpaban a sí mismas**, ya sea precipitando la agresión, sintiendo parte de la responsabilidad de lo ocurrido o asumiendo que habían hecho algo de manera incorrecta. (Goodfriend y Arriaga, 2018; Enander, 2010) También racionalizan la violencia y niegan la intencionalidad del autor en hacer daño, lo ven como episodios puntuales dependiendo de las circunstancias externas. Pueden **negar** que el suceso haya ocurrido o que sufrieran daño a consecuencia de las agresiones (Ferraro y J.M. Johnson, 1983). También pueden **minimizar** lo ocurrido, como en el caso de una mujer que en lugar de decir que sufrió una agresión sexual o que fue violada declara que se “sintió como violada”, (Boonzaier, 2008, p.198-199), intentando minimizar lo ocurrido y representado la agresión como una percepción suya, entre otras razones por la disonancia cognitiva que provoca ser agredida sexualmente por su pareja (Boonzaier, 2008). **Factores de la pareja:** consideran que el verdadero problema de su pareja es una adicción o su salud mental, es decir, causas externas a su control. (Goodfriend y Arriaga, 2018; Ferraro y J.M. Johnson, 1983) **Factores de la relación (interacción).** Pueden afectar las percepciones de cada una de las personas sobre la otra. El nivel de compromiso y la dependencia, tanto emocional como económica, puede afectar a los procesos de reinterpretación cognitiva. Cuando alguien sufre VP puede desarrollar cierta tolerancia hacia esos comportamientos agresivos. La familia y sus opiniones también afectan en este nivel (Goodfriend y Arriaga, 2018). **Factores culturales y redefinición de la violencia:** influye en cada uno de los factores ya comentados como en la sociedad en general. La normalización o aceptación de la violencia de ciertos comportamientos que no son vistos por la sociedad como violentos o como un delito. (Goodfriend y Arriaga, 2018). También se puede **racionalizar** a través de la religión o la tradición, ya que el deber de las mujeres es servir a sus maridos, estar comprometidas con su familia. Dentro de estas racionalizaciones a través de la religión también puede ocurrir que algunas consideren el divorcio como una opción no viable. (Ferraro y J.M. Johnson, 1983). Todos estos niveles de factores interactúan entre sí e influyen en las percepciones de las víctimas sobre su victimización. (Goodfriend y Arriaga, 2018)

En agresores

Mientras que el proceso anterior parecía ser involuntario y consecuencia de la disonancia cognitiva vivida, el proceso de distorsión cognitiva de los agresores es visto como instrumental, objetivo y consciente, excusando y justificando sus actos por Canavagh et. al (2001). Las distorsiones cognitivas pueden definirse como cogniciones mantenedoras de las conductas cuyo objetivo es eximir de responsabilidad y las consecuencias de una conducta socialmente reprochable. El delito se racionaliza, principalmente mediante la minimización, la negación o la atribución de la culpa a los demás” (Loinaz, 2014, p.6). De manera similar al análisis de las distorsiones en víctimas, las de agresores también se pueden dividir por niveles. Así, los **factores personales promueven que** algunos hombres **minimicen** la violencia ejercida contra sus parejas heterosexuales diciendo que tenían “pequeños problemas” (Boonzaier, 2008, p.190-191). También pueden hacer que utilicen esta estrategia estableciendo una concepción de violencia en la pareja limitada, es decir, solo unos pocos actos son considerados violentos, aquellos que entrañan consecuencias físicas graves, sin embargo, los “leves” no son considerados como violentos. También pueden minimizar la frecuencia con la que

ocurría la violencia aludiendo que ocurría muy pocas veces. Incluso utilizan diminutivos o eufemismos, para hablar de ciertas consecuencias como ‘sin importancia’. (Cavanagh et al. 2001). También se ha visto que pueden **negar** la violencia o responsabilizar a otras personas (Cavanagh et al. 2001). También pueden exteriorizar la culpa como un hombre alude a la circunstancia de haber consumido alcohol y así **justifica y exterioriza la** responsabilidad de sus actos (Boonzaier, 2008).

Otros factores descritos son **los de interacción**, según los cuales algunos hombres atribuían su violencia a que sus parejas no habían hecho casos a sus peticiones durante la discusión, como callarse, dejar el tema...por ello su acción estaba **justificada**, porque la mujer tuvo una opción alternativa a la violencia antes de que ocurriera. En algunos casos, estas peticiones se convertían en exigencias, relativizando la opcionalidad de conductas de la persona que recibía la exigencia/petición (Cavanagh et al. 2001). Los hombres, para culpabilizar a sus mujeres actuales de la violencia que ellos ejercían sobre ellas, declaran que con sus exmujeres no eran violentos o que nunca “habían pegado a una mujer antes que a la actual”. (Anderson y Umberson, 2001). Dentro de la **culpabilización** a sus parejas de la violencia que ellos ejercían sobre ellas, criticaban aspectos de su personalidad o de sus habilidades como madres, pero el aspecto que más alegaban era que ellas eran controladoras (30%) (Anderson y Umberson, 2001). El hecho de culpar a su pareja, atribuyéndole a ella la culpa podría ser considerado tanto un factor personal, como de interacción, como estructural. Dentro de la ideología patriarcal se ha considerado que las mujeres tenían parte de la responsabilidad de estas violencias por no haber cumplido con sus obligaciones como esposa, por no haber atendido las peticiones de su marido correctamente, etc.

Considerando los factores estructurales hay hombres que se describen como “emasculados” o desprovistos de masculinidad, ya que al intentar cumplir con las características de la masculinidad hegemónica se encontraban con obstáculos, y la violencia les ayudaba a sentirse más “hombres”. (Boonzaier, 2008). Loinaz identifica algunas distorsiones cognitivas construidas en base cultural como los roles de género e inferioridad de la mujer y la aceptación del estereotipo tradicional y la misoginia (2014). Algunas de estas distorsiones son: la expectativa de obediencia en el matrimonio y la obligación de la esposa de acceder a tener sexo con él cuando le apetece. (Boonzaier, 2008). La culpabilización de mujeres víctimas del maltrato por su victimización, es decir, atribución ajena de la responsabilidad (Loinaz, 2014).

Las distorsiones cognitivas son el primer elemento con el que se tienen que trabajar en cualquier intervención, tanto con víctimas como con agresores/as, ya que estos elementos pueden dificultar una percepción objetiva de la realidad.

3.2.5. *Consecuencias de la violencia asimétricas*

Uno de los principales argumentos de la perspectiva feminista es que las consecuencias que sufren las mujeres son más graves, y por ello se debe atender su especial vulnerabilidad.

La perspectiva feminista criticó el “síndrome del hombre maltratado” de Steinmetz 1977-78, por no haber medido las motivaciones de las agresiones y por no haber tenido en cuenta que algunas mujeres podrían actuar en defensa propia, ni qué consecuencias tuvieron lugar estas agresiones (Kurz, 1989). Los estudios que miran las consecuencias, tanto físicas como psicológicas de sufrir victimización de pareja para hombres y mujeres, han visto que las consecuencias para las mujeres suelen ser más graves (Dobash et al. 1992; Grandin et al. 1998; Morse, 1995; Straus, 2010). La violencia hombre-mujer es más probable que provoque consecuencias físicas, tanto en el caso de agresión física (Archer, 2000; Dobash et al. 1992; Morse, 1995; Saunders, 1988), como coerción

sexual (Straus et al. 1996), que la llevada a cabo por una mujer. Por ello, es más probable que ellas necesiten atención médica (Archer, 2000). Asimismo, cuando se comparan las proporciones de mujeres y hombres heridas/os, la de ellas es mayor. Por ejemplo, en un estudio de Bookwala et al. de los jóvenes adultos que declaran haber sufrido heridas por una discusión física con su cónyuge, el 70.5% son mujeres, mientras que el 29.5% son hombres; en la muestra de adultos de mediana edad, resulta parecido, con 86.7% de mujeres y 13.3% de hombres. Sin embargo, para los adultos más mayores no hay diferencias en las proporciones de heridas sufridas por hombres y mujeres (2005). De manera similar, Straus indica que “las mujeres sufren 2/3 de las heridas provocadas en la pareja y 2/3 de los homicidios en la pareja” (Straus, 2015, p.92).

Sin embargo, cuando se mide la agresión física basándose en el acto, las mujeres tienen más probabilidades de haberla usado y con mayor frecuencia aunque la diferencia con la proporción de hombres es mínima (Archer, 2000; Bookwala et al. 2005).

La herida más grave descrita por un hombre fue un labio roto y solo el 15% de ellos alegaba haber sufrido alguna herida a consecuencia de la violencia mujer-hombre, sin embargo, sí decían haber provocado heridas en sus parejas(hombre-mujer). Las lesiones físicas más comunes son hematomas y cortes o arañazos (Anderson y Umberson, 2001; Dobash y Dobash, 1984). Esto concuerda con otras investigaciones como la de Krahé y Berger que consideran que la mayoría de las agresiones que ocurren en la pareja son leves (2005). Además, estas agresiones suelen ocurrir en el domicilio común (84%) o cerca de casa (3%, en el rellano, escalera, etc) y tan sólo el 13% de los casos tienen lugar en sitios públicos como bares, casas de gente conocida o familiares. (Dobash y Dobash, 1984).

Si se estudia también la **agresión verbal** se ve que las mujeres tienen más probabilidad de gritar o contestar acaloradamente mientras que los hombres tienen más probabilidad de discutir de manera calmada (Bookwala et al. 2005). Lo que concuerda con un mayor uso de la agresión de manera expresiva y situacional. Además, parece que las **secuelas psicológicas** en mujeres que sufren violencia psicológica y tácticas de control podrían ser más graves que las que sufren la violencia física. (Hamel et al., 2015) Las consecuencias psicológicas más usuales son depresión y TEPT (Trastorno por Estrés Postraumático) presentando éstas bastante comorbilidad (se dan a la vez con frecuencia) (Campbell, 2002). Una puntuación alta en victimización psicológica hace más probable que las mujeres tengan una salud pobre y que desarrollaren una enfermedad crónica. Además, cifras más altas de victimización psicológica y física hacen más probable que hombres y mujeres sufran lesiones físicas (Coker et al. 2002).

Hombres y mujeres que eran víctimas de violencia **física y violencia psicológica** declararon más distrés que las que no eran víctimas y más distrés que las que solo sufrían violencia psicológica. (Grandin et al. 1998). Se define distrés emocional como “un estado marcado por sentimientos que varían en intensidad desde tristeza, inseguridad, confusión, y preocupación, hasta la experiencia de síntomas mucho más severos como por ejemplo la ansiedad, depresión, expresión de la ira, aislamiento social, y pérdida de esperanza” (Moscoso, 2011, p.68). Las mujeres víctimas de violencia física tenían puntuaciones más altas en la escala de depresión que los hombres, aunque esto no sucedía en el caso de sufrir sólo violencia psicológica, donde los hombres presentaban puntuaciones más altas en la escala de depresión. Por tanto, las mujeres que sufren violencia física es más probable que muestren síntomas de depresión que los hombres que sufren violencia física (Grandin et al. 1998).

Mientras que para las mujeres la relación entre desarrollar un trastorno mental crónico estaba relacionado con sufrir violencia física de pareja, para los hombres tenía más relación con sufrir conductas coercitivas violentas. Sufrir heridas se relacionaba con sufrir violencia física y psicológica de pareja para ambos, aunque dentro de violencia psicológica, la de control coercitivo estaba más relacionada con sufrir heridas que la de abuso verbal (Coker et al. 2002). La percepción de que una enfermedad crónica no les permitiera realizar actividades cotidianas a las mujeres se relacionaba con haber sufrido violencia física de pareja, sin embargo para los hombres, la idea de que no pudieran realizar actividades de manera cotidiana se desarrolló por haber sufrido violencia de control coercitivo (Coker et al. 2002). Por tanto, parece que la violencia física y psicológica afecta de manera distinta a hombres y mujeres.

La mayoría de las investigaciones realizadas en centros médicos sobre las consecuencias para la salud de la VP han sido realizadas en EE. UU. y tienen un rango de prevalencia de entre 4-23%, siendo más frecuente en estratos socioeconómicos bajos (Campbell, 2002). Una explicación es que el pertenecer a una clase social más alta no actúe como factor protector para las mujeres respecto a sufrir VP sino que haga más fácil su huida al tener mayores recursos. (Campbell, 2002)

Respecto a las consecuencias de **violencia sexual** en la pareja heterosexual, los problemas físicos de salud que se dan en mayor medida en estas víctimas son los ginecológicos. Algunos de estos son: ETS, infección vaginal o sangrado, fibromas, deseo sexual reducido, irritación vaginal, dolor durante las relaciones, dolor pélvico crónico e infecciones del tracto urinario (Campbell, 2002, p.1332). En algunas entrevistas sobre victimizaciones sexuales se describen actos como negarse a usar condón o usar humillación verbal contra ellas durante las relaciones (Campbell y Soeken, 1999 y Champion y Shain; citado en Campbell, 2002). Por estos actos de violencia sexual se pueden entender algunas de las condiciones de salud ginecológica de mujeres que han sufrido violencia sexual, como por ejemplo, los embarazos no deseados y contraer ETS. Además, se debe considerar la poca capacidad de negociación de una mujer que sufre violencia de pareja, y sobre todo, en contextos sociales donde se considera que las mujeres no deben tomar decisiones acerca de usar contraceptivos (Campbell, 2002).

Las mujeres que habían sufrido **agresiones físicas o sexuales** recientes tenían cuatro veces más probabilidades de tener síntomas depresivos graves y 2.6 veces más de probabilidades de tener síntomas depresivos leves; también tenían peor salud y menos confianza en la comunidad, comparado con mujeres que nunca habían sido victimizadas. Las mujeres que habían sufrido formas de violencia no física en los últimos 5 años declaraban tener menos vitalidad y tenían más probabilidad de tener síntomas depresivos. Además, cuanto más había durado el periodo de victimización peor era el estado de salud de la mujer. Se comparó con mujeres que declararon haber sufrido VP durante 10 años o más. Se vio que si la victimización era reciente su salud era peor que si había sido hace más de 5 años y que si la victimización en la pareja había conllevado agresiones físicas y/o sexuales, su salud se vio más afectada que si eran sólo no físicas (Bonomi et al. 2006). Las consecuencias para la salud mental y física pueden ser a corto o a largo plazo, aunque las de largo plazo son más difícilmente relacionadas mediante causa-efecto. En muchos casos éstas se solapan y, además algunas son difícilmente detectables si no se dispone de herramientas de evaluación adecuadas (Coker et al. 2000; Campbell, 2002).

Por otra parte, se han estudiado las diferentes estrategias que usan las mujeres durante un conflicto con sus parejas para evitar o resistir la agresión de su pareja. Se les pregunta sobre tres

eventos: el primer ataque, el peor conflicto físico que recordaran y el último. Entre estas técnicas estaban:

evitar que un conflicto pudiera escalar a violencia física: tratando de irse (14% primer ataque, 17% peor y 26% para el último), tratando de razonar con él (33% primero, 29% peor y 25% el último), tratando de convencerlo de que las razones para discutir no tenían fundamento o que sus expectativas eran irrazonables (16% primero, 17% peor, 28% último). En alrededor de 36% de los casos, las mujeres no intentaron solucionar el conflicto por ninguna de esas vías, considerando que resistir o intentar evitarlo solo lograba que la violencia fuera más severa, recibieran más agresiones o el altercado durara más. También utilizaron estrategias verbales como intentar razonar con él (5%), llorar o gritar (20%) y en el 13% de los casos intentaron escapar. También hubo respuestas físicas, como tratar de empujarlo (8%) intentar protegerse con algo (8%) o golpearle (10%). Tras la agresión física, la mayoría dijeron que sentían tristeza (65%), además de otras emociones como ira, rencor, vergüenza, miedo, estupefacción (Dobash y Dobash, 1984, p.280)

En este estudio se puede ver cómo suelen intentar razonar con sus parejas aunque en algunos casos recurran a la violencia.

El miedo es una emoción que ha sido descrita de manera muy frecuente en los estudios de la perspectiva feminista. Esta emoción se encuentra presente en la mayoría de relatos de mujeres que han huido de una pareja violenta. Sin embargo, esta característica no está presente en los relatos de los hombres víctimas de violencia física mujer-hombre. (Dobash y Dobash, 2004; Dobash et al. 1992). De esta manera, se considera que los hombres provocan más miedo en sus parejas heterosexuales que al revés, ya sea por la capacidad física de ellos o la falta de ésta en las mujeres (Archer y Graham-Kevan, 2003; Felson y Cares, 2005; Morse, 1995). Sin embargo, cuando hay armas presentes, las mujeres pueden provocar el mismo miedo que un hombre desarmado (Felson y Cares, 2005). En entrevistas con hombres se vio que la mayoría no declaraban tener miedo a su pareja heterosexual, ni sensación de estar en riesgo por la violencia física que su pareja pudiera ejercer contra ellos (Anderson y Umberson, 2001). Cuando se les preguntaba por su reacción a la violencia física de ella, éstos respondían que las ridiculizaban y se mofaban de su capacidad para agredir y causar daño. Estos hombres bromeaban sobre las agresiones físicas sufridas durante sus relatos. (Anderson y Umberson, 2001). Sin embargo, otros hombres encontraron humillante que una mujer los agrediera físicamente alegando que los hombres eran los únicos con derecho a utilizar la violencia física. Otros en cambio, mostraban cierta “admiración” hacia la mujer si contraatacaba físicamente, definiendo ese acto como “actuar como un hombre” (Dobash y Dobash, 2004, p.340-341). Los sentimientos y sensaciones expresados comúnmente por mujeres que sufren violencia, tales como sentir miedo, sentirse atrapadas o sentir indefensión, no se encuentran en los relatos de los hombres. (Dobash y Dobash, 2004). Sin embargo, en una investigación cualitativa con hombres que habían sufrido violencia por su pareja se expresaba miedo pero respecto de las humillaciones y abusos emocionales (Nybergh et al. 2016).

Otro aspecto al que se debe aludir es a la fiabilidad de las declaraciones de los participantes. Según Morse, tanto hombres como mujeres, cuando declaran sobre violencia ejercida tienden a minimizar el número de actos graves y declaran los leves y cuando declaran sobre su victimización, la violencia grave es la que más destaca en sus discursos (1995). Por el contrario en otras investigaciones se considera que los hombres tienden a infravalorar su propia violencia y sobreestimar sus victimizaciones y las mujeres tienden a sobreestimar sus agresiones físicas a sus parejas heterosexuales y a subestimar sus victimizaciones (Krahé y Berger, 2005). Por ello, Chan intenta

entender si existe discrepancia entre la violencia declarada y la sufrida de mujeres y hombres y si existen modelos distintos de *disclosure* (de informar sobre la propia perpetración o victimización en encuestas o entrevistas) (2011). Para esto, revisa 2 metaanálisis y 21 artículos. Hombres y mujeres presentan patrones de *disclosure* variables y el nivel de acuerdo que hay en estudios donde se pregunta a ambas partes de la pareja es bajo-moderado (concordancia entre lo declarado por una y otra parte sobre perpetración y ejecución de violencia por parte de esa persona y su pareja). También hay que tener en cuenta que muchas personas distorsionan lo que declaran por querer agradar a los demás, concepto que se denomina “*Social Desirability*” y que debe ser estudiado y controlado en investigaciones de este tipo (Chan, 2011, p.172).

No obstante, comparar las consecuencias psicológicas de la VP en hombres y mujeres considerando las escalas que normalmente se usan con mujeres puede no ser adecuado, ya que según Hines y Malley-Morrison (2001; citado en Bates y Graham-Kevan, 2016) éstos tienden a exteriorizar los traumas mientras que las mujeres los internalizan.

La violencia sexual debe estudiarse en mayor profundidad y sobre todo, las consecuencias físicas, psicológicas y ginecológicas. Además, debe considerarse que la violencia física y psicológica produce secuelas diferentes en hombres y mujeres. Las consecuencias de estas violencias en la pareja deben estudiarse para mejorar el conocimiento de la salud mental en víctimas de violencia en la pareja. Se puede apreciar también que intervienen los roles de género, ya que algunos hombres consideran una agresión positiva por considerarla un comportamiento de “hombre”, es decir, las características masculinas son vistas como superiores a las femeninas.

3.2.6. El proceso de buscar ayuda externa

Debe señalarse que el proceso de búsqueda de ayuda no ha sido un tema muy tratado desde la perspectiva de la violencia intrafamiliar por la escasez de centros de ayuda para hombres que sufren violencia. En la actualidad se han puesto en marcha teléfonos de ayuda y organizaciones por lo que podrá ser estudiado en un futuro.

Este proceso no es lineal, por ello, la víctima puede progresar de fase y más tarde retroceder a una anterior. Además, está mediado por factores psicológicos, como las distorsiones cognitivas¹¹ que pueden dificultar que tome conciencia de su propia victimización. La percepción de la víctima de la situación puede cambiar dependiendo de factores como la frecuencia de la violencia y la severidad de ésta, su contacto con amistades y familiares o aislamiento y la capacidad de recursos emocionales, económicos y materiales (como centros de apoyo a víctimas de violencia). Un cambio en estos factores puede favorecer que la víctima entre en un *turning point* o punto de inflexión que facilite la toma de conciencia de que vive una situación de violencia. Otros factores que influyen en la decisión de búsqueda de ayuda de las víctimas son el entorno sociocultural, la normalización de la violencia y la clase sociocultural. (Liang et al. 2005).

Así, el primer paso en este proceso es la toma de conciencia de que se es víctima de violencia. Existen dos factores que influyen significativamente en la decisión de buscar ayuda: reconocerlo como un problema y admitir que es muy probable que no se solucione a no ser que se tomen medidas al respecto (Cauce et al. 2002; citado en Liang et al. 2005). Respecto a la ayuda informal, cuando las mujeres tienen un entorno que las apoya, lo responsabiliza a él de estos actos de violencia y rechaza su comportamiento, la mujer cree que esto hace que la probabilidad de una nueva agresión disminuya.

¹¹ Véase 3.2.5. para más información sobre las distorsiones cognitivas.

Sin embargo, cuando ella siente que la persona a la que le ha confiado que sufre violencia la culpa a ella, esto implica que la agresión de él estaba justificada y puede hacer que ella se sienta más vulnerable y aislada de un entorno de apoyo. (Dobash y Dobash, 1984). Las personas que trabajan en servicios formales de atención a víctimas deben comprender que no es recomendable que definan el problema por ellas, sino que tienen que acompañarlas en el proceso y ayudarlas a que definan el problema que sufren por ellas mismas. Además, existen casos en los que las víctimas pueden no querer abandonar a sus parejas heterosexuales por ver la violencia ejercida por sus parejas como consecuencia del estrés derivado de situaciones de pobreza o desempleo. Para éstas la idea de dejar a su pareja o hacer que lo detengan puede resultar insoportable. Los profesionales que trabajan con víctimas mujeres deben abstenerse de juzgarlas o criticar sus decisiones sino intentar entenderlas a la vez que protegerlas (Liang et al. 2005).

Respecto al apoyo informal (amistades y familiares): las mujeres heterosexuales evalúan el riesgo que sufren ellas y sus amistades/familiares si les confían que sufren VP, por ello, si sufren una violencia severa es menos probable que acudan a personas conocidas por miedo a la reacción de su pareja (Morgan et al. 2016). Para los hombres y mujeres homosexuales existen problemas adicionales, como por ejemplo, el desconocimiento de su orientación sexual por parte de las personas conocidas, lo que hace más difícil que éstos les confíen a sus allegados la situación de violencia en la pareja que sufren. Además, tienen miedo a que estas personas reaccionen de manera homofóbica (Morgan et al. 2016; Renzetti, 1989). La baja autoestima de las víctimas puede verse empeorada si recurre a amigas/os o familiares y estas personas responden negativamente, bien responsabilizando a la víctima o con respuestas homofóbicas. Por estas razones, tan solo 1/3 de estas personas acudieron a familiares en busca de ayuda (Renzetti, 1989). El 57% buscó ayuda en amistades y lo encontraron de mucha ayuda o de ayuda, mientras que el 43% dijo que no fueron de ayuda porque: “negaron que sufriera violencia de pareja lesbiana, la culparon a ella o cooperaron con su pareja (Renzetti, 1989, p.161).

Respecto al **apoyo formal**, las mujeres heterosexuales buscan que el personal médico les pregunte o confirme que ellas son víctimas al no estar seguras de si lo que sufren es VP. Los hombres homosexuales, debido a la heteronormatividad y la definición de VP acorde a ella, se muestran inseguros acerca de definir su situación como una de violencia en la pareja. (Morgan et al. 2016). También la falta de recursos en centros de acogida para las personas que sufren violencia en una relación homosexual puede influir negativamente en sus posibilidades de salir de esa relación nociva. Así, las mujeres víctimas de violencia mujer-mujer que acuden a centros de ayuda para víctimas de VP confiesan que no les han proporcionado ayuda efectiva o que no son de utilidad. Incluso en algunos casos son rechazadas del centro. Las que acuden a instituciones como policía, abogados o médicos declaran que estos profesionales no se toman en serio lo que les estaba contando (Renzetti, 1989). Cuando se analizan algunos factores estructurales que afectan a mujeres entre otros, el miedo de las represalias físicas de su marido hacia ellas, el miedo a perder a sus hijos y la vergüenza de admitir que son víctimas. Sin embargo, para los hombres algunas barreras estructurales eran sentir su identidad masculina dañada/debilitada por reconocer que son víctimas, posiblemente influenciada por la homofobia (Morgan et al. 2016).

Tanto hombres como mujeres hablaban de las dificultades para reconocer que eran víctimas por la normalización de algunas conductas de VP (Morgan et al. 2016). Además, se debe considerar el doble estigma de una mujer maltratada y lesbiana (Renzetti, 1989). Se debe atender a las barreras que tienen las personas para identificarse como víctimas de VP y tratar de mejorar el conocimiento

de esta violencia para que no les sea tan difícil detectar una situación de violencia. Asimismo, se debe mejorar la atención que se brinda a personas que se encuentran en una situación de violencia en la pareja homosexual. Para esto, los programas educativos y de prevención deben hablar tanto de la violencia en parejas heterosexuales como homosexuales.

Entre otros factores que dificultan la situación de las mujeres víctimas de violencia se encuentra la desigualdad de género, que influye en el hecho de que las mujeres queden atrapadas en relaciones donde existe violencia en mayor proporción que los hombres. La desigualdad en el mercado laboral y la brecha salarial, entre otros factores como la feminización de la pobreza, promueven la vulnerabilidad de las mujeres al hacerlas dependientes económicamente de sus agresores. Estos factores están pues directamente relacionados con las dificultades de estas mujeres para huir de un hogar violento (Straus, 2010). 8 de cada 9 estudios que analizaron la situación económica de las mujeres que huían de una situación violenta en su hogar mostraron que la probabilidad de que pudieran huir se veía reducida si su situación socioeconómica era baja y/o estaban desempleadas (Saunders, 1988). Estos factores hacen necesaria la mayor protección de las mujeres víctimas, necesitando más recursos económicos y atención que los hombres víctimas de violencia. (Saunders, 1988; Straus, 2010).

3.2.7. *Conocimientos situados*

Se ha creído conveniente tratar el tema de los conocimientos situados y la objetividad feminista, ya que la objetividad científica se toma como un requisito base para cualquier investigación. Lo cierto es que en investigaciones sociales, a diferencia de los experimentos en un entorno controlado, se podría debatir sobre lo que significa ser objetiva/o. Así, hay un sector de la perspectiva de la violencia intrafamiliar que duda de la objetividad de las investigaciones feministas y considera que ciertos argumentos de ésta estén basados en “ciencia” o tengan un respaldo empírico.

Por una parte, Dutton sugiere que se ha demostrado que la VP está relacionada con problemas psicológicos y no causas políticas. De esta manera, considera que el problema de VP poco tiene que ver con los derechos de las mujeres o el género sino más bien con personas con habilidades de resolución de conflictos deficitarios y/o problemas psicológicos y escasa regulación emocional (2012). Este investigador considera que la perspectiva feminista basa sus estudios en la ideología de género y no en estudios empíricos.

Por otra parte, Johnson (2010) y DeKeseredy (2011) admiten que toda investigación tiene un trasfondo político y una ideología o base teórica orientada según sus intereses, por tanto, ellos se sienten libres de decir que la perspectiva feminista lucha por los derechos de las mujeres, por la igualdad etc. Mientras que la perspectiva de la violencia intrafamiliar considera que ellos son objetivos y libres de todo conocimiento situado y cometen el error de creer que son totalmente ajenos a la subjetividad en la investigación social. Johnson y DeKeseredy opinan que las ideas políticas y las investigaciones sociales son inseparables, ya que una persona no puede abstraerse de sus creencias. N.L. Johnson et al coincide con éstos y considera que el papel del investigador tiene importancia en las investigaciones sociales, ya que sin querer sus creencias y perspectivas pueden influir en el trabajo que realiza, ya sea en las preguntas, en la interpretación de los resultados... (N.L. Johnson et al. 2016).

Todo lo que se escribe es político y todo conocimiento está posicionado por los investigadores que estudian el fenómeno. Cuando alguna persona tacha a la perspectiva feminista de ideólogos/as o de seguir una idea política para sus propios objetivos políticos, se podría decir que esta persona ya

está dejando clara la suya: mantener el sistema patriarcal en el *status quo* (Dragiewicz, 2008; citado en DeKeseredy, 2011). La reflexión acerca de lo que significa política para Millet puede ilustrar el debate. Si se considera el concepto de Millet de la política, ésta se circunscribe a las relaciones de poder donde hay alguien que domina y alguien que está subordinado. Cuando esta autora habla de patriarcado lo hace refiriéndose a las instituciones que ostentan el poder en la sociedad, las cuales están compuestas y lideradas en su totalidad por hombres. En la teoría de la política de Millet el control se ejerce sobre las personas dependiendo de a qué grupo pertenezcan “sexo, casta, clase social y raza”. Las personas que se encuentran oprimidas por pertenecer a una de estas “minorías” quedan relegadas a cumplir el papel social de subyugados, ya que no se les permite la entrada al mundo de la política convencional (1979/2000).

El concepto de conocimiento situado y objetividad feminista es muy útil en cuanto al entendimiento de las investigaciones sociales (Haraway, 1991/1995, pág. 324). De este modo, nuestras experiencias modulan y transforman nuestros conocimientos y viceversa. La abstracción total de nuestras experiencias, creencias e historia personal, es por tanto, irreal. Desde la perspectiva feminista, y en concreto la visión de Haraway, el conocimiento situado no debe verse como una debilidad, sino como una herramienta para la construcción de la objetividad feminista. Para ella, solo desde nuestro conocimiento personal se puede alcanzar una objetividad real:

Yo busco una escritura feminista del cuerpo que, metafóricamente, acentúe de nuevo la visión, pues necesitamos reclamar ese sentido para encontrar nuestro camino a través de todos los trucos visualizadores y de los poderes de las ciencias y de las tecnologías modernas que han trans-formado los debates sobre la objetividad. Necesitamos aprender en nuestros cuerpos, provistas de color primate y visión estereoscópica, cómo ligar el objetivo a nuestros escáneres políticos y teóricos para nombrar dónde estamos y dónde no, en dimensiones de espacio mental y físico que difícilmente sabemos cómo nombrar. Así, de manera no tan perversa, la objetividad dejará de referirse a la falsa visión que promete trascendencia de todos los límites y responsabilidades, para dedicarse a una encarnación particular y especificarla moraleja es sencilla; solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva. Se trata de una visión objetiva que pone en marcha, en vez de cerrar, el problema de la res-ponsabilidad para la generatividad de todas las prácticas visuales. (Haraway, 1991/1995, p.326-327)

En virtud de lo analizado, los apartados de una y otra perspectiva se han escogido, bien por ser los temas más representativos de la perspectiva, o bien por ser un tema común sobre el que no hay resultados concluyentes. De esta manera se ha visto que las mujeres usan la violencia física de manera más frecuente mientras que en otros estudios se muestran proporciones similares del uso de la agresión física y psicológica en hombres y mujeres. También parece que la iniciación de violencia y el uso de la violencia psicológica grave son proporcionales en hombres y mujeres. Uno de los argumentos más destacables de la perspectiva de la violencia intrafamiliar es que la mayoría de la violencia es bidireccional. Si bien es cierto que en algunas investigaciones feministas se admite que las proporciones de violencia en la pareja son similares entre hombres y mujeres, se aduce que al no contemplar las consecuencias de esta violencia ni la motivación no se está analizando de manera adecuada, pudiendo definir como violencia bidireccional una violencia que en realidad estaría demostrando que gran parte de la violencia que ocurre en las parejas es en defensa propia. Cabe tener en cuenta que la mayoría de investigaciones que demuestran simetría se han realizado utilizando CTS, instrumento que mide la violencia durante conflictos, lo que no muestra el amplio espectro de comportamientos existentes dentro de la violencia en la pareja. Así, el contexto es estudiado por la perspectiva de la violencia intrafamiliar, pero de una manera limitada, ya que se reduce al de la violencia que surge de manera expresiva. En este sentido es pertinente resaltar la importancia del

contexto y la motivación dentro de la perspectiva feminista. El control ha sido una motivación muy estudiada por la perspectiva feminista, basando sus explicaciones causales en el control y la dominación. Por desgracia, no existe una herramienta adecuada ni validada para medir el control ejercido contra una pareja sentimental. Además, se debe diferenciar el control situacional del instrumental y se debe medir la frecuencia con la que se da en una relación. Esto debe ser investigado y desarrollado en nuevos estudios. Así, se ha escogido la tipología de violencia en la pareja del Dr. M.P. Johnson por centrarse en el uso de las tácticas de control. Los factores de riesgo han sido mayormente estudiados por la perspectiva de violencia intrafamiliar considerando que son similares en hombres y mujeres. Por una parte, la perspectiva feminista suele considerar los estructurales, por ello basan sus argumentos en la teoría del patriarcado. Por otra parte, la perspectiva de violencia intrafamiliar suele estudiar la influencia de los individuales. Se considera adecuado que las teorías causales y los factores de riesgo se construyan a través de un modelo ecológico que considere la interacción de todos los niveles de factores de riesgo. Respecto a las consecuencias de la violencia de pareja, existen escasos estudios sobre éstas en hombres. Ambas perspectivas consideran que las mujeres sufren peores lesiones físicas y psicológicas que los hombres. Sin embargo, cabe destacar que la mayoría de los estudios de las consecuencias están contruidos a través de la comparación de las consecuencias que sufren hombres y mujeres. Una opción sería realizar más estudios que comparen la salud mental y física en hombres que han sufrido violencia con otros hombres que no la han sufrido. Lo anteriormente expuesto se puede relacionar con las formas de buscar ayuda de hombres y mujeres. Hasta el momento existe un reducido número de centros de ayuda para hombres víctimas, por lo que este estudio se ve limitado, pero podrá ser explorado en un futuro. Las barreras existentes para que las personas homosexuales encuentren un lugar donde se les proporcione la ayuda adecuada deben ser estudiados, y además, conviene darle solución desde las instituciones. Para ello se deben establecer investigaciones sobre violencia en la pareja en cualquier tipo de pareja, teniendo en cuenta agresores/as de cualquier género e identidad de género.

A modo de conclusión se puede decir que la controversia sobre el género, asimétrico o simétrico, ha incrementado el desacuerdo de ambas perspectivas y los/as investigadores/as de la perspectiva de la violencia intrafamiliar critican los objetivos políticos que mueven a la perspectiva feminista y las personas de la perspectiva feminista, por su parte, critican la metodología y sus puntos de vista y niegan los resultados de la perspectiva de la violencia intrafamiliar, reinterpretando sus conclusiones. (Weinberg y Smadar-Dror, 2016).

Por ello, Winstok sugiere que las dos perspectivas que han protagonizado el debate sobre la asimetría o asimetría de género en la perpetración de VP son irreconciliables y que no puede resolverse, ya que ambas perspectivas utilizan diferentes paradigmas, marcos teóricos, definiciones de lo que es y no es la VP y sugiere una aproximación más flexible al fenómeno de la VP (2011). Los dos grupos deben flexibilizar sus trabajos e intentar dejar de defender su postura, y en su lugar, aunar fuerzas para entender y explicar por qué, tanto hombres como mujeres, agreden a sus parejas (Johnson N L et al. 2016; Winstok, 2011, 2013) y admitir que no existe ninguna verdad absoluta sino dos puntos de vista distintos. Deben reconocer que se trata de una escisión o problema paradigmático en sí mismo, explorar cómo cada perspectiva construye la realidad, identificar los puntos fuertes y débiles de ambos paradigmas, dudar de las actitudes y datos de ambas perspectivas, ajustar la intervención para que sea adecuada para todo tipo de parejas y aceptar que ambos paradigmas tienen limitaciones (Winstok, 2011).

Probablemente, si se dejara de debatir sobre la asimetría o simetría, habría tiempo para llegar a conclusiones que ayudaran a la prevención, detección y tratamiento de VP, siendo el ejecutor hombre o mujer, indistintamente. Se deben explorar las motivaciones y causas desde una perspectiva curiosa y no de defensa de su propia perspectiva o lo que se quiere demostrar (2016).

4. Tipología de Johnson

El artículo de M.P. Johnson (1995) tuvo una gran repercusión y numerosos autores se hicieron eco de su propuesta de que ambas escuelas (feminista y violencia intrafamiliar), por la elección de metodología y muestra, podrían haber estudiado fenómenos distintos (Archer y Graham-Kevan, 2003; Cannon et al. 2015; Felson et al. 2003; Leone et al. 2004; Rosen et al. 2005; Stith et al. 2000; Stets y Burke, 2005; Johnson M.P. 2006; Stark, 2006; Graham-Kevan y Archer, 2008; Kelly y M.P. Johnson, 2008; Gilfus et al. 2010; Zweig et al. 2014)

Las diferencias en las muestras daban lugar a diferencias en los resultados, ya que incluso usando CTS en centros de acogida de mujeres, los resultados mostraban asimetría de género. Se consideró que estaban estudiando fenómenos distintos porque los estudios de una y otra perspectiva describían patrones y características muy diversas respecto a frecuencia, severidad, escalada y mutualidad. La controversia había radicado en quién demostraba la “naturaleza real” del fenómeno de VP pero ¿y si estuvieran estudiando dos fenómenos distintos? (M.P. Johnson, 2017)

Según M.P. Johnson, la metodología seguida por ambas perspectivas había hecho que se llegaran a conclusiones diferentes, simplemente porque, el fenómeno estudiado era distinto. Por ello, Johnson desarrolló una tipología y clasificó la VP en dos tipos: terrorismo patriarcal y violencia común de pareja (*patriarcal terrorism and common couple violence*). El primer tipo de VP hunde sus raíces en el patriarcado y consiste en el uso sistemático de tácticas de control, además de violencia física, entre las que se encuentran abuso económico, amenazas, aislamiento... (M.P. Johnson, 1995; Leone et al. 2007). En el segundo tipo, el patriarcado no intervendría tanto y no habría un objetivo de controlar al otro sino que la violencia surgiría de manera espontánea en mitad de una riña o disputa donde el tono escalaría hasta alcanzar una agresión física. Así teorizó que, la perspectiva feminista había estado estudiando el terrorismo patriarcal, mientras que el principal objeto de estudio de la perspectiva de violencia intrafamiliar había sido la violencia común de pareja. (M.P. Johnson, 1995). Los resultados de la perspectiva de la violencia intrafamiliar estarían describiendo que existe simetría en cuanto a la perpetración de violencia común de pareja y los resultados de las investigaciones feministas, que muestra asimetría de la VP, estarían describiendo que el fenómeno de terrorismo patriarcal está protagonizado por autores hombres (M.P. Johnson, 1995). Así, el terrorismo patriarcal es más probable que escale con el tiempo que la violencia situacional si los esfuerzos por controlar a su mujer no dan resultados o si ella se resiste. He aquí las cifras de defensa propia de la perspectiva feminista. Así, las agresiones físicas inmersas en una dinámica de terrorismo patriarcal serían más frecuentes y severas (M.P. Johnson, 1995). También encontró una explicación sobre la relativa simetría o asimetría en la perpetración de violencia. De esta manera se considera que el terrorismo patriarcal es normalmente ejercido por hombres, y por ello, es asimétrico al género, mientras que la violencia común de pareja obtiene proporciones similares de hombres y mujeres que la ejercen (M.P. Johnson, 2001, 2006; Kelly y M.P. Johnson, 2008).

Las críticas de otros profesionales y las nuevas investigaciones de M.P. Johnson promovieron que con el paso de los años la tipología y sus conceptos fueran evolucionando. De esta manera, en

posteriores estudios, al terrorismo patriarcal, lo llamaría terrorismo en las relaciones íntimas (*Intimate Terrorism*) y a la violencia común de pareja la llamaría violencia situacional de pareja (*Situational Couple Violence*). En uno de sus textos, Johnson admite que sus ideas feministas influyeron en la conceptualización del primer término, considerando la causa de esta violencia el patriarcado, pero más tarde admitiría que ésta era una de las causas, aunque no la única. El concepto de *ordinary couple violence* (que luego pasaría a *common couple violence*), tampoco estuvo exento de críticas, como por ejemplo, que el término “común” fomentaba una imagen de minimización de las consecuencias de la violencia situacional en las parejas (M.P. Johnson, 2017). Aunque en 1995 ya hizo dos distinciones, más tarde, en el 1998 y 2001, Johnson aumentaría los tipos de violencia a cuatro tipos (M.P. Johnson, 1998; citado en M.P. Johnson y Ferraro, 2000; M.P. Johnson, 2001). La primera clasificación se centraba en el comportamiento de una persona, la agresora, sin embargo en posteriores clasificaciones decidió que para diferenciar entre tipos de violencia era necesario considerar el comportamiento diádico, es decir, de ambas partes de la pareja en interacción. Así pues, cuando se hacen preguntas acerca, tanto de comportamientos violentos físicos, como conductas de control hacia la pareja heterosexual, y además, se considera el comportamiento tanto de la mujer como del hombre, la violencia se puede clasificar en cuatro tipos de VP: **control mutuo violento (*mutual violent control*)**, donde ambas personas de la pareja ejercen violencia física y usan tácticas de control; **terrorismo en las relaciones íntimas**, donde una de las personas utiliza las tácticas de control y violencia física, siendo además, la mayoría de personas que lo ejercen, hombres; **resistencia violenta (*violent resistance*)**, donde uno de ellos es violento físicamente pero el otro es controlador y violento; esta violencia es más comúnmente ejercida por mujeres que intentan resistir las conductas violentas y controladoras de su pareja heterosexual que ejerce terrorismo en las relaciones íntimas contra ellas; sería pues una reacción o respuesta a la violencia sufrida por las mujeres. Y por último, la **violencia situacional de pareja (*situational couple violence*)**, donde no se establecen dinámicas de control por parte de ninguna de las personas.

Además, M.P. Johnson añade violencia de terrorismo incipiente en las relaciones íntimas, que sería la que no conlleva violencia física aunque produce efectos similares al terrorismo en las relaciones íntimas. (M.P. Johnson, 2008). También añade la **violencia que surge en un contexto de separación/divorcio**. Se considera importante diferenciar esta violencia de la que ya existía y empeora o escala con los trámites de separación o divorcio. Este tipo de violencia en concreto surge a partir de la idea de separación. (Kelly y M.P. Johnson, 2008). En ese texto en concreto, cuando habla de terrorismo en las relaciones íntimas, utiliza el concepto de violencia coercitiva de control (*Coercive Controlling Violence*) por considerarlo un término más adecuado para contextos profesionales de trabajo con víctimas o en juzgados. También es necesario añadir que en posteriores investigaciones M.P. Johnson prescinde de uno de los elementos de su tipología, en concreto “la violencia de control mutuo”, por mostrar unas cifras de ocurrencia muy escasas. Por ello, reflexiona y se plantea si es un tipo de violencia real o producto de las manipulaciones estadísticas de las investigaciones (2010).

La decisión de añadir “la violencia que surge en el contexto de separación/divorcio” puede estar influida por un aumento en la atención de la comunidad científica sobre ésta y haber sido objeto de estudio en multitud de investigaciones de aquellos años. Esta violencia podría ser definida como la violencia que surge después de una sentencia de divorcio o separación. Sin embargo, hay parejas que pueden estar “separadas” aunque no exista una sentencia o que incluso pueden vivir juntas y estar

“separadas” sin cumplir con los requisitos legales para ser declarados de estado civil separado/a. ¿qué sucede con las personas que nunca han tenido un vínculo legal pero sí afectivo y deciden dejar la relación? No hace falta que una mujer haya estado unida mediante un vínculo legal para que pueda sufrir violencia de separación/divorcio. Por ello, DeKeseredy et al. definen el concepto de separación emocional (*emotional exiting*): aunque la pareja siga conviviendo, éste es un paso previo a la separación física y/o legal y puede entrañar los mismos peligros que el segundo tipo de separación. En ocasiones, estas mujeres no pueden tomar la decisión de separarse física o legalmente debido a factores económicos, por miedo a su reacción o represalias en el caso de sufrir violencia; o por no estar preparadas. Además, si la mujer que desea separarse de manera legal o física está en una relación abusiva necesita recursos y apoyo, ya sea informal o formal (DeKeseredy et al. 2017). En muchos casos, aunque sufran violencia física, algunas mujeres cuentan que lo que más daño les produjo fue la violencia emocional y psicológica. La violencia psicológica ha sido infravalorada por el sistema de justicia, policial y todo tipo de agencias... porque si no presentaban heridas físicas era difícil probar o estimar que esa persona sufriera VP (DeKeseredy et al. 2017).

A continuación, se da explicación al inicio de la tipología y la teoría de que el uso de diferentes muestras conlleva un sesgo en el objeto de estudio. Por una parte, M.P. Johnson critica la falacia de la representatividad de las muestras aleatorias, teorizando que, tanto las víctimas como agresores de terrorismo patriarcal, es poco probable que se muestren voluntarios a participar en encuestas generales sobre violencia en la familia, y que por tanto, estas personas harían que su muestra no fuera representativa de la naturaleza del fenómeno de VP. Por ello, es importante analizar las cifras de rechazo de las encuestas, porque esto puede destapar un sesgo en las personas que responden a las encuestas con muestra aleatoria (M.P. Johnson, 1995), ya sea por miedo a consecuencias legales para los que la ejercen o por miedo a las represalias de parte de las víctimas. Además, según Johnson, estos estudios de muestra representativa suelen tener una cifra de rechazo alta que podría incluir a estas personas. Por consiguiente, la mayoría de la violencia que se describe en estudios con estas muestras es violencia común de pareja. Por otra parte, las muestras clínicas o de organizaciones gubernamentales están sesgadas a favor de terrorismo en las relaciones íntimas porque en agencias como policía, juzgados, hospitales y otros servicios para víctimas como números de ayuda telefónica etc. la mayoría de la violencia que habrá presente es terrorismo en las relaciones íntimas y resistencia violenta. La violencia crónica y severa llegará a estas instituciones con mayor frecuencia que la leve o situacional. Por ello, las contradicciones entre los estudios que utilizan una u otra estrategia de muestreo está precisamente en su estrategia de muestreo y metodología. Entonces, los estudios que utilizan muestreo mixto y diferencian entre tipos de violencia encuentran que terrorismo en las relaciones íntimas y resistencia violenta son asimétricos y violencia situacional de pareja, en cambio, es simétrico en términos de perpetración (M.P. Johnson, 2011). Cabe especificar que cuando habla de simetría de género en la perpetración de violencia situacional de pareja, se está refiriendo a la proporción de hombres y mujeres que la ejercen, pero no a la frecuencia ni severidad de estos actos, y mucho menos a la posibilidad de producir heridas de unos y otras (2005).

Asimismo, es poco probable que las familias en las que existen dinámicas de violencia común de pareja acudan a instituciones, juzgados o centros de acogida mujeres, ya que esa violencia es ocasional y las consecuencias son leves, por ello, es menos probable que acudan a emergencias o el médico por las lesiones sufridas. También es menos probable que provoque miedo en las víctimas. Por tanto, las muestras de agencia o clínicas estarían describiendo la realidad del terrorismo patriarcal (M.P. Johnson, 1995; Bonnet, 2015). Así describe la violencia situacional de pareja como la que

ocurre durante discusiones y que se da en mayor proporción en todas las parejas. No hay una motivación de control detrás, si acaso control de la situación, pero no control general de la pareja. En términos de perpetración es bastante simétrico, al contrario que terrorismo en las relaciones íntimas y resistencia violenta. La violencia es situacional y expresiva de ira, estrés o emociones en esa disputa. (M.P. Johnson, 2011). Como se ha dicho anteriormente, terrorismo en las relaciones íntimas se asocia con **violencia más severa y frecuente** (M.P. Johnson y Leone, 2005; Leone et al. 2004).

Straus también sopesó la probabilidad de que la discrepancia en los resultados pudiera ser debido a estar obteniendo características distintas del fenómeno. Los resultados de una de las perspectivas no pueden extrapolarse y utilizarse para tratar de intervenir en los casos de la otra. Así, los estudios poblacionales tienen muy poca proporción de los casos de violencia severa que se ven en los refugios de mujeres, y por tanto, no se pueden sacar conclusiones de ésta al ser una proporción muy pequeña. Lo mismo ocurre al revés con los estudios de centros de acogida de víctimas, que los casos de la violencia más severa no pueden extrapolarse al conjunto de la población general (Straus, 1997).

El concepto de simetría en la perpetración de violencia se construye a través de los sesgos en las investigaciones de la perspectiva de violencia intrafamiliar de muestras amplias, ignorando los resultados de estudios feministas cualitativos y muestras clínicas o selectivas. Además de obviando la importante distinción entre tipos de violencia (terrorismo en las relaciones íntimas/violencia situacional de pareja/resistencia violenta). También se consigue con una definición muy estricta sobre lo que significa VP, usando ítems muy concretos y ambiguos (M.P. Johnson, 2010).

Por otra parte, el enfoque principal en los estudios de VP hasta que M.P. Johnson formulara su teoría, había sido la violencia física, aunque también se estudiara la psicológica y verbal. Por el contrario, M.P. Johnson no centra su estudio en la violencia física por sí sola, sino el uso de la violencia dentro de un patrón de control. De esta manera, la diferencia entre ambos tipos de violencia reside en **la motivación**: violencia situacional de pareja es una violencia situacional y expresiva, derivada de un conflicto que escala y aunque puede existir control, éste está encaminado a dominar la situación y conseguir que su punto de vista predomine en la discusión por encima del otro; mientras que en terrorismo en las relaciones íntimas el control consiste en dominar a la otra persona (M.P. Johnson, 1995). Resulta claro que M.P. Johnson valora el contexto y la motivación de la violencia como un eje fundamental en su teoría. Esto concuerda con los estudios de la perspectiva feminista en los que se describía el contexto y la motivación como un elemento importante en la explicación de la violencia de pareja. También se relaciona con la importancia del control y poder en las relaciones íntimas. Pence y Paymar explican el proceso y diferentes tácticas no violentas utilizadas con el fin de controlar a una pareja. La mayoría de estas tácticas son “no violentas” por sí mismas, pero si se unen a un clima generalizado violento de agresiones físicas, pueden provocar una sensación intimidatoria en la víctima. (Pence y Paymar, 1993; citado en M.P. Johnson y Leone, 2005). En cualquier caso, Stark define las tácticas de control como un límite en “la libertad, autonomía e igualdad” y suprimen la libertad de las mujeres que las sufren (2006).

Asimismo, la motivación de controlar puede conllevar la utilización de diferentes tácticas para conseguir los objetivos de una persona. Para conseguir sus objetivos, una persona puede utilizar multitud de tácticas, siendo la violencia una de ellas. Las tácticas utilizadas para controlar a otras personas pueden estar encaminadas a cambiar sus comportamientos presentes o futuros, pero cuando los intentos de controlar a una persona son generalizados, podría decirse que lo que quiere

establecerse es el dominio de la relación con la otra persona (Felson y Messner, 2000). Aunque en violencia situacional de pareja puede haber un motivo u objetivo de controlar a la pareja, es un control situacional respecto a la discusión, no un objetivo de control generalizado a la relación (M.P. Johnson 2009). Una agresión física en este contexto puede ser expresiva o instrumental, es decir, en el primer caso sería para expresar un sentimiento como ira o frustración o puede ser instrumental y con el objetivo último de hacer daño físico a la otra persona. Si los conflictos son frecuentes, la violencia situacional de pareja puede llegar a ser frecuente y severa. Que las consecuencias de violencia situacional de pareja sean generalmente menos graves no puede llevar a la conclusión de que este tipo de VP no provoque daño o consecuencias en las personas que la sufren (M.P. Johnson, 2009).

Así, M.P. Johnson cree que el objetivo de los hombres que utilizan terrorismo en las relaciones íntimas es controlar a sus parejas heterosexuales (1995). Aunque el control puede estar presente en los cuatro tipos de VP de la tipología de Johnson, se usa de maneras diversas: puede ser usado de manera puntual para ganar una discusión (violencia situacional de pareja), puede ser utilizado de manera crónica y constante para conseguir tener el poder de la relación (violencia de control mutuo y terrorismo en las relaciones íntimas) o puede ser alguien resistiéndose a darle todo el control a una pareja que ejerce terrorismo en las relaciones íntimas sobre ella (resistencia violenta) (Johnson M.P. y Ferraro, 2000).

Stark defiende que el uso de tácticas de control está ligado a los estereotipos de género y tiene su origen en la desigualdad de género. Además, la esfera de privacidad que envuelve una relación sentimental heterosexual ofrece ciertos privilegios para que se den conductas de control sin ser advertido por personas del entorno. Algunas de las tácticas de control de las que habla Stark son el acoso, aislamiento de la víctima de sus círculos de apoyo informal, además de la intromisión en espacios privados de la víctima para “comprobar su lealtad”, como leer su diario o revisar su móvil, siendo otra, la prohibición de tener un empleo o de acudir al mismo (2006). Sin embargo, Stark discrepa de la conceptualización que hace Johnson de las tácticas de control, ya que él las define en el plano individual del agresor y no de manera estructural y política (Stark, 2006).

Según M.P. Johnson, solo una minoría de hombres agrede a su pareja heterosexual movido por la ideología patriarcal, y en la mayoría de los casos, lo que sucede es que uno de los miembros de la pareja agrede al otro en el transcurso de una discusión (1995). En varios de sus artículos, Johnson alude a **terrorismo en las relaciones íntimas**, indicando que esto es lo que la sociedad o público general entiende por violencia doméstica. Aunque es un tipo de VP minoritaria (no es la que afecta a la mayoría de las parejas), es el tipo de VP que predomina en muestras clínicas, donde el motivo detrás de la violencia es el control coercitivo de la pareja heterosexual. En este tipo de violencia se utilizan tácticas de control coercitivo y violencia física y/o sexual. Entre las técnicas de control coercitivo utilizadas menciona algunas que han sido consideradas como “el abuso económico, abuso emocional, el uso de los niños, amenazas e intimidación, *male privilege*” y otras nuevas como “controlar o acosar los movimientos o comportamientos de la pareja heterosexual, amenazar sobre llamar a inmigración, y en el contexto de parejas homosexuales, amenazas sobre contar que es homosexual a amigos/familiares o en el trabajo” (M.P. Johnson, 2011, p. 290).

Respecto a los marcos teóricos de una y otra perspectiva, desde la feminista se analiza la violencia en la pareja a través de la teoría del género, la del control y/o patriarcado, mientras que desde la perspectiva de violencia intrafamiliar se prefiere utilizar la teoría del conflicto. Sin embargo,

M.P. Johnson asegura que lo que conviene es construir teorías diferentes para los diferentes tipos de VP que existen. Solo así se podrá dar una base teórica adecuada a estos fenómenos (2005). Así, M.P. Johnson rechaza que la VP sea considerada como un fenómeno unitario y sugiere que terrorismo en las relaciones íntimas y violencia situacional de pareja tienen causas, consecuencias, desarrollo y necesitan una intervención distinta (2006, 2008, 2009) Si esto es así, no se pueden sacar conclusiones ni teorizar acerca de resultados en investigaciones que traten toda la VP como un único fenómeno (M.P. Johnson, 2006). Por consiguiente, se debe diferenciar entre tipos de violencia y contextos en los que se da ésta. De esta manera, resulta claro que tratar la VP como un único tipo de VP es un error que puede ser muy negativo para todas las personas implicadas. Asimismo, las políticas públicas y tratamiento deben ir dirigidas y estar informadas de los diferentes tipos de VP que existen (M.P. Johnson, 2001, 2006, M.P. Johnson y Ferraro, 2000; Rosen et al. 2005; Stets y Burke, 2005; Graham-Kevan y Archer, 2008; Kernsmith y Kernsmith, 2009; Hines y Douglas, 2018). Muchos autores admiten en la actualidad que diferenciar entre tipos de VP es esencial para entender las dinámicas de VP (Anderson, 2010; Archer y Graham-Kevan, 2003; M.P. Johnson 2001, 2005, 2006; M.P. Johnson y Ferraro, 2000; Krahé y Berger, 2005; Michalski, 2005; Rosen et al. 2005; Stets y Burke, 2005; Zweig et al. 2014).

M.P. Johnson indica que: “ya no es aceptable desde el punto de vista científico ni ético hablar de violencia doméstica sin especificar, alto y claro, el tipo de violencia sobre al que uno/a se refiere” (2005, p.1126). Si no se diferencia entre tipos de violencia y se generalizan los resultados de una muestra sesgada, ya sea bajo la falacia de las muestras aleatorias representativas o la falacia de los estudios clínicos, se estará conceptualizando erróneamente y será muy difícil que se avance hacia marcos teóricos que expliquen mejor el fenómeno. Así, si se utiliza una muestra de un centro de acogida no se puede generalizar sobre la violencia que sufren la mayoría de las mujeres porque es muy probable que esa violencia (terrorismo en las relaciones íntimas) se dé en una proporción mínima en la población general; y lo mismo para el caso opuesto, no se pueden generalizar los resultados de una muestra conseguida con muestra aleatoria poblacional (probablemente sacando conclusiones sobre violencia situacional de pareja en su mayoría) con mujeres que realmente están sufriendo en su mayoría terrorismo en las relaciones íntimas (M.P. Johnson, 2005, 2006, 2014, 2017, M.P. Johnson et al. 2014). Ahora bien, si se utilizaran muestras poblacionales lo suficientemente amplias se podría atender a los diferentes tipos de violencia, ya que, aunque existe en diferentes proporciones se podría estudiar todas. (M.P. Johnson, 2006).

Aunque se ha aumentado en conocimiento y artículos científicos sobre las dinámicas de VP, es primordial que se diferencie de qué tipo de violencia se está hablando. No se puede establecer un buen entendimiento de los procesos, causas y consecuencias de la VP mientras se siga analizando de manera conjunta patrones de conducta y comportamientos tan diversos como “una bofetada leve “femenina”, un patrón crónico de conductas de humillación y maltrato psicológico, utilizando la violencia física para aterrorizar a la víctima; un conflicto verbal que escala a agresiones físicas como empujarse el uno al otro o una mujer que decide matar a su pareja porque está convencida de que no hay otra forma de salvar su propia vida” (M.P. Johnson y Ferraro, 2000, p.959). Por consiguiente, establecer estas **distinciones entre diferentes tipos de violencia** podría darnos un entendimiento más profundo sobre el por qué hay mujeres que no denuncian o no quieren dejar a su pareja. Una opción es que si la situación de violencia que viven es bidireccional, puntual y fruto de disputas será menos probable que consideren necesario denunciar la situación a las instituciones (Bonnet, 2015). De esta

manera, se podría estudiar si el miedo que describen algunas mujeres está relacionado con terrorismo en las relaciones íntimas, o si por el contrario, también se encuentra presente en situaciones de violencia situacional grave.

Así pues, la etiología de una violencia puntual y leve y la de una violencia continua y grave podría ser diferente (Straus et al. 1996 y M.P. Johnson, 1995). Para estudiar las causas de la VP, es pues importante hacer esas distinciones de la tipología. Johnson teoriza que las causas de la violencia común de pareja pueden establecerse en las dinámicas de pareja, conflictos y herramientas de comunicación, mientras que en el terrorismo patriarcal se deberá buscar por qué el marido siente la necesidad de controlar a su pareja heterosexual.

M.P. Johnson y Ferraro creen que los dos temas principales sobre los que se debe indagar en un futuro son: 1) distinguir entre tipos de VP e investigar sobre las características de los diferentes tipos de VP que existen para poder entender las dinámicas, contextos y motivos de las personas que ejercen VP. 2) se debe estudiar las dinámicas de control dentro de la VP (M.P. Johnson y Ferraro, 2000).

4.1. Estudio estadístico de la tipología y proporciones de cada tipo de violencia por género

Se ha demostrado la importancia de diferenciar entre tipos de VP mediante la tipología pero lo que tiene menos apoyo empírico es la diferencia respecto a la simetría en los tipos violencia situacional de pareja/violencia de control mutuo y asimetría en terrorismo en las relaciones íntimas/resistencia violenta. Aunque terrorismo en las relaciones íntimas **no es exclusivamente perpetrado por hombres, sí lo es en su** mayoría (Graham-Kevan & Archer, 2003; Johnson, 2006, 2008, 2010). Además, todos los tipos de violencia ejercidos por hombres provocan más miedo, más consecuencias físicas y psicológicas (Johnson M.P. 2010). Así pues, se considera que en muestras amplias aleatorias hay tan poca proporción de terrorismo en las relaciones íntimas que no puede estudiarse la simetría o la asimetría de género en la perpetración de terrorismo en las relaciones íntimas (Ansara y Hindin, 2010; Graham-Kevan y Archer, 2003; Johnson 2006). Sin embargo, si la muestra es suficientemente amplia se podrían encontrar pequeñas muestras de agresores severos de violencia física contra la pareja heterosexual (Hamby y Sugarman, 1999). Resistencia violenta es, generalmente, la respuesta violenta de una mujer al control coercitivo de su pareja heterosexual, por tanto, existe mayor proporción de mujeres que ejercen resistencia violenta que hombres (M.P. Johnson, 2010).

Para comprobar su tipología desarrollada en 1995, construyó los grupos teóricos mediante un análisis de agrupación estadístico, tratando de diferenciar los grupos que utilizaban altos niveles de control y violencia física de aquellas personas que utilizan violencia física pero bajo nivel de control. Utilizó dos muestras de Frieze, 1970 porque eran las adecuadas para investigar la tipología. Johnson necesitaba una muestra selectiva clínica o de centros de acogida de mujeres para poder investigar terrorismo en las relaciones íntimas y otra que fuera aleatoria poblacional para poder estudiar violencia situacional de pareja. Frieze había usado una muestra selectiva de centros de acogida de mujeres víctimas y por cada mujer que escogía en la muestra selectiva cogía una mujer de manera aleatoria de su mismo barrio. Johnson identificó las siete estrategias de control no violentas descritas en Pence y Paymar, 1993 que pueden observarse en la ilustración 4. (M.P. Johnson, 2006, p. 1007). De esta manera, incluyendo estas variables en el análisis estadístico, aparecían dos subgrupos

diferenciados: las personas que utilizaban varias técnicas de control “no violentas” y otros que las usaban en un grado menor. Lo que diferencia a estos grupos es pues el uso del control contra la otra persona, por ello, se identifican 3 grupos: personas que usan tácticas de control y violencia física, aquellos que utilizan violencia física pero no son controladores y los que no usan violencia (M.P. Johnson, 2001). La mayoría de las mujeres de la muestra de agencias y clínica ya no estaba con su pareja (2/3), mientras que en la muestra de población general solo ¼ habían dejado la relación. La muestra no es representativa, así que los resultados no pueden generalizarse (M.P. Johnson, 2006).

Johnson indica que el 89% de los perpetradores de terrorismo en las relaciones íntimas son hombres, utilizando muestras de tribunales, centros de refugio y una aleatoria de mujeres de la comunidad, es decir, una muestra mixta (2008). Por el contrario, Anderson indica que no está tan claro que terrorismo en las relaciones íntimas sea asimétrica y que violencia situacional de pareja sea simétrica al género (2010).

Según M.P. Johnson el número de hombres víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas es escaso (1995, 2006; M.P. Johnson y Ferraro, 2000; M.P. Johnson et al 2014; Kelly y M.P. Johnson, 2008). Además, es importante considerar que el 86% de terrorismo en las relaciones íntimas perpetrado por hombres es en relaciones que ya no existen, es decir, exparejas (Johnson et al. 2008).

Ilustración 4: (Pence y Paymar, 1993; citado en M.P. Johnson 1995, 2006)



Por otra parte, violencia situacional de pareja es el tipo de VP más prevalente (M.P. Johnson, 2011 y Kelly y Johnson, 2008), concluyendo que el 75% de mujeres que sufren VP están sufriendo violencia situacional de pareja y no terrorismo en las relaciones íntimas. Johnson admite que hay mujeres que usan el control en la relación al igual que hombres (M.P. Johnson, 2006a) pero el problema radica en diferenciar un control situacional derivado de un conflicto de un control general de la relación, dañino y crónico. (M.P. Johnson, 2011).

El terrorismo patriarcal (más adelante terrorismo en las relaciones íntimas) es ejercido, en esta muestra, por mayoría hombres (97%) y la violencia común de pareja (violencia situacional de pareja,

en futuras investigaciones) por 56% hombres. La frecuencia de utilización de violencia física es más alta en terrorismo patriarcal. En la violencia que ejerce el hombre en terrorismo patriarcal, las mujeres no suelen resistir mientras que la violencia común de pareja, sí. Separando las muestras por el lugar donde fueron seleccionadas (muestra general, de tribunales o de centro de acogida) se pueden ver en qué medida se da cada tipo de violencia en esos entornos. Como era de esperar, en la muestra general, prácticamente no existían casos de terrorismo patriarcal (11%), mientras que la mayoría era violencia común de pareja (violencia situacional de pareja más adelante-89%). Por otra parte, las muestras

recogidas de casos de los tribunales y de centros de acogida, mostraban mayoritariamente terrorismo patriarcal (68 y 79% respectivamente) y algo de violencia común de pareja (29% y 19% respectivamente). Por ello, al generalizar sobre estudios con una muestra de un lugar u otro se pueden cometer fallos, tales como creer que toda la violencia de pareja es como la que se muestra en los centros de acogida o viceversa (Johnson M.P., 2001). Sacar conclusiones con datos de una de las muestras e intentar aplicarlo sobre la población general puede tener importantes implicaciones a nivel de tratamiento, políticas públicas etc. Si a alguien que ejerce violencia común de pareja, se cree erróneamente que aplican las características de la violencia que suelen describir estudios de VP dentro de centros de acogida (terrorismo patriarcal), se creará que esta violencia es muy probable que escale, que sea unidireccional, que se establecen patrones de control graves y crónicos en la pareja y puede no ser el caso. Por la misma razón, es muy importante hacer un diagnóstico adecuado del tipo de VP del caso concreto, teniendo relevancia a la hora de tomar medidas de seguridad o alejamiento y aplicar tratamientos diferentes dependiendo del tipo de VP que se trate (Johnson M.P., 2001).

De acuerdo con las declaraciones de las mujeres, de las 97 parejas que sufrían terrorismo en las relaciones íntimas, el agresor era el hombre en 94 de ellas; sin embargo, en el caso de resistencia violenta, la mayoría de esta violencia era ejercida por mujeres (96%). Así que estos dos tipos de violencia son asimétricos al género, uno perpetrado mayormente por hombres y el otro por mujeres. Violencia de control mutuo y violencia situacional de pareja son simétricos, siendo la violencia de control mutuo (50% hombres y mujeres) y violencia situacional de pareja (56% hombres y 44% mujeres). El tipo de violencia de pareja más frecuente sería violencia situacional de pareja, contando con 146 parejas que lo sufren (Johnson M.P., 2006).

Respecto a la frecuencia de la violencia, ésta era mayor en terrorismo en las relaciones íntimas que en violencia situacional de pareja (18 y 3 incidentes violentos de media), la escalada era mucho más probable en terrorismo en las relaciones íntimas que en violencia situacional de pareja (en el 76% de los casos y 28%), se provocaban heridas severas en el 76% de las parejas sufriendo terrorismo en las relaciones íntimas, mientras que las heridas provocadas por violencia situacional de pareja eran menos frecuentes (28%) (Johnson M.P., 2006). En el análisis muestra la proporción de los distintos tipos de violencia según se usara una muestra u otra: en la muestra de población general (37 casos) no existían casos de MCV ni de resistencia violenta, mientras que el 11% de casos eran terrorismo en las relaciones íntimas y el 89% de los casos mostraban violencia situacional de pareja; en la muestra de tribunales (34 casos), el 3% de los casos analizados mostraban un patrón de MCV, en el 68% de los casos mostraban terrorismo en las relaciones íntimas, no hubo casos de resistencia violenta, y el 29% de los casos la violencia era violencia situacional de pareja; cuando se usaba la muestra del centro de acogida de víctimas (43 casos), no existían casos de violencia de control mutuo, el 79% de los casos eran terrorismo en las relaciones íntimas, solo el 2% de los casos analizados eran resistencia violenta y el 19% eran casos de violencia situacional de pareja (M.P Johnson., 2006).

Johnson et al. realizaron una investigación con muestra aleatoria poblacional (datos secundarios de NAWs de Tjaden y Thoennes, 1999) seleccionando los datos de exparejas y dividiendo la muestra en dos grupos: niveles altos de control y niveles bajos de control. Se recogen datos de mujeres que declaran que sus exmaridos habían sido violentos físicamente. De los que son violentos, el 76% (n=537) usaba control alto y el 24% (n=174) usaba control bajo. Para formar los grupos se utiliza como punto de corte la utilización de 5 o más tácticas de control. Cuando se analizan los datos de **exparejas** se ve que las exmujeres fueron violentas contra sus exmaridos (según lo

declarado por exmaridos) en una proporción de 9%, siendo un 4% violencia situacional de pareja y un 5% terrorismo en las relaciones íntimas. Mientras que los exmaridos son violentos en el 30% de los casos, siendo el 7% violencia situacional de pareja y el 22% terrorismo en las relaciones íntimas. El 83% de terrorismo en las relaciones íntimas es ejercido por exmaridos. La violencia situacional de pareja declarada por personas divorciadas es más simétrica, pero aun así hay más proporción de hombres que de mujeres que ejercen violencia situacional de pareja. 7% hombres y 4% mujeres (2014). Si se comparan las tácticas usadas por exmaridos y exmujeres que ejercen terrorismo en las relaciones íntimas se puede ver que los hombres usaban tácticas para intentar hacerlas menos funcionales en la sociedad, bajarles la autoestima a través de hacerlas sentir incompetentes, les provocan miedo y además intentan hacer que sus exmujeres no trabajen fuera de casa, por lo que promueven su dependencia económica (M.P. Johnson et al., 2014). En la violencia en exparejas se usa más tipos diferentes de agresiones de media en terrorismo en las relaciones íntimas que en violencia situacional de pareja. La media de número de agresiones en terrorismo en las relaciones íntimas es casi el doble que la media en violencia situacional de pareja, también la probabilidad de causar heridas es mayor en terrorismo en las relaciones íntimas (49%) que en violencia situacional de pareja (25%). Independientemente del tipo de VP (terrorismo en las relaciones íntimas o violencia situacional de pareja), las mujeres habían sufrido más heridas que los hombres en la última agresión ocurrida (M.P. Johnson et al., 2014). Los síntomas depresivos eran peores para víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas y además para estas mujeres, la puntuación era más alta en la escala de síntomas de depresión que de los hombres, independientemente del tipo de violencia (terrorismo en las relaciones íntimas o violencia situacional de pareja).

Más tarde, se analizan los datos de las **parejas actuales**. Dentro de éstas el número de personas clasificadas en terrorismo en las relaciones íntimas, tanto hombres (35) como mujeres (25) es menor que cuando se estudia con los datos de divorciados/as y la mayoría declaran que su cónyuge no es una persona violenta (M.P. Johnson et al., 2014). Los datos de NVAWS (como dice Straus en 1999, puede hacer que las personas no admitan cierta violencia leve porque se les pregunta en el contexto de seguridad y crimen, y por consiguiente, muchas personas no declararán que algo es un crimen si no es grave). Además, se encuentran resultados para poder concluir que en la muestra de excónyuges la violencia es asimétrica (la proporción de mujeres y hombres que utiliza violencia física y tácticas de coacción). Esto apoya los resultados encontrados en muestras de instituciones y centros de refugio. La ratio de violencia en la expareja hombre-mujer, según lo declarado por la exmujer es 31:1 y 11:1 para violencia de exmujer contra exmarido, según lo declarado por el exmarido. (M.P. Johnson et al., 2014). Según los datos de parejas divorciadas, terrorismo en las relaciones íntimas es mayormente ejercido por hombres, pero no de manera exclusiva (22% exmaridos y 5.4% exmujeres) y violencia situacional de pareja es más simétrico (7.4% exmaridos y 3.9% exmujeres). En cuanto a terrorismo en las relaciones íntimas, se compone de más variabilidad en tipo de agresión, violencia más frecuente, se provocan más heridas en este contexto y también las víctimas presentan más distrés. (M.P. Johnson et al., 2014).

Straus indica que la tipología de Johnson, y sus argumentos de que terrorismo en las relaciones íntimas es perpetrado en su mayoría por hombres, está basado en investigaciones donde se selecciona la muestra para que la mayoría de los hombres sean muy violentos o no se pregunta a las mujeres sobre su propia perpetración de violencia. Y que mientras otros investigadores/as han estudiado la perpetración de terrorismo en las relaciones íntimas en muestras generales se ha visto que la

perpetración es simétrica y esto podría ser así también en muestras clínicas (2011). En esta misma línea, Dutton considera que la tipología de Johnson está construida sobre las narrativas de las víctimas de VP que se encuentran en centros de acogida y que recurren al sistema formal de ayuda, además, solo pregunta a las mujeres. Así, define la investigación de Johnson como inocente y alejada de la realidad. “El enfoque de su tipología es totalmente sesgado, la selección de las muestras, la estructura de las preguntas de investigación y la interpretación de las respuestas”. Según Dutton, el objetivo de Johnson no es encontrar la verdad sobre el fenómeno de la VP sino demostrar su teoría política. (Dutton, 2012, p.100)

Esto será revisado en más profundidad en el siguiente apartado donde a través de estudios ajenos a Johnson se comprueba la tipología y la simetría/asimetría de los tipos de violencia.

4.1.1. Estudios ajenos a Johnson que estudian la tipología

En este apartado se revisan algunos de los artículos que han estudiado la tipología de M.P. Johnson a modo de ejemplo, ya que éste no pretende ser exhaustivo sino ilustrativo de lo influyente que ha sido su teoría. En estas publicaciones existe una variedad de metodología utilizada (cualitativa y cuantitativa) y de muestras, ya que hay tanto mixtas (aleatoria y seleccionada) como muestras poblacionales amplias y selectivas. También hay estudios con muestras tomadas de población de diferentes países. Nybergh et al. sugieren que la tipología de Johnson es una de las contribuciones teóricas más influyentes en el campo de VP (Nybergh et al. 2016). También hay autores que nombran su tipología pero no la estudian con datos empíricos (Hamby y Sugarman, 1999). Por el contrario, Straus y Douglas optaron por establecer una tipología de VP diferente en la que se clasifica la violencia según sea unilateral o bidireccional. En este estudio se comprueba en qué proporciones se da la violencia hombre-mujer, mujer-hombre y bidireccional, llegando a la conclusión de que la mayoría de la violencia es bidireccional (2004). Por otra parte, M.P. Johnson opina que las investigaciones que muestran que la mayoría de la violencia es bidireccional, como por ejemplo en Straus, 2008 y Straus y Douglas, 2004; lo que se prueba en realidad es que la violencia situacional de pareja es simétrica y bidireccional en su mayoría, debido, principalmente a las muestras aleatorias usadas (2004). Otros/as autores/as nombran la tipología de Johnson al final y sugieren que sus resultados pueden referirse a terrorismo en las relaciones íntimas/violencia situacional de pareja dependiendo de la muestra utilizada pero no analizan la tipología. (Bookwala et al. 2005; Krahé y Berger, 2005; Machado et al. 2019; Stets y Burke, 2005;). Bonnet, por su parte, nombra la tipología, pero cree que son tipos ideales de sociología y que no se pueden medir en poblaciones reales (2015). Otros investigadores/as dicen que debería incluirse una forma de control donde no exista violencia física porque puede darse violencia coercitiva en una pareja sin que exista violencia física y esa posibilidad debe ser estudiada (Anderson, 2008; Stark, 2007).

Muestra aleatoria poblacional general mixta (hombres y mujeres)

La opción más numerosa para comprobar la tipología de M.P. Johnson ha sido la de utilizar muestras aleatorias poblacionales, ya fueran mixtas o de mujeres.

El primer estudio analizado es el de Michalski. En éste se usan datos secundarios de dos encuestas de población general en Canadá: la encuesta de VAWS (*Violence Against Women Survey*, 1993) y GSS (*General Social Survey on Victimization*, 1999. De la muestra de 25.876 personas se seleccionan los datos de aquellas que declaran haber tenido contacto con su pareja o expareja, matrimonio o de hecho, en los últimos 5 años (n=16.114). Posteriormente, se dividen los resultados de las encuestas en grupos que usan alto control (tres o más tácticas de control, n=1.404) y bajo

control (n=14.645). Así, se obtienen cuatro grupos para el análisis: 1. Aquellas personas que no usan ni violencia física ni control, 2. Aquellas personas que usan control pero no violencia física, 3. Aquellas personas que usan violencia física pero no control (violencia situacional de pareja) y 4. Aquellas personas que usan violencia física y control (terrorismo en las relaciones íntimas). Se obtiene que una mayor proporción de mujeres que de hombres declaran sufrir victimización de pareja. Además, la proporción de mujeres que sufren terrorismo en las relaciones íntimas (5.2%) es mayor que la de hombres (3%). Dentro de la muestra general, el 3.7% de las personas estaba en una situación de violencia situacional de pareja y el 4.1% de la muestra estaba en una situación de terrorismo en las relaciones íntimas (Michalski, 2005). Resulta relevante que se muestren porcentajes similares, ya que al trabajar con una muestra de población general el grupo de violencia situacional de pareja debería ser el más significativo. Algunos factores que han podido alterar estos resultados son que estas encuestas (VAWS Y GSS) se encajan dentro de un contexto de violencia y delito, mostrando por tanto las victimizaciones más graves y probablemente, pasando por alto los incidentes de violencia más leves; siendo pues probable que algunas personas que experimentaban violencia leve no la definieran como delito, y por tanto, no la declararan como victimización sufrida. También se puede destacar el hecho de que se preguntara también por el comportamiento de exparejas (Michalski, 2005) Siendo este uno de los consejos de Johnson para obtener cifras fidedignas de la violencia en la pareja.

Jasinski et al. realizan un análisis de la tipología de Johnson con una muestra de datos secundarios de NVAWS (Tjaden y Thoennes, 2000). 8.000 hombres y 8.000 mujeres, aunque para esta investigación solo se consideran los datos de las personas casadas; 4.697 mujeres y 5.292 hombres (Jasinski et al. 2014) Se clasifican en nivel de control alto o bajo, según número de tácticas de control usadas. 81 mujeres y 38 hombres se consideran víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas mientras que 147 mujeres y 72 hombres se consideran víctimas de violencia situacional de pareja. El género parece no ser significativo respecto a la probabilidad de sufrir terrorismo íntimo. En el 36% de los casos en los que la mujer es víctima de violencia, se puede considerar a ésta, víctima de terrorismo en las relaciones íntimas, y en el 35% de los casos donde el hombre es víctima, lo es de terrorismo en las relaciones íntimas (Jasinski et al. 2014).

Esquivel-Santoveña y Dixon estudiaron la tipología de Johnson con muestras de varios países y las compararon con el nivel de igualdad en esos contextos. Para estudiar la igualdad de género utilizaron la GEM (*Gender Empowerment Measure*) que mide tres indicadores: la proporción de mujeres en puestos de responsabilidad, la igualdad salarial y la representación de mujeres en política. Para ello utilizaron 11 artículos con muestra representativa nacional. Se vio que en los países con un índice GEM bajo los hombres usaban menor nivel de control y viceversa. Una teoría es que en sociedades con mayor igualdad de género los hombres necesitan usar estrategias más violentas de control para adquirir un nivel similar de control al de otros hombres en países con un GEM bajo. (Esquivel-Santoveña y Dixon, 2012). La iniciación de la violencia era mayormente masculina (57%). Las mujeres iniciaban la violencia de manera menos frecuente (14%) y 1/3 de las veces la iniciación era mutua. Aunque algunas de estas mujeres podrían estar actuando en defensa propia, no pueden sacarse conclusiones. (Esquivel-Santoveña y Dixon, 2012).

Muestra aleatoria solo de mujeres

Anderson comprueba la tipología en una muestra aleatoria de NVAW de 1995-1996. Esta encuesta de victimización pregunta sobre delitos o en contexto de violencia, por eso es más probable que se declaren más actos graves que leves proporcionalmente, como se ha comentado anteriormente.

De las mujeres víctimas de VP, el 35% lo eran de terrorismo en las relaciones íntimas y el 65% de violencia situacional de pareja (2008).

Graham-Kevan et al. realizan un estudio con muestra aleatoria amplia (n=1.500 mujeres). Se pregunta a las participantes acerca de comportamientos de perpetración y victimización, tanto de ellas como de sus parejas heterosexuales. Las proporciones de uso de violencia física (sexual incluida) de mujeres contra sus parejas heterosexuales en el último año fue 64% y hombres 65%. La agresión sexual de cualquier tipo fue usada de manera más frecuente por hombres (51%) que por mujeres (39%). Se clasificaron por violencia física y comportamientos de control como en la tipología de Johnson, dando lugar a los siguientes grupos: el más común fue pareja sin violencia (44.7%, n=599), seguido por violencia situacional de pareja (30.7%, n=42), víctima de terrorismo íntimo (15.4%, n=207), violencia de control mutuo (6.3%, n=85) y mujer que ejerce terrorismo en las relaciones íntimas (2.8%, n=37). En el caso de víctima de terrorismo íntimo, la mujer que respondía era víctima de violencia de control coercitivo y violencia física pero ella no respondía con violencia física ni comportamientos de control. Solo el 4.6% de las mujeres ejercían violencia unilateral, mujer-hombre, y de éstas el 7.9% de esta violencia es terrorismo en las relaciones íntimas. Si se compara con los hombres, ellos ejercen violencia hombre-mujer en el 36.2% de los casos de violencia y de éstos, el 28.8% es considerado terrorismo en las relaciones íntimas. La forma más común de violencia fue bidireccional, y tras ésta, la violencia hombre-mujer. La violencia situacional de pareja era en el 53.4% de los casos bidireccional y en el 41.5% perpetrada solo por el hombre, mientras que la víctima de terrorismo íntimo declaraba que en el 57% de los casos es bidireccional y hombre-mujer en el 43% de los casos, además terrorismo en las relaciones íntimas fue mayoritariamente bidireccional. Víctima de terrorismo íntimo era unidireccional e iniciado por hombres, mientras que las mujeres que ejercían terrorismo en las relaciones íntimas iniciaban de manera más frecuente la violencia. La mayoría de la iniciación era mutua, siendo 25% en violencia de control mutuo, 43% en terrorismo en las relaciones íntimas y 70% en víctima de terrorismo íntimo. (Graham-Kevan et al. 2012). La iniciación de la violencia por la mujer era muy poco común, incluso en terrorismo en las relaciones íntimas que era el 19% de las veces. No se aprecia relación entre haber sufrido abuso sexual infantil y la tipología de violencia en la pareja. Mientras que el haber sufrido abuso psicológico en la infancia se muestra relacionado con perpetrar violencia de control mutuo, después con terrorismo en las relaciones íntimas, ser víctima de terrorismo íntimo, y por último violencia situacional de pareja. (Graham-Kevan et al. 2012).

Muestra aleatoria de estudiantes o personas jóvenes (mujeres y hombres)

Los estudios sobre prevalencia de VP con jóvenes han obtenido resultados diferentes dependiendo del tipo de VP sobre el que se les preguntara (violencia física o violencia sexual), si se les preguntaba solo por victimización, o por ambos. Además, usar muestras de jóvenes ha sido controvertido por poder alterar los resultados y no ser generalizables o representativos. En concreto, Zweig et al. usaron una muestra de 3.745 jóvenes que incluía mujeres y hombres. En esta investigación la cifra media de victimización de violencia física era 9-15% y 1/3 para violencia psicológica. (Zweig et al. 2014). Uno de los aspectos novedosos de esta investigación es que dentro de las tácticas de control se incluye un tipo de acoso digital mediante el uso de redes sociales o teléfono móvil. Se utiliza agrupamiento jerárquico, clasificándolos en situaciones de pareja donde existe un nivel de control alto o bajo. Se clasifica a los estudiantes y sus parejas según utilizaran

niveles altos de control sin violencia física, alto control y violencia física, control bajo y violencia física, no/bajo control- no violencia. (Zweig et al. 2014).

De acuerdo con lo declarado por mujeres

El 23% de mujeres declaran haber sufrido algún tipo de violencia física en el último año y el 26% haber perpetrado algún tipo de violencia física contra su pareja en el último año. El 31% del total de mujeres declara estar en una relación violenta. De éstas, en el 18% de los casos es bidireccional, en el 8% mujer-hombre, y en el 6% hombre-mujer. Si se clasifica por la tipología, 4 mujeres ejercen violencia física contra una pareja que es controladora pero no ejerce violencia física contra ellas. 64 personas (7% de las personas son violentas) ejercen terrorismo en las relaciones íntimas contra una pareja que no ejerce control y en el 94% de los casos es ejercida por sus parejas (hombres). La violencia más común es violencia situacional de pareja, ejercida por 762 personas, que representa el 86% de las personas que admiten ser violentas. Se distribuye de manera similar por género: 47% hombres y 53% mujeres. Solo 6 de las personas que se identificaban como violentas contra la pareja (1% del total de personas violentas) ejercen violencia de control mutuo. Además, éste se presenta como simétrico para hombres y mujeres. 52 personas se clasifican como resistencia violenta (6% de las personas que admiten ejercer violencia contra su pareja), ya que ejercen violencia física contra alguien que es controlador y violento, pero ellas mismas no son controladoras, siendo en el 92% de los casos mujeres. (Zweig et al. 2014).

De acuerdo con lo declarado por hombres

El 35% de ellos han sufrido alguna agresión física por parte de sus parejas y el 14% de ellos han perpetrado actos de violencia física contra sus parejas, ambos supuestos en el último año. Por esto, el 36% de los hombres se encuentra en una relación violenta. De éstos el 13% se encuentra en una de violencia bidireccional, el 1% en relaciones de violencia hombre-mujer, y el 22% en relaciones con violencia mujer-hombre. 82 personas ejercen terrorismo en las relaciones íntimas (11% de los que dicen ser violentos contra sus parejas) y es ejercido por 93% hombres. El tipo de VP más común fue violencia situacional de pareja, 614 personas, (80% de los que decían ser violentos), pero era ejercido mayoritariamente por sus parejas, es decir, mujeres en el 73% de los casos. 30 personas ejercían violencia de control mutuo (4% de las personas q admitían ser violentas) y parecía que tanto hombres como mujeres lo ejercían en proporciones similares. 43 personas ejercían resistencia violenta (6% de aquellos que admitían agredir físicamente a su pareja) y era ejercido por hombres de manera mayoritaria, en el 86% de los casos. (Zweig et al. 2014). Cuando se cruzaron los datos de las declaraciones de hombres y mujeres para saber qué victimizaciones declaraban unas y otros se vio que: de acuerdo con lo declarado por las mujeres, el 94% de víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas era mujeres que sufrían violencia hombre-mujer, mientras que en las declaraciones de los hombres, el 93% de víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas eran hombres que sufrían violencia mujer-hombre (Zweig et al. 2014).

La violencia más común y frecuente encontrada en esta investigación fue violencia situacional de pareja (86% de acuerdo con lo declarado por las mujeres y 80% según lo que declararon los hombres). El segundo más frecuente es terrorismo en las relaciones íntimas (7% declarado por mujeres y 11% para hombres). Violencia de control mutuo muestra cifras muy bajas de prevalencia (1% según lo que las mujeres comentaron y 4% según declarado por hombres) (Zweig et al. 2014). Se puede ver que de manera general (sin indicar qué tipo de violencia) los hombres indican que sufren

más violencia de la que ejercen mientras que las mujeres ejercen y son victimizadas en proporciones similares (según lo declarado por ellas). Respecto a la tipología, tanto en lo declarado por ellas como ellos el terrorismo íntimo lo ejercen en su mayoría hombres, lo que coincide con los resultados de Johnson. Sin embargo, la resistencia violenta es mayoritariamente ejercida por mujeres y también por hombres, según lo declarado por unas y otros. Lo que contradice los resultados de Johnson de que este tipo de violencia es mayormente ejercido por mujeres. Esto podría ser consecuencia de haber estudiado la tipología en muestras únicamente de mujeres. Según lo declarado tanto por hombres como mujeres la violencia más habitual es la situacional. Sin embargo, las mujeres afirman que es ejercida en proporciones similares por hombres y mujeres y los hombres consideran que son las mujeres las que la ejercen de manera mayoritaria. Violencia de control mutuo es declarado simétrico tanto por hombres como mujeres y representa unas cifras muy bajas de prevalencia. Tal y como Johnson sugiere.

Straus y Gozjolko analizan la tipología de Johnson con otra muestra de estudiantes: 13.877, 3.886 mujeres y 9.991 hombres. El 21% de los hombres había perpetrado alguna agresión violenta contra su pareja heterosexual en el último año y el 31.2% de las mujeres también. Dentro de las personas que admitieron ejercer violencia física contra su pareja, utilizaban tácticas de control el 20% de los hombres y el 26.3% de las mujeres. Sin embargo, al preguntar sobre victimización, el 27% de mujeres y el 25% de los hombres declaran que sus parejas utilizaban tácticas de control. El tipo de violencia más frecuente es violencia situacional de pareja bidireccional. Para parejas donde existe violencia situacional de pareja pero es unilateral y ejercido solo por la persona que responde a la encuesta, el 20.7% de las mujeres admiten ser las únicas perpetradoras de esta violencia mientras que solo el 9.4% de hombres lo admiten. Cuando las personas que participan en el estudio declaran que ellas son víctimas de violencia situacional de pareja (unilateralmente), la proporción de mujeres es 13.7% y la de hombres, 6.7% (Straus y Gozjolko, 2014). La violencia terrorismo en las relaciones íntimas bidireccional (llamado violencia de control mutuo por Johnson) es la más frecuentemente utilizada, dentro de terrorismo en las relaciones íntimas, ya que, el 82% de los hombres y 76.8% de mujeres que ejercen terrorismo en las relaciones íntimas declaran que sus parejas también ejercen terrorismo en las relaciones íntimas contra ellos. La menos frecuente es el hombre que ejerce terrorismo en las relaciones íntimas unilateralmente.

Bates et al. administraron dos encuestas en las que se preguntaba sobre comportamientos de agresión física y control. En la primera se preguntaba por perpetración contra la pareja heterosexual en los últimos 12 meses y en la segunda contra alguien del mismo sexo (una persona conocida pero no una con la que mantuviera una relación sentimental). La muestra fue de 1.104 estudiantes, 706 mujeres y 398 hombres. Las mujeres utilizaban las agresiones verbales y físicas de manera más frecuente en el contexto de las relaciones íntimas heterosexuales, mientras que los hombres eran más agresivos (física y verbalmente) contra personas de su mismo género con las que no tenían una relación íntima. Las mujeres admitieron utilizar control contra su pareja en mayor proporción que lo hicieron ellos pero cuando se comprobó, con las declaraciones de participantes sobre sus parejas, se vio que hombres y mujeres utilizaban tácticas de control con una frecuencia similar. (Bates et al. 2014). Si se compara la frecuencia con la que agreden a sus parejas heterosexuales con la frecuencia que agreden a personas del mismo sexo y se miden todas las agresiones juntas, sin discriminar hacia quién van dirigidas, tanto para hombres como mujeres era 9.2%, pero cuando se mira la frecuencia de VP física, para hombres y mujeres era 18.4%, siendo la de mujeres 24.5% y hombres, 7.5%,

mientras que para agresiones físicamente a personas del mismo sexo era 9.1%. Las mujeres mostraban tres veces más probabilidades de agredir a una pareja que a una persona del mismo sexo. (Bates et al. 2014).

Se hace un estudio de agrupación estadístico K-Medias, dos grupos: niveles altos de control y bajos. La probabilidad de clasificación en el grupo control alto o bajo, mostro ser más alta para mujeres en nivel alto y para hombres en nivel bajo de control. Además, tenían probabilidades similares de ser víctimas de control por parte de su pareja heterosexual. Cuando separaron a los sujetos violentos, es decir, habían cometido al menos una agresión en el último año contra su pareja heterosexual, ambos géneros tenían la misma probabilidad de ser clasificados como ejerciendo niveles altos de control y bajos. Entonces se clasificó en 4 grupos según la tipología de Johnson. El tipo de violencia más común fue violencia situacional de pareja, y tanto hombres como mujeres lo eran en proporciones similares, pero esta simetría de perpetración o clasificación ocurrió también con el grupo de terrorismo en las relaciones íntimas (Bates et al. 2014). Las personas clasificadas como controladoras, tuvieron más probabilidades de agredir, tanto a parejas heterosexuales, como a personas de su mismo género. Y las personas que fueron clasificadas como víctimas de control en la pareja, mostraron también un alto nivel de agresiones tanto a parejas heterosexuales como personas del mismo género (no parejas) (Bates et al. 2014). Por tanto, la presencia de control aumenta el riesgo de un alto nivel de agresiones. Que se obtengan cifras similares de ejercicio de violencia de terrorismo íntimo y situacional de hombres y mujeres podría ser debido a que sea una muestra aleatoria. Igualmente debe ser considerado y estudiado en mayor profundidad.

Este estudio considera y apoya la teoría de caballerosidad¹² y sugiere que existe más probabilidad de agredir a otro hombre que a una mujer que es pareja suya. Por ello, plantean que los hombres están inhibidos para ejercer violencia contra las mujeres mientras que las mujeres están más desinhibidas para usar la agresión contra una pareja. El 7% de los hombres y el 11% de las mujeres ejercían terrorismo en las relaciones íntimas y el 13% de hombres y 8% de mujeres usaban resistencia violenta. Por tanto, concluyen que existe simetría de género y consideran que debería optarse por estudiar la VP como cualquier otro tipo de violencia, dentro de un contexto de agresión (Bates et al. 2014) como ya se había sugerido anteriormente (Felson, 2002, 2006).

Muestra de poblaciones mixta (general y selectiva)

Archer y Graham Kevan comprueban la tipología de Johnson con tres muestras: población penitenciaria, centro de acogida de mujeres y estudiantes. La muestra de población penitenciaria la dividen en dos grupos: en violentos (VP-*Violent Prisoners*) y no violentos (NVP-*Non Violent Prisoners*). Todas las encuestas preguntan sobre la victimización y perpetración violenta del participante y la de su pareja o expareja. También obtienen datos para decir que el 87% de terrorismo en las relaciones íntimas es perpetrado por hombres (Graham-Kevan y Archer, 2003) Se miden las cifras de ocurrencia dependiendo de dónde pertenezca la muestra: de centros de acogida (n=68) 36 hombres ejercen terrorismo en las relaciones íntimas y 1 mujer ejerce terrorismo en las relaciones íntimas; en la muestra de estudiantes (n=56) hay 7 hombres que ejercen terrorismo en las relaciones íntimas y dos mujeres que ejercen terrorismo en las relaciones íntimas; y en la muestra de prisioneros (n=105) hay 2 hombres y 5 mujeres que ejercen terrorismo en las relaciones íntimas. En los programas

¹² Véase 1.4. Violencia en general en la sociedad: Normas de caballerosidad y normas de protección a mujeres.

de intervención (n=10) no había nadie que ejerciese terrorismo en las relaciones íntimas. (Archer y Graham-Kevan, 2003).

Graham-Kevan y Archer se deciden a estudiar de nuevo la tipología de Johnson, siguiendo la estrategia de muestreo mixta. De nuevo utilizan tres muestras diferentes: mujeres de un centro de acogida y sus parejas (n=86), estudiantes y sus parejas (n=206) (45% de devolución de cuestionarios) y hombres convictos y sus parejas (n=194). (72% devolución de cuestionarios) Los cuestionarios preguntaban acerca del comportamiento de la persona que responde y de su pareja. Se clasifica a las personas según usaran tácticas de control en un nivel bajo o alto (usaban de media cada táctica de control 3.5 veces más frecuentemente que los del grupo de control bajo) y cualquier persona que usa la violencia física es clasificada como persona agresiva físicamente. (Graham-Kevan y Archer, 2008). Se clasifica a los grupos según usen tácticas de control y/o violencia física: NV-parejas no violentas (49%), terrorismo en las relaciones íntimas(11%), resistencia violenta(6%), violencia de control mutuo(3%) y violencia situacional de pareja(28%). Se eliminó el grupo de NV y el de violencia de control mutuo, el primero porque no les interesa la gente que no usaba violencia y la segunda porque el porcentaje era muy pequeño. Las personas que fueron clasificadas como perpetradoras de terrorismo en las relaciones íntimas, utilizaban las 5 tácticas de control en conjunto con violencia física. Asimismo, se encuentra relación con intentar empeorar el autoconcepto o autoestima de su pareja y limitar su independencia económica. Aunque dentro del grupo clasificado como violencia situacional de pareja se encuentra que la violencia y el control se correlacionan, se cree que puede referirse a tácticas de control situacional y no de la relación en su conjunto. En concreto, violencia situacional de pareja correlacionó con violencia física y dos tácticas de control (intimidación y amenazas). Pero se ve que ambos, mujeres y hombres usaban terrorismo en las relaciones íntimas y violencia situacional de pareja. (Graham-Kevan y Archer, 2008). Aunque Johnson considera que terrorismo en las relaciones íntimas es asimétrica y mayormente ejercida por hombres, en este estudio se ha visto que hombres y mujeres ejercían control de manera similar (Graham-Kevan y Archer, 2008; Straus, 2008).

Aunque M.P. Johnson enfocó su teoría hacia las mujeres, la asimetría en las consecuencias de la violencia que éstas sufren y el estudio del control coercitivo como potencialmente dañino y riesgoso para la integridad física y moral de las personas que lo padecen, Hines y Douglas escogieron usar la tipología para estudiar la victimización de los hombres en la pareja. Para ello, utilizaron una muestra mixta de hombres: una selectiva de hombres que buscaron ayuda por ser víctimas de VP y otra de población general. Por una parte, los hombres de la muestra selectiva declaran haber sufrido alguna agresión física (a lo largo de la relación) y haber buscado ayuda de un doctor, dentista, agencia para víctimas, teléfono de ayuda para víctimas internet, abogado, policía, miembro del clérigo, familiar, amigo o terapeuta/psicólogo (N=611). Por otra parte, la muestra aleatoria (n=1601) fue recogida a través de *Knowledge Networks* (KN-Redes de conocimiento). Se preguntaba por perpetración y victimización a hombres heterosexuales. Usan CTS-2 y se mide agresión psicológica, física, sexual y comportamientos de control. Además, se incluye una escala de “medidas legales/administrativas que incluía cometer los siguientes actos o amenazar con acometerlos: hacer acusaciones falsas sobre agresiones físicas o sexuales de la pareja, irse y llevarse a los niños consigo, falsas acusaciones sobre violencia física o sexual contra los menores, llevarse el dinero y posesiones, arruinar la reputación de su pareja en el trabajo” (Hines y Douglas, 2018, p. 618).

El 74.4% de hombres en la muestra poblacional estaban en una relación de pareja donde no ocurría violencia física. Como punto de corte para dividir la violencia en situacional o terrorismo íntimo se establece el uso de tres tácticas de control. De esta manera, quedan divididos en 8 grupos: 1) violencia situacional de pareja hombre-mujer, 2) violencia situacional de pareja mujer-hombre, 3) violencia situacional de pareja bidireccional, 4) terrorismo en las relaciones íntimas hombre-mujer, la mujer no ejerce violencia, 5) hombre ejerce terrorismo en las relaciones íntimas/mujer ejerce resistencia violenta, 6) mujer ejerce terrorismo en las relaciones íntimas/hombre es no violento, 7) mujer ejerce terrorismo en las relaciones íntimas/hombre responde con violencia (resistencia violenta), o 8) violencia de control mutuo (ambos usan control y violencia) (Hines y Douglas, 2018).

Hines y Douglas defienden la asunción de que violencia situacional de pareja y terrorismo en las relaciones íntimas son diferentes tipos de violencia y que las personas que ejercen uno u otro tipo de violencia tienen diferentes patrones de conducta, dinámicas, contexto y consecuencias. Además, también este estudio apoya que las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas sufren más tipos de violencia física, psicológica y sexual distintas y más tipos de heridas (tanto severas como leves), además de más conductas de control y medidas legales/administrativas. Además, las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas contraatacan o responden con violencia de manera más frecuente que las víctimas de violencia situacional de pareja, usando agresiones más graves de todos los tipos (agresión física grave, sexual grave y psicológica grave). Se teoriza que podría constituir resistencia violenta o violencia de control mutuo, pero para ello se necesitaría que las parejas de los participantes contestaran al cuestionario. Las consecuencias para la salud física y psicológica de los hombres que eran víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas también fueron mayores que para los que lo fueron víctimas de violencia situacional de pareja. Los hombres víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas tenían la peor salud de todos, contrariamente a la hipótesis de Hines y Douglas que era que la violencia bidireccional tendría peores consecuencias. En su opinión, podría ser debido a la indefensión que sienten y además a las pocas fuentes de apoyo formal que existen para hombres. (Hines y Douglas, 2018).

Muestra para estudio cualitativo

Rosen et al. estudian la tipología de Johnson a través de un estudio cualitativo de entrevistas con 15 parejas heterosexuales. Se contacta con los participantes a través de flyers, en iglesias y con profesionales de intervención en casos de VP. Se selecciona a las parejas en las que existe algún tipo de violencia, bien abuso emocional o bien físico. De las 18 parejas heterosexuales que completan la encuesta se escoge a 15. Una vez escogidos para participar, se encuesta a las personas por separado. La muestra es aleatoria y pequeña por ser un estudio cualitativo de entrevistas semiestructuradas. Se identifican 11 casos de violencia situacional de pareja donde los mayores problemas que se reportaban eran conflictos por una variedad de temas como: celos, temas de familia, abuso de alcohol, sexo, dinero... De estas parejas, la violencia era mutua en cuatro de ellas, en otras cuatro parejas el principal agresor era él, y en las otras tres, la mujer. Algunos participantes confesaban que sus diferencias y conflictos no tenían solución debido al resentimiento e ira acumulados por los años. También hablaban de problemas de comunicación y poco control de la ira. Se establecía una lucha por el control situacional donde ambos querían ser “quienes ganaran la pelea”. Los motivos que alegaban eran: reactividad, represalias, control o manipulación y falta de comunicación. En la mayoría de los casos se ve que es una violencia reactiva y motivada por una pérdida de control durante una discusión. (Rosen et al. 2005). Respecto a violencia de control mutuo, sólo una pareja encaja. La violencia consiste en abuso físico y emocional leve-moderado. Ambos usan control e intimidación contra el

otro y acumulan conflictos sin resolver. Ella confiesa que él tiene problemas de ira pero también admite haber iniciado la violencia en algunas ocasiones (Rosen et al. 2005). Clasifican una de **las parejas como PIT** (*PseudoIntimateTerrorism*) porque pese a que cumple las características de un abuso controlador generalizado no se da violencia severa ni terror en la víctima. (Rosen et al. 2005). Cabe considerar aquí la opción de que la violencia de terrorismo íntimo provoque consecuencias diferentes en hombres y mujeres. En la pareja que presenta PIT, la mujer usa de manera frecuente violencia leve-moderada, abuso emocional y económico y amenazas. Se da un episodio de violencia grave en el que intenta estrangularlo. Pese a eso, él no declara sentir miedo y ridiculiza la violencia que ella ejerce sobre él, alegando que ella no puede causarle daño físico. Una de sus reacciones más comunes es reírse cuando ella lo agrede físicamente. Sin embargo, relata que su autoestima es baja y cree que puede ser debido a las humillaciones y menosprecios sufridos (Rosen et al. 2005). Esto concuerda con otras investigaciones donde los hombres no muestran miedo ante la violencia física de su pareja sino a la violencia psicológica y humillaciones (Nybergh et al. 2016). Dos parejas son clasificadas como resistencia violenta. Ninguna de las dos víctimas parece estar aterrorizada (un hombre y una mujer). La mujer está separada y el hombre sufre intimidación y control por parte de su mujer. En el primer caso, él la agredía físicamente de manera leve y la controlaba a través de abuso emocional con actos de menosprecio, críticas, manipulación, y como consecuencia, ambos se agredían verbalmente (gritándose). La manipulación y abuso ejercido por él hacía que ella se enfadara y a veces contraatacara físicamente. Él era celoso y posesivo. Dentro de la segunda pareja que muestra resistencia violenta, es ella la que ejerce violencia física y control. Tienen una variedad de conflictos acumulados sobre sexo y dinero. Algunas veces la motivación para el abuso es reactiva, ella lo golpea para que le preste atención y él, a veces, contraataca físicamente. Él se siente “controlado, triste y avergonzado” y humillado/deshonrado. (Rosen et al. 2005, p.330).

Otro estudio cualitativo protagonizado por hombres fue el de Nybergh et al. El método de contacto con los participantes fue a través de panfletos y anuncios en Facebook, lugares públicos y centros de ayuda a víctimas. Veinte hombres suecos fueron entrevistados, de los cuales, dieciocho habían sufrido violencia en una relación heterosexual y otros dos en una relación homosexual. Dieciocho de ellos están separados de la persona que ejerció violencia sobre ellos y dos siguen en una relación violenta. Muchos de los considerados víctimas también declaran ejercer violencia (Nybergh et al. 2016) Existía variabilidad en las agresiones físicas en aspectos como frecuencia, severidad y consecuencias de ésta. La coacción sexual solo estuvo presente en dos relaciones, una homosexual y otra heterosexual. La mayoría de los incidentes ocurrían en su casa aunque algunos ocurrieron en lugares públicos. Algunas de las agresiones verbales y humillaciones sufridas por los hombres están relacionadas con el género, ya que, sus parejas los menosprecian por no ajustarse a la norma de masculinidad hegemónica. Algunos ejemplos de estas conductas son: atacar su condición de no ser suficientemente fuerte, quejarse de su salario, atacando así su “supuesta posición del ganador de pan”, o burlarse de él por llorar cuando le agrede. Además, algunos de sus insultos son sexistas y/o homofóbicos. En algunos casos existe violencia bidireccional. Por otra parte, solo se aprecia un caso de terrorismo en las relaciones íntimas en una relación homosexual. La violencia que describe el participante es severa e inmersa en un patrón de control caracterizado por el acoso y abuso económico. La víctima admite haber acudido en varias ocasiones a centros de acogida y salas de emergencia. En este caso, algunos de los sentimientos descritos por la víctima son terror, indefensión aprendida y “la sensación de estar atrapado” (Nybergh et al. 2016, p.195). Cabe considera que la mayor parte de

personas que declaran violencia lo hacen sobre exparejas. Esto concuerda sobre la recomendación de Johnson de estudiar a las exparejas, por haber un alto índice de personas divorciadas en situaciones de violencia de pareja.

Por otra parte, la forma de control más usada por las mujeres en esta investigación es el abuso emocional: humillaciones, en público y privado, menosprecio y agresiones verbales como insultos. Otras dos técnicas muy utilizadas son usar a sus hijos en contra de ellos, amenazando con llevárselos y celopatía. Las víctimas muestran aislamiento de su círculo de personas cercano y faltan al trabajo o dejan de practicar actividades de ocio para evitar conflictos. Algunas de las consecuencias de esta violencia para las víctimas son el abuso de alcohol y síntomas de depresión o ataques de pánico. En los casos más extremos, algunas víctimas presentan tendencias suicidas. Sin embargo, cuando describían agresiones físicas, ellos no sentían miedo de las consecuencias de esta violencia porque se sentían capaces de utilizar tácticas para escapar, contraatacar o simplemente porque no creían que ellas los pudieran herir físicamente. Parece que la violencia física usada por las mujeres no era una táctica útil o efectiva para controlar a los hombres, sin embargo, en el único caso estudiado de violencia en una pareja homosexual sí aparecía como una conducta efectiva. El miedo de las víctimas es expresado en relación con situaciones de abuso emocional y humillación, además del temor a ser “denunciados falsamente” por VP. En muchos casos, no se considera a estas personas víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas porque no sufren violencia física grave ni las agresoras usan un alto número de tácticas de control. Por ejemplo, existe una relación que presenta un caso de control por celos severo pero no es considerado terrorismo en las relaciones íntimas porque solo existe una táctica de control y no hay violencia física ni peleas por conflictos. (Nybergh et al. 2016). Con respecto a este caso, cabe recordar que en posteriores versiones de la tipología M.P. Johnson añade el caso de violencia incipiente terrorismo en las relaciones íntimas. Este tipo de violencia estaría caracterizada por provocar unas consecuencias similares a las de terrorismo en las relaciones íntimas en las personas que la padecen, sin embargo, no tiene por qué darse violencia física grave. (2008) También otros autores han considerado la posibilidad de que se dé violencia coercitiva sin la presencia de violencia física (Ansara y Hindin, 2010; Anderson, 2005; Stark, 2007).

Cuando algunos hombres se describen a sí mismos, lo hacen en un contexto de terrorismo en las relaciones íntimas, siendo ellos las víctimas, sin embargo cuando se veía el relato completo parecía que sus parejas ejercían resistencia violenta contra ellos, quienes ejercían terrorismo en las relaciones íntimas. Así pues, magnificaban los actos de sus parejas y justificaban o minimizaban los suyos. (Nybergh et al. 2016). Por ello es importante considerar el alto deseo de las personas de ser aceptadas y ser atractivas... Además, los relatos de las personas suelen incluir cierta subjetividad. Muchos de los hombres describían su violencia como una respuesta a la de sus parejas, o en defensa propia a agresiones físicas y comportamientos de control de sus parejas (mujeres). Lo que podría ser considerado como resistencia violenta. Luego, había bastantes hombres que encajan en la categoría de violencia situacional de pareja porque la violencia era ejercida durante conflictos conyugales/de pareja. Los hombres víctimas de violencia física y/o violencia situacional de pareja no expresan miedo a diferencia de los que sufrían abuso emocional constante (Nybergh et al. 2016). Esto concuerda con los resultados de que la violencia emocional o psicológica puede tener efectos muy graves en la salud mental de los hombres y provocar terror (Grandin et al. 1998).

Hardesty et al. decidieron usar una muestra seleccionada de 190 mujeres divorciadas. Tres métodos coercitivos distintos usados era la puntuación de corte para separar grupo de control alto del

bajo. Se divide a los participantes en 4 grupos mutuamente exclusivos: no haber experimentado violencia ni control (n=73), haber sufrido violencia pero un bajo o nulo nivel de control (violencia situacional de pareja, n=57), haber sufrido altos niveles de control pero no violencia física (n=12) y haber sufrido altos niveles de violencia y control (terrorismo en las relaciones íntimas, n=48). Las mujeres que no sufren victimizaciones ni de control ni de agresiones físicas por parte de sus parejas, presentan niveles de acoso, amenaza de sufrir agresiones en el futuro y miedo durante el matrimonio más bajo que aquellas son víctimas de conductas de control.

Cabe considerar que hay resultados no concluyentes respecto a la mayor perpetración de violencia de terrorismo íntimo por hombres que por mujeres (Archer y Graham-Kevan, 2003; Michalski, 2005; Zweig et al. 2014), ya que otros consideran que hombres y mujeres tienen probabilidades similares de sufrir y ejercer terrorismo íntimo y violencia situacional (Bates et al. 2014; Graham-Kevan y Archer, 2008; Jasinski et al. 2014). Después también se hace necesario comentar que contrariamente a lo asegurado por Johnson, terrorismo íntimo y violencia situacional también en algunas ocasiones representa proporciones similares en muestras aleatorias (Michalski, 2005). Pero por lo general en este tipo de muestras la violencia más habitual es situacional (Graham-Kevan et al. 2012). También se ha comprobado que según declaren hombres o mujeres los resultados pueden verse afectados. Así, según lo declarado por mujeres la resistencia a la violencia es mayormente ejercida por ellas mientras que según lo declarado por hombres son ellos quienes ejercen en mayor medida resistencia violenta. También hubo diferencias respecto a la violencia situacional, que según las mujeres era simétrica y según los hombres era mayormente ejercida por las mujeres. Por el contrario, existe acuerdo respecto a la violencia de control mutua, que se presenta simétrica tanto en las declaraciones de ellas como de ellos y terrorismo íntimo es mayormente perpetrado por hombres, independientemente de si es lo declarado por mujeres u hombres (Zweig et al. 2014). Por tanto, estas últimas dos afirmaciones coinciden con lo sugerido por Johnson. Por todas estas conclusiones no concluyentes es necesario realizar más investigaciones sobre la tipología de Johnson. Sería recomendable realizarlas con muestras mixtas e incluyendo a exparejas para obtener una imagen más fidedigna de la realidad.

Para concluir se puede ver que la mayoría de estudios sobre la tipología de Johnson utilizan una muestra aleatoria, ya sea de hombres y mujeres, y pocos decidieron estudiar la tipología con una muestra mixta (aleatoria y selectiva/clínica) como Johnson había sugerido. De esta manera, si se usa la técnica de agrupamiento de análisis para diferenciar violencia situacional de pareja y terrorismo en las relaciones íntimas con una muestra que no incluye ambos tipos de violencia no será válido provocando un error de muestreo. Eso suele pasar con muestras poblacionales, el grupo que llaman terrorismo en las relaciones íntimas será en realidad violencia situacional de pareja con más tácticas de control de las previstas, con algo más de control de media. Pero no será terrorismo en las relaciones íntimas real". Además, se debería preguntar por la violencia sufrida en anteriores parejas, visto el alto de nivel de violencia en personas divorciadas (que hablan sobre su matrimonio) y dado que muchas de las personas que sufren terrorismo en las relaciones íntimas abandonan a sus maridos o esposas. (M.P. Johnson, 2014, 2017; M.P. Johnson et al. 2014). Además, no se puede utilizar el mismo punto de corte para diferenciar entre terrorismo en las relaciones íntimas/violencia situacional de pareja si se cuenta con una muestra mixta que con una general. Sin embargo, si haces distinciones entre tipos de VP y utilizas las muestras adecuadas llegas a estas conclusiones: la violencia de pareja con mayor prevalencia es violencia situacional de pareja, que es debida a conflictos en la pareja que escalan a

violencia de uno o ambos miembros de la pareja, donde se da simetría en la perpetración de violencia física. Pero lo cierto es que en los centros de refugio (o agencias institucionales, tribunales y policía) la mayoría de violencia presente es terrorismo íntimo aunque también lleguen casos de violencia situacional por su frecuencia, gravedad o lesiones provocadas. Sin duda otra dificultad asociada es que los profesionales necesitan herramientas adecuadas para evaluar en base al caso concreto el tipo de violencia de que se trata. La mayoría de los casos que llegan a organizaciones para víctimas o judicial o policía son terrorismo en las relaciones íntimas, aunque algunos casos de violencia situacional de pareja pueden llegar a agencias, cuando esta violencia es frecuente, grave o provoca heridas. Los datos de agencias aun así muestran que esta violencia es asimétrica, pues los casos más graves de violencia situacional de pareja y los casos de terrorismo en las relaciones íntimas, son principalmente perpetrados por hombres con el objetivo de aterrorizar a la víctima, utilizando diferentes tácticas de control, junto con el uso o amenaza de violencia física. (M.P. Johnson, 2017)

Además, cabe considerar que en 2/3 de las parejas donde existe terrorismo íntimo, la mujer responde con violencia, es decir, ejercer resistencia violenta. Pero pronto comienzan a utilizar otras tácticas o intentan escapar porque la violencia física no es útil contra su agresor. Asimismo, los perpetradores de terrorismo en las relaciones íntimas son más patriarcales y misóginos que los que no ejercen violencia o ejercen violencia situacional de pareja (Frankel y Sugarman, 1996 y Holtzworth y Munroe, 2000; citado en M.P. Johnson, 2017). (M.P. Johnson, 2017).

4.2. Consecuencias de la violencia en la pareja según la tipología de Johnson

La violencia de terrorismo íntimo conlleva agresiones más frecuentes y graves que las de violencia situacional (Esquivel-Santoveña y Dixon, 2012; Jasinski et al. 2014; M.P. Johnson, 2014; M.P. Johnson y Leone, 2005; Leone et al. 2004), lo que concuerda con los resultados de otros estudios de la tipología (M.P. Johnson, 1995,2001; M.P. Johnson y Ferraro, 2000; M.P. Johnson y Leone, 2005; Leone et al. 2014) . Así, terrorismo íntimo provoca mayor número de incidentes y violencia más severa (Michalski, 2005; Straus y Gozjolko, Hines y Douglas, 2018; Hardesty et al. 2015), más riesgo de heridas y TEPT (Anderson, 2008; Johnson y Leone, 2005) que la violencia situacional.

Por otra parte, los hombres víctimas de terrorismo íntimo sufren violencia de manera más frecuente pero ésta no es más severa y además tienen más probabilidad de sufrir TEPT que los hombres que sufren violencia situacional (Jasinski et al. 2014; Hines y Douglas, 2018), aunque ambos tienen las mismas probabilidades de sufrir depresión (Hines y Douglas, 2018). Sin embargo, los hombres víctimas de terrorismo íntimo presentan peor salud física que los de violencia situacional (Hines y Douglas, 2018).

Asimismo, cuando se considera la violencia de control mutuo, los hombres que sufren ésta y los que sufren terrorismo íntimo, presentan un estado de salud física y depresión similar (Hines y Douglas, 2018). Jasinski et al. coinciden con éstos en que los niveles de depresión son similares, pero discrepan respecto al nivel de heridas, que consideran es mayor en los hombres víctimas de terrorismo íntimo. Aunque si se compara los hombres que han sufrido cualquiera de estos dos tipos de violencia, presentan mayores índices de depresión que los que no han sufrido violencia (Jasinski et al. 2014). En otro estudio, cuando se compara a los hombres víctimas de terrorismo íntimo y los de violencia situacional, se comprueba que los primeros presentan peor salud mental y física (Hines y Douglas, 2018).

Por otra parte, los estudios que comprueban la violencia de control mutuo consideran que ésta, junto con terrorismo íntimo, son los tipos de violencia más peligrosas por entrañar mayores riesgos

de violencia grave y más frecuente (Graham-Kevan et al. 2012), mientras que Zweig et al. corroboran lo anterior y añaden que se da un número de agresiones mayor (2014). Por el contrario, Esquivel-Santoveña y Dixon consideran la violencia de control mutuo más dañino físicamente por la mayor probabilidad de escalada de la violencia, mientras que consideran el terrorismo íntimo más dañino para la salud mental (2012). Además, los hombres que ejercen violencia de control mutuo o terrorismo íntimo, agreden sexualmente a su pareja de manera más frecuente mientras que en mujeres la agresión sexual es ejercida más a menudo que cuando la situación de violencia es de control mutuo. (Graham-Kevan y Archer, 2012).

Respecto a las consecuencias para mujeres, el mayor daño emocional en las que sufren terrorismo en las relaciones íntimas y su menor estabilidad laboral (por faltar más veces al trabajo o llegar tarde de manera más frecuente por las heridas o violencia sufrida) hace que su situación sea más vulnerable (Leone et al. 2004). Respecto a las consecuencias psicológicas, las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas obtienen puntuaciones más altas de TEPT, mientras que las puntuaciones para depresión son similares en las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas y violencia situacional de pareja. El uso de analgésicos es más alto para las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas pero el uso de antidepresivos es similar para ambos tipos de víctimas. Las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas faltan más veces al trabajo, probablemente debido al nivel de heridas sufridas. También las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas abandonan el hogar conyugal más veces de media e intentan buscar un apartamento propio (M.P. Johnson y Leone, 2005), por lo que parece que consideraban que la ruptura era definitiva. Una diferencia establecida entre hombres y mujeres que sufren terrorismo en las relaciones íntimas es que los hombres toman la decisión de abandonar a sus parejas con menos frecuencia, pero los hombres víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas intentaban dejar a sus parejas de manera más frecuente que los que sufrían violencia situacional de pareja (Jasinski et al. 2014). Es cierto que se ha comprobado que las mujeres que declaran violencia de terrorismo íntimo es más probable que estén divorciadas que si declaran violencia situacional (Leone et al. 2004).

Cuando se comparan las consecuencias de ser víctima de terrorismo íntimo de **hombres y mujeres**, no presentan diferencias respecto a la frecuencia de la violencia, ni la gravedad de ésta, ni en las consecuencias. Así, obtienen síntomas de depresión, TEPT y días de trabajo perdidos en proporciones similares. Además, más mujeres víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas que hombres admitieron que sus **parejas habían desistido en el** uso de violencia (Jasinski et al. 2014). Por el contrario, Johnson et al considera que, dentro de la violencia situacional de pareja, la ejercida por hombres provoca más heridas, las agresiones ocurren con mayor frecuencia y éstas producen más miedo en las víctimas (M.P. Johnson et al., 2014).

Respecto a las heridas, la mayor probabilidad de que se produjeran, era en este orden: terrorismo en las relaciones íntimas bidireccional (control mutuo violento), terrorismo en las relaciones íntimas, VP bilateral (fuera cual fuese el tipo de patrón de comportamiento, alto o bajo en control). Con relación a las consecuencias de violencia situacional de pareja, las heridas que producían las agresiones de hombres eran más graves. Los hombres declaraban que era dos veces más probable que ellos produjesen heridas en sus parejas y las mujeres tenían cuatro veces más de probabilidades de sufrir heridas. Asimismo, la probabilidad de sufrir heridas era cinco veces mayor cuando ambas partes eran violentas, excepto para el caso de una mujer no violenta con un hombre que ejerce terrorismo en las relaciones íntimas. En $\frac{3}{4}$ de las relaciones donde existía terrorismo en las

relaciones íntimas la violencia era bidireccional. Cabe decir que no se distinguen entre coacción o control situacional y tácticas de control generalizado (Straus y Gozjolko, 2014). Así, estos resultados concuerdan con lo anteriormente expuesto por Straus. La violencia bidireccional es la más peligrosa, puesto que es más probable que produzca heridas y las agresiones escalen. Además, es más probable que la mujer sufra lesiones físicas. Cuando se declara sobre victimizaciones, las mujeres consideran que ellas sufren más que los hombres pero cuando se declara sobre violencia ejercida, las mujeres admiten agredir en mayor proporción a sus parejas heterosexuales que los hombres. ¿Puede ser debido a que a los hombres les cueste más esfuerzo admitir que son víctimas de violencia? ¿Está relacionado con los roles de género? Además, en las formas de violencia bidireccional se sufren y ejercen mayor número de agresiones distintas (Hines y Douglas, 2018).

Hay ciertas novedades introducidas por estudios ajenos a Johnson, como la consideración de un nuevo tipo de violencia que conlleva solo control pero no violencia física. Anderson identifica un grupo que sufre tácticas de control por su pareja heterosexual pero no sufre violencia física (n=126). Estas víctimas reportan uso de medicación y niveles de depresión similares a las de las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas. Por ello, se considera que este tipo de violencia debe añadirse a la tipología porque la sola presencia de control puede afectar/empeorar el contexto en el que se da violencia. Asimismo, se sugiere la necesidad de estudiar más la correlación control-violencia (2008). De manera similar, Stark considera que la mayor parte de las investigaciones se han enfocado en la violencia física y sus consecuencias, y por ello han pasado por alto que la instigación de fuertes niveles de control en la pareja, aun sin sufrir violencia física, puede tener igual o peores consecuencias para la salud de las víctimas (2007). Otra novedad es que Hardesty et al. analizan el porcentaje de varianza explicado según se hiciera el punto de corte respecto de la frecuencia de uso de tácticas de control o el número de tácticas usadas. Se comprueba que la técnica de frecuencia constituye una herramienta más precisa de trabajo, por lo que debería ser estudiado (Hardesty et al. 2015).

Algunas consideraciones para el futuro podrían ser estudiar la relación de la violencia sexual con el control, ya que la tipología de Johnson suele estar circunscrita a la violencia física y anteriormente en este apartado se ha visto que puede haber mayor riesgo de violencia sexual si existe control por parte de alguna de las personas de la pareja. Por otra parte, la mayoría de las consecuencias deben ser estudiadas con muestras mixtas para poder comprobar de manera más eficiente la relación de TEPT, heridas, salud mental y física con cada tipo de violencia. Además, se ha visto que en algunos estudios no se ven diferencias entre hombres y mujeres que sufren terrorismo íntimo, lo que debe ser revisado.

4.3. Proceso de búsqueda de ayuda externa según la tipología de Johnson

Con el fin de comprobar las estrategias de búsqueda de ayuda de hombres y mujeres víctimas de VP y la tipología de M.P. Johnson, Bates y Graham-Kevan llevaron a cabo una investigación con los datos de GSS (*General Society Survey*, 1999) con una muestra de 1.540 personas. Bates y Graham-Kevan analizaron la violencia física, control coercitivo y abuso emocional con datos de esta encuesta de victimización, la cual preguntaba sobre los últimos 5 años. Se clasificaron los grupos en violencia situacional de pareja o terrorismo en las relaciones íntimas y no hubo diferencias en la agresión respecto al género en los grupos violencia situacional de pareja y terrorismo en las relaciones íntimas. Las personas que sufrían terrorismo en las relaciones íntimas mostraban una media más alta de agresiones en el grupo que las que pertenecían a violencia situacional de pareja, pero tampoco hubo diferencias respecto al género. Hubo más o menos la misma proporción de mujeres y hombres en

violencia situacional de pareja y terrorismo en las relaciones íntimas (Bates y Graham-Kevan, 2016). Respecto a las diferencias en la búsqueda de ayuda, se vio que las mujeres contactaron más a un abogado o policía, mientras que no hubo diferencias para acudir a **ayuda formal** en forma de organizaciones de víctimas. Tampoco hubo diferencias significativas entre las formas de buscar ayuda y el tipo de violencia sufrida (violencia situacional de pareja y terrorismo en las relaciones íntimas). Ni la gravedad de la agresión, ni el tipo de violencia sufrido tuvieron relevancia significativa de relación con la forma de buscar ayuda (Bates y Graham-Kevan, 2016).

Por el contrario, en un estudio de Leone et al., las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas, comparadas con las víctimas de violencia situacional de pareja, tenían una media de edad más alta, su relación había durado más tiempo, era menos probable que trabajaran y se solían referir a la persona que les había agredido como expareja (Leone et al. 2007). Las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas habían sufrido episodios de violencia más severa y de manera más habitual, era más probable que la violencia hombre-mujer hubiera escalado y hubiera producido heridas. También presentaban más síntomas de TEPT y sentían que tenían menos apoyo de su círculo cercano. Respecto a las estrategias para pedir ayuda, las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas tenían dos veces más probabilidades de haber contactado con la policía. Sin embargo, se vio que las variables que se relacionaban con las consecuencias de la violencia, es decir, haber sufrido heridas y tener síntomas de depresión o TEPT no correlacionaban con contactar con la policía, por tanto la severidad de la violencia y ponerse en contacto con la policía no parecía estar relacionado (Leone et al. 2007). Por el contrario, acudir al médico se correlacionaba con las variables que medían las consecuencias de la VP. Así, buscar ayuda médica era una vía de ayuda seleccionada cuatro veces más por las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas que las de violencia situacional de pareja. (Leone et al. 2007).

Buscar ayuda de manera **informal**, es decir, acudir a familiares, amistades o personas del entorno cercano, era dos veces más probable si la víctima no tenía acceso a dinero. De esta manera, cuando una víctima sufría violencia situacional de pareja era más probable que contactara con algún vecino o amigo que cuando una víctima sufría terrorismo en las relaciones íntimas (Leone et al. 2007). De manera opuesta a la idea que se tiene de las víctimas de violencia, el 81% de las víctimas de esta muestra buscaron ayuda de algún tipo, ya fuera formal o informal. Además, el tipo de violencia sufrida se relacionó con distintas estrategias de buscar ayuda, siendo que las víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas mostraban un patrón de apoyo más institucional (policía, personal sanitario y terapeuta) mientras que las víctimas de violencia situacional de pareja buscaban apoyo de manera informal de manera más frecuente, buscando ayuda en amistades o personas del vecindario (Leone et al. 2007).

Se debe considerar que M.P. Johnson reflexiona sobre lo que él llama “el problema de castas” en uno de sus textos más actuales. Éste opina que mientras que se considere a la raza blanca superior a la negra, la heterosexualidad normativa por encima de cualquier persona perteneciente al colectivo LGTBIQ+ y a los hombres superiores a las mujeres, seguirá existiendo violencia y conflictividad entre el endogrupo y exogrupo. Aunque hay violencia estructural y de instituciones, su expresión más básica es la violencia cotidiana en forma de “microagresiones”. La desigualdad social y estructural es la que vertebra todos los otros tipos de violencia. Por ello, ser miembro de una casta inferior o de un grupo discriminado les hace vivir con miedo a la siguiente agresión, provenga de la persona que provenga. Es importante considerar el progreso que se ha vivido respecto a la discriminación por raza, etnia, género y orientación sexual, considerándose hoy día delito en nuestro país y muchos otros. Sin

embargo, la igualdad real no existe, ya que la desigualdad persiste pese a la igualdad formal y a que algunas personas de colectivos desfavorecidos ocupen puestos de poder (2017).

A este respecto cabe mencionar la escasez de estudios sobre VP en relaciones LGTBQI+, los cuales argumentan que las cifras de ocurrencia de esta violencia parecen similares o incluso más altas que en las parejas heterosexuales (Cannon et al. 2015). Desde la Asamblea General de Naciones Unidas se considera que los comportamientos de violencia física, sexual y psicológica, que constituyen violencia homofóbica o transfóbica, contra personas que “desafían las normas de género” son una forma de violencia de género que pueden darse en la comunidad y en el entorno familiar (Asamblea General de Naciones Unidas, 2011, p. 8-9).

Siguiendo con el análisis de la violencia en la pareja, desde la perspectiva *queer* se considera que aunque la teoría del patriarcado se ha mostrado útil para explicar parte de la violencia en la pareja heterosexual, ésta no puede explicar la violencia mujer-hombre en relaciones heterosexuales o la violencia mujer-mujer, o por qué las mujeres inician la violencia en proporciones similares a los hombres (en violencia en la pareja heterosexual). La teoría *queer* busca analizar y criticar los aspectos dañinos de la heteronormatividad insertos en las instituciones en forma de heterosexismo y homofobia. De la misma manera que desde el feminismo tradicional se aduce que el género es un concepto ubicuo a cualquier forma de violencia en la pareja, la perspectiva *queer* considera que también la sexualidad debe ser un factor central en el análisis. Por ello, desde esta teoría se rechaza basar el análisis teórico de la violencia en la pareja en el binarismo de poder jerárquico tradicional hombre/mujer, heterosexual/homosexual. En atención a la problemática expuesta el presente estudio se centra en el binarismo hombre/mujer y las relaciones de poder que se establecen a través de esta dicotomía. Sin embargo desde la teoría *queer* se considera que los binarismos blanco/negro, hombre/mujer, etc son inestables porque se definen como opuestos y “complementarios”. Pero en realidad lo que se muestra es que cuando se define el segundo concepto se debe hacer estableciendo la subordinación de éste al primero (Cannon et al. 2015). Por consiguiente, es necesario estudiar otros tipos de VP ya que la mayoría de lo que se ha estudiado es con parejas heterosexuales. Quizás aumentando nuestro conocimiento sobre las dinámicas de VP en otro tipo de parejas, acudiendo al colectivo LGTBQI+ y considerando establecer investigaciones que tengan en cuenta la interseccionalidad podamos establecer mejor ciertos factores que influyen y cómo influyen, como el género, la sexualidad, la clase social, etc.

5. Sistema de Justicia, Tratamiento, Prevención y Predicción

5.1. Sistema de Justicia y punitivismo

Mills sugiere que el proceso en el que algunas mujeres se ven incurso a través de la denuncia de un profesional (del sector médico, la policía o fiscalía) provoca que la mujer pierda cualquier capacidad de decisión en el proceso. Por supuesto, la primera medida a tomar debe ser la seguridad de la mujer. Pero para ello es necesario una evaluación adecuada de la situación de violencia que sufre. El arresto obligatorio por ley y la política de la imposibilidad de retirar los cargos, promueven un proceso donde a la mujer no se la escucha, lo cual puede provocar graves consecuencias psicológicas para la mujer (Mills, 1999; Buzawa y Buzawa, 2013). Además, estas dos estrategias no se han mostrado útiles ni efectivas en reducir la incidencia ni prevalencia de la VP (Buzawa y Buzawa, 2013). Mills, en cambio, propone un modelo de empoderamiento de la mujer, dándole apoyo psicológico para que tome las medidas que estime precisas, pero se considera imprescindible que la víctima tenga capacidad de decisión en el proceso (1999). En los años 80 se estableció, en al menos

15 estados (de EEUU), el arresto obligatorio de personas sospechosas de haber cometido actos de violencia doméstica, incluso de aquellos no constitutivos de delito (Mills, 1999). En casos donde la mujer no quería testificar contra su marido, el caso proseguía como si la víctima no estuviera disponible para testificar (Mills, 1999). Además, las políticas de arresto obligatorio en el caso de violencia doméstica han hecho que las detenciones hayan aumentado considerablemente, y como en algunos casos era difícil saber quién era el agresor y quién la víctima, se detenía a los dos y se dejaba que el juez decidiera, siendo arrestados ambos en el 11-50% de los casos (Martin, 1997; citado en Kernsmith y Kernsmith, 2009).

La oleada de punitivismo contra la VP y la criminalización del fenómeno han provocado un aumento de la población penitenciaria que ha recibido críticas desde el sector activista y académico. Además, Bonnet considera que el sistema de justicia penal trata a todos los hombres que han agredido a su pareja heterosexual como si ejercieran terrorismo en las relaciones íntimas, ya que carecen de la capacidad para discernir entre tipos de VP por falta de herramientas adecuadas. Una de las razones por las que no es recomendable una política **punitivista** es porque se trata a todos los hombres que ejercen violencia en la pareja como si fueran **terroristas íntimos** (2015).

Según Bonnet (2015), el sistema de justicia penal actual, al no diferenciar entre tipos de violencia, contribuye a que las penas estipuladas para comportamientos controladores y coercitivos dentro de la pareja y otros que establecen violencia bidireccional se encuentren en los mismos límites. Lo que no deja de ser injusto para el reo, ya que no podrán considerarse iguales estos comportamientos de control y violencia física que coartan la libertad de la víctima y dañan su salud mental y física, a los de una violencia expresiva dentro de una discusión de pareja. Además, el sistema actual hace “a las familias más vulnerables, supone un gran coste económico por las altas cifras de privación de libertad por este tipo de delitos y consume recursos que estarían mejor destinados para políticas sociales que mejoren adicciones, como alcohol y sustancias, lo que podría ser más efectivo para reducir la violencia”, refiriéndose a violencia situacional de pareja, la forma de VP más prevalente. (Bonnet, 2015, p. 281). Es cierto que antes, desde la perspectiva feminista, se consideraba que toda la VP que sufrían las mujeres era terrorismo en las relaciones íntimas, pero ahora se considera esencial diferenciar terrorismo en las relaciones íntimas de violencia situacional de pareja en todos los ámbitos, y por consiguiente, es necesaria una buena evaluación en el caso a caso, tanto en tribunales como en centros de acogida (Kelly y Johnson 2008).

En concreto, sobre la política-criminal española, Tamarit critica que las decisiones penológicas y las nuevas normativas propuestas prescindan de evaluaciones previas sobre el impacto legislativo. Asimismo, las comisiones encargadas de elaborar los documentos legislativos carecen de información de investigaciones científicas o evaluaciones de expertos en la materia. Además, se elaboran con objetivos a corto plazo y normalmente centrados en la influencia mediática y política, cada vez más informados por organizaciones sociales y de víctimas que piden un incremento de las penas. Como ejemplo, ofrece el desarrollo legislativo en materia de violencia doméstica donde se ha ampliado el abanico de conductas punibles y se han incrementado las penas, con un resultado que difícilmente puede ser calificado como positivo. También es cierto que la capacidad disuasoria de las normas penales es limitada y solo puede ser comprobada en el medio-largo plazo. Esta situación en materia legislativa se acrecienta por el menosprecio y falta de reconocimiento del área de la criminología. Pese a que esta formación es demandada por múltiples vías en la sociedad y que en los últimos años se han creado estudios oficiales en la materia, la investigación criminológica y las

encuestas de victimización no son todavía una materia destacable en España. En la doctrina penal no suele debatirse sobre “los resultados de las investigaciones acerca del efecto preventivo-general real de la pena, de la capacidad efectiva de un tratamiento resocializador a través de las penas privativas o no privativas de libertad o de los intereses y experiencias de las víctimas de los delitos” (Tamarit, 2007, p.6).

La violencia contra las mujeres no se circunscribe al entorno doméstico, sino que puede darse en cualquier espacio del entorno social: en el ámbito laboral o escolar, en la sociedad en general por conductas cometidas por extraños, aunque también se puedan dar en el entorno familiar. El entorno doméstico o de la pareja es un ámbito privilegiado para que ciertas conductas sean cometidas sin poder ser descubiertas por actores externos y sin que puedan ser, por ello, denunciadas (Maqueda Abreu, 2006). Por esto, no puede dejar de sorprender, como ya se ha comentado anteriormente que el ámbito de aplicación de la LO 1/2004 se limite la violencia de género a las conductas punibles ejercidas por un hombre contra una mujer en el contexto de una pareja o ex pareja sentimental.

Ciertas medidas, como las órdenes de alejamiento o incomunicación, pueden conllevar problemas prácticos para la autonomía personal y la capacidad de decisión de las mujeres, ya que se pueden llevar a cabo con o sin el consentimiento de la víctima. Pudiendo incurrir en quebrantamiento de condena que los agresores se vean con las víctimas, pese a que ellas consientan en ese encuentro. Se deberían considerar los deseos de la víctima y no ignorar sus peticiones como si se tratara de una persona incapaz (Maqueda Abreu, 2006). En los casos de violencia situacional de pareja, la mediación o intervención terapéutica de parejas puede ser efectiva y razonable. Sin embargo, en el caso español no está claro que ni siquiera pueda llegarse a plantear, ya que nuestra jurisprudencia interpreta que toda violencia ejercida por un hombre sobre su pareja o ex pareja mujer es violencia de género (sentencia del Tribunal Supremo nº. 420/2018, de 25 de septiembre). En primer lugar, porque esta opción queda anulada en el art. 44 de la LO 1/2004 en un supuesto calificado como violencia de género. En segundo lugar, porque con las penas de violencia de género se impone una pena accesoria de alejamiento (art. 57CP) que imposibilitaría esta opción. La justicia reparadora puede ser muy positiva respecto a los efectos para la víctima, ya que se le da protagonismo en el proceso, se da el reconocimiento del daño moral causado a la víctima y puede servir para hablar de los conflictos existentes en la pareja y entablar una conversación pacífica, además de encontrar una solución en un ambiente seguro, ya sea para dejar la relación o reconciliar a la pareja (Brage Cendán, 2012). Por supuesto, esta opción debe ser meditada con cuidado, ya que si una mujer habla de su experiencia de victimización delante de su pareja se podría estar arriesgando a sufrir violencia más severa en el futuro (Archer y Graham-Kevan, 2003). Así, la evaluación previa sobre los dos miembros de la pareja para ver el tipo de violencia presente en esa situación es primordial antes de comenzar con los preparativos o entrevistas previas a la mediación.

El apartado sobre el punitivismo mantiene una estrecha relación con el siguiente apartado, el tratamiento de delincuentes.

5.2.El tratamiento de delincuentes como medida indispensable en un estado democrático moderno

La potestad punitiva del Estado y el tratamiento de delincuentes se encuentran interrelacionados, ya que los dos objetivos principales del sistema penal son: castigar a las personas que cometen delitos y evitar que éstas reincidan. La rehabilitación de los delincuentes, es decir, la

aspiración de reforma del sistema penal surgió en los siglos XVIII y XIX (Redondo Illescas et al., 2002). En España la creación del Cuerpo Técnico de Instituciones Penitenciarias en los años 70 marca un antes y un después en el contexto penitenciario. Así, en los años 80, ya había puesto distintas iniciativas de intervención en marcha (Sordi Stock, 2016). Estos cambios venían motivados por la comprobación del escaso poder rehabilitador de las penas por sí mismas, siendo necesario aplicar programas de tratamiento a los delincuentes si lo que se pretendía era una reducción de la reincidencia de éstos. Además, los tratamientos pueden aplicarse en cualquier entorno, abierto o cerrado, por lo que para algunos delitos que no entrañen riesgo para las personas ni la sociedad en su conjunto, se pueden aplicar sin verse necesariamente privados de libertad. Lo cierto es que todos los sistemas penales castigan a sus delincuentes, pero pocos de ellos establecen los tratamientos y medidas reeducativas de manera sistemática. Así, dentro de las teorías del delito se pueden diferenciar dos apartados: las de corte sociológico-estructural y las de factores personales o psicológicos. Para reducir la delincuencia se deben cambiar las estructuras sociales, reduciendo la desigualdad social y condicionamientos sociales que promueven el delito. Según las teorías de los factores personales se debe trabajar con las actitudes, valores y patrones de comportamiento de los individuos para hacerlos menos proclives a la delincuencia. Ambas teorías son interdependientes y los factores sociales y personales están interrelacionados, por lo que la estrategia más eficaz sería la que tuviera en cuenta ambos. Respecto a las terapias que se ocupan de los factores personales, en un metaanálisis se vio que las personas que habían recibido un tratamiento reincidían un 20% menos de media que aquellos que no habían recibido ninguna terapia. Sin embargo, existía variabilidad del efecto obtenido dependiendo del país donde se hubieran implantado los tratamientos (Redondo Illescas et al., 2002). Si a todas las personas detenidas por delitos de VP se les aplicara un tratamiento, tanto a agresores como a víctimas, ambos se verían beneficiados y también la sociedad en su conjunto (Kelly y M.P. Johnson, 2008).

Como justificación a la aplicación de tratamiento a la población penitenciaria española se debe tener en cuenta que, la Constitución Española considera en su art. 25.2. que “las penas privativas de libertad y las medidas de seguridad estarán orientadas hacia la reeducación y reinserción social y no podrán consistir en trabajos forzados”. Así su afán reeducador y de reinserción también queda establecido en el art. 1 de la LO 1/1979, Legislación Penitenciaria¹³ y art 2º del RD 190/1996, del Reglamento Penitenciario¹⁴). Por otra parte, existe un sector con una postura contraria a la rehabilitación de los presos como finalidad primordial de las penas y medidas. Así pues, se identifica a las personas que agreden a sus parejas solamente con delincuentes que no merecen intervención psicológica sino un castigo ejemplar. Cuando se considera la posibilidad de que algunas personas que ejercen violencia contra sus parejas heterosexuales lo hagan condicionadas por la construcción que han hecho de la agresión como respuesta “natural” al conflicto, se considera que parte de sus actos son consecuencia de haber experimentado o haber presenciado victimizaciones en su familia de origen o de haber sufrido *bullying* u otra serie de victimizaciones en la infancia, o sea, parte de su victimización pasada. Mientras se estudia a los niños que han sido victimizados, éstos merecen atención, empatía y comprensión, pero cuando éstos se convierten en adultos parece que considerar que su comportamiento en la adultez haya estado influido, en parte, por sus propias experiencias de victimización se considera una argumentación en aras de una disminución de su responsabilidad y no

¹³ Ley Orgánica 1/1979, de 26 de septiembre, General Penitenciaria.

¹⁴ Real Decreto 190/1996, de 9 de febrero, por el que se aprueba el Reglamento Penitenciario.

lo que es: nuestro comportamiento está influido por las experiencias pasadas (factores individuales) y por factores estructurales y de interacción que deben ser mejorados mediante intervención psicológica (Rosenbaum y Leisring, 2003).

En el contexto español, el programa de tratamiento para internos que han cometido delitos de violencia de género se aplicó por primera vez como una experiencia piloto en 2001 y 2002. Más tarde, en 2004, fruto de la evaluación de esta experiencia y la actualización de la intervención usada se elabora el Programa de Tratamiento en Prisión Para Agresores en el Ámbito Familiar (Secretaría General de Instituciones Penitenciarias, Doc 2, 2005). A partir de éste, se desarrollan multitud de iniciativas externas para intervención en situaciones de suspensión de condena. Se implanta y desarrolla el Programa de Intervención para Agresores de Violencia de Género (PRIA) (Secretaría General de Instituciones Penitenciarias, Doc 7, 2010). Más tarde, por la existencia de diversas situaciones penitenciarias se desarrolla el Programa de Intervención para Agresores de Violencia de Género en medidas alternativas (PRIA-MA, Secretaría General de Instituciones Penitenciaria, Doc10, 2015). Sin embargo, se comprueba que aunque así se establezca en la normativa, lo cierto es que en España la aplicación de un tratamiento no está asegurado con el hecho de ingresar en prisión. En un estudio del año 2011 sobre la población penitenciaria española se observa que solo el 40% de estas personas reciben una oferta institucional efectiva de un tratamiento adecuado. Esto puede ser debido a múltiples causas, como que el penado no cumpla con los requisitos necesarios para recibir el tratamiento, que no haya suficientes plazas en el centro o que no dispongan del tratamiento adecuado para esa persona en ese centro en concreto. (Secretaría General de Instituciones Penitenciarias, 2011). Además, cabe destacar que existe un Programa de empoderamiento de Mujeres en Prisión (Secretaría General de Instituciones Penitenciarias, Doc 21, 2019). De las mujeres encuestadas (88), el 75% de ellas habían sufrido algún tipo de maltrato por parte de su pareja. Así, el 30% de éstas (de las que habían sufrido una situación de violencia) siguen sufriendo acoso aun estando en prisión.

Siguiendo con la tipología de Johnson, se deberán utilizar diferentes muestras para elaborar tratamientos adecuados para cada tipo de violencia en la pareja. Por una parte, los estudios de población general pueden ser útiles para hacer programas de intervención y prevención para esta población común (es decir, violencia situacional de pareja según Johnson) y por otra parte, los estudios de muestras clínicas pueden ser necesarios para conocer mejor el fenómeno y aplicar medidas concretas de prevención terciaria y protección a esas mujeres (o sea, respecto a terrorismo en las relaciones íntimas, según Johnson) (Straus, 1997). La intervención debe ser específica al tipo de violencia del caso concreto, por ello se debe evaluar adecuadamente. En primer lugar, se debe considerar si la violencia es unidireccional o bidireccional y si se trata de terrorismo en las relaciones íntimas o violencia situacional de pareja. Si una mujer que sufre violencia situacional de pareja llega a un centro y el personal la cuestiona sobre victimizaciones asociadas con terrorismo en las relaciones íntimas, puede sentirse confundida y pensar que ese centro no es el adecuado para ella, y en consecuencia, puede que decida no usar esos servicios. De igual manera, a ciertas parejas se les aconseja utilizar servicios de resolución de conflictos conyugales como terapia conjunta o mediación (Stark, 2006; M.P. Johnson, y Leone, 2005). Esto puede ser adecuado en situaciones de violencia situacional de pareja (Stark, 2006), pero en casos en los que existe terrorismo en las relaciones íntimas puede poner en grave riesgo la salud de la mujer si se la anima a hablar sobre la violencia que sufre delante de su pareja (M.P. Johnson y Leone, 2005). Por el contrario, Stark considera que acudir al sistema de justicia cuando se experimentan situaciones de violencia situacional de pareja puede ser

contraproducente (2006). Desde la perspectiva feminista se suele rechazar la opción de la terapia de parejas para casos de VP, pero esto es debido a que su experiencia es con mayoría de mujeres que sufren terrorismo en las relaciones íntimas y en ese contexto, este tipo de solución no sería la más adecuada para intervenir. No solo tendrá efectos poco beneficiosos para la pareja, sino que puede significar un incremento del peligro para la víctima, fomentando nuevas agresiones si ésta no se hace con las debidas precauciones (Johnson M.P. 2009). Dutton y Nicholls también consideran que no existe una solución unitaria: para los casos más graves lo recomendable puede ser la encarcelación del victimario/a, y sin embargo, para otros lo más adecuado puede ser una terapia conyugal. (Dutton y Nicholls, 2005).

El tipo de intervención más oportuno dependerá del tipo de violencia que se trate. Para violencia situacional de pareja los más indicados son tratamientos cognitivo-conductuales, como los tratamientos de manejo de la ira, programas de habilidades psicosociales y de habilidades de la comunicación, entre otros. Para las personas que ejercen control coercitivo se debe evaluar si presentan algún trastorno de personalidad y evaluar qué otros factores han podido influir en su comisión de delitos de VP. Así pues tanto para éstos como para los que ejercen violencia situacional y presentan tendencias e ideologías machistas se necesitaría un tratamiento psicoeducativo enfocado en la igualdad de género (Kelly y Johnson M.P. ,2009) además de valorar la utilidad de tratamientos cognitivo-conductuales. Las personas que han estado o están en relaciones con violencia situacional de pareja se pueden beneficiar mucho de una mediación, ya que no supone un riesgo para ninguno de los dos y puede solucionar conflictos de la pareja. También las personas que han sufrido violencia que surge en los contextos de separación por la custodia de los hijos etc., podrían beneficiarse de la mediación. Pero en todos los casos se debe hacer una evaluación del riesgo apropiada y establecer las dinámicas de control previamente. Para parejas con control coercitivo, en el caso de considerarse la mediación, pese a no ser lo más indicado, deben hacerse entrevistas por separado con órdenes de protección y estableciendo todas las debidas precauciones (Kelly y M.P. Johnson, 2008). Los tratamientos de terapia cognitivo conductual son los más adecuados para personas que ejercen violencia situacional de pareja. En estos tratamientos se enseñan habilidades interpersonales, manejo de emociones como la ira o de estados emocionales negativos, como el estrés, se trabajan sus habilidades de comunicación... todas estas técnicas en conjunto hacen que se prevenga que un conflicto escale a violencia verbal, y de ahí, la posibilidad a que se agrede físicamente (M.P. Johnson, 2001; Kelly y M.P. Johnson, 2008; Ronfeldt et al. 1998; Straus, 2011). Dentro de los programas de tratamiento, uno de los objetivos que se suelen establecer es la asunción de responsabilidad de los hechos cometidos y la modificación de patrones cognitivos, entre ellos, modificar las distorsiones cognitivas (Loinaz, 2014). Incluso hay intervenciones centradas en la Confrontación de Creencias que han demostrado efectividad similar a otros programas como los de gestión de la ira (Russell, 2002; citado en Loinaz, 2014). Sin embargo, no conviene centrarse exclusivamente en las distorsiones cognitivas o mecanismos de defensa de los agresores/as, sino que esto debe ser una etapa principal de todos los tratamientos. Así, la empatía, la toma de conciencia de su patrón de comportamiento y la responsabilización del agresor respecto a los actos cometidos se ven insertos en todos los programas de tratamiento como paso previo indispensable para un cambio terapéutico adecuado (Boira, 2010). Los programas para abuso de sustancias pueden resultar útiles y complementar también a las intervenciones para violencia de pareja si éstas eran precipitantes de esta violencia junto con otros factores situacionales (Buzawa y Buzawa, 2013).

Respecto al hecho de que el número de tratamientos de violencia en la pareja dirigidos a mujeres es bastante reducido en un estudio donde se analizaron 53 protocolos de intervenciones para perpetradores/as de VP se observa que el 55% de ellos, es decir, 29 de los 53 protocolos indicaban que la violencia era en la mayoría de los casos unidireccional y que por ello había que tratar a los hombres. De estos 29, el 27% decían que las mujeres suelen ser víctimas. El 38% estaban programados para ser utilizados con hombres, el 13% estaban escritos refiriéndose solo a hombres, por lo que el 51% asumían que los hombres eran los que perpetraban violencia. El resto estaban escritos en términos neutrales al género o eran vagos en los conceptos respecto al género. Solo un programa estaba enfocado específicamente a la intervención con mujeres (Kernsmith y Kernsmith, 2009). La mayoría de las intervenciones o programas de tratamiento para personas que ejercen VP están desarrollados para hombres que ejercen VP y el marco teórico es el del hombre perpetrador. Por ello, pueden ser poco efectivos en mujeres. Es necesario estudiar más el fenómeno para poder desarrollar tratamientos efectivos para mujeres que agreden a sus parejas (Bair-Merritt et al. 2010). El que haya cada vez mayor número de mujeres detenidas por VP ha hecho que se desarrollen tratamientos específicos para mujeres, ya que pueden tener necesidades criminógenas específicas. En algunos que se ofrecen a mujeres que ejercían resistencia violenta se interviene con una terapia parecida a la de víctimas de terrorismo en las relaciones íntimas. Ahora bien, la evaluación previa a aplicar el tratamiento debe ser adecuada, ya que si se las considera víctimas pero eran ejecutoras de violencia situacional de pareja, entonces necesitarían un tratamiento cognitivo conductual y no un tratamiento de prevención de riesgos y victimización, que es el que se aplica a víctimas de control coercitivo (Kelly y M.P. Johnson, 2008). Graham-Kevan y Archer, por su parte consideran que el tratamiento debe aplicarse tanto a hombres como a mujeres. Sugieren que primero debe darse un módulo de manejo de la ira, y cuando hayan mejorado en la regulación emocional, se puede establecer un curso de medidas de resolución de conflictos pacíficas. Las personas que perpetran terrorismo en las relaciones íntimas necesitarán cursos específicos sobre el control y la dominación (Graham-Kevan y Archer, 2008).

Para poder desarrollar **tratamientos efectivos**, debemos desarrollarlos para cada tipo de VP que existe, y por ello se necesitan herramientas para evaluar qué tipo de VP se da en cada caso. Se necesitan por tanto, nuevos tratamientos que evalúen quién ejercía violencia en esa relación y qué tipo de violencia era, si existía coerción y control por parte de alguno o ambos, con qué frecuencia, si era control situacional o generalizado. El tratamiento debe ir acorde a las necesidades criminógenas de las personas a tratar, y para ello se debe evaluar a ambos (Johnson M.P. 2009; Straus, 2010, 2011, 2015; Graham-Kevan et al. 2012; Larsen y Hamberger, 2015). Por cuestiones de seguridad es mejor tratar todo inicialmente como terrorismo en las relaciones íntimas para prevenir que ocurran nuevas agresiones. Después de tener varias reuniones separadas con ambos, y cuando hay seguridad de que se está tratando con un caso de violencia situacional de pareja, se puede tratar de implantar una terapia de parejas. En primer lugar, se debe establecer cuál es la fuente de los conflictos en la pareja, en segundo lugar, detectar si existen problemas psicológicos o de personalidad, como por ejemplo, pocas habilidades de comunicación o de control de impulsos, y tratar estos factores (Johnson M.P. 2009). Por ejemplo, en Illinois se tiene en cuenta la tipología de Johnson (2001) para detectar el tipo de violencia que ejerce la persona que entra en el servicio, pero se ha mostrado difícil de aplicar, sobre todo porque son personas con necesidades complejas: personas con múltiples factores de riesgo, tanto dinámicos como estáticos interrelacionados (Kelly y M.P. Johnson, 2008).

Dutton y Corvo critican que las políticas públicas que han surgido en países como Canadá y EE. UU. sobre violencia en la pareja estén basadas en una ideología en lugar de basarse en el conocimiento científico. En varios estados se prohíbe intervenir con las parejas en las que existe violencia y tratar problemas como el manejo de la ira, habilidades de comunicación y otras terapias para dar herramientas sociales a las personas que tienen interacciones violentas en la pareja. Aunque se ha probado que en la violencia en la pareja intervienen múltiples factores de riesgo que interactúan entre sí, la política actual y las decisiones sobre detenciones e intervención se basan en que la causa de esta violencia es el patriarcado. La etiología de la VP es compleja y está conformada por diferentes causas: situacionales, culturales, individuales e interpersonales (2006).

De esta manera, Straus también apunta que los motivos que hay detrás de la mayoría de VP son ira, frustración y algún comportamiento de la pareja que no les agrada, tanto para hombres como mujeres (Straus, 2011). Ahora bien, mejorar la igualdad en las relaciones debe ser una prioridad de prevención, ya que se ha establecido que la dominación por cualquiera de las partes hace que la probabilidad de violencia física aumente (Straus, 2008). Además, la violencia bidireccional debe ser considerada como un factor de riesgo respecto a violencia que producirá más heridas y más frecuentemente, por ello, se deben estudiar las dinámicas diádicas de VP. Otro punto a destacar es que las intervenciones deben atender las actitudes hacia el género y concepciones de masculinidad y las normas de género para poder prevenir ciertos tipos de VP (Fulu et al. 2013), muy probablemente terrorismo en las relaciones íntimas. En definitiva, se debe evaluar a ambas partes de la pareja y tratar así a ambas. Además, conviene analizar si existe control por alguna o ambas partes, y sobretodo, cualificar de violencia situacional o terrorismo íntimo ya que el tratamiento deberá ser modificado en consonancia.

5.3. La mejor medida a largo plazo, la prevención del delito

Los programas de prevención también deben ser específicos al tipo de VP (M.P. Johnson, 2001, 2009). Para terrorismo en las relaciones íntimas se considera necesario establecer programas de educación en igualdad, respeto mutuo y afectivo-sexuales. Además, se debe mejorar la detección de casos de terrorismo en las relaciones íntimas incipientes (en la escuela o centros sanitarios). Otra forma de prevenir lesiones es implantar programas de prevención situacional de victimización, es decir, enseñar a las víctimas estrategias de seguridad y ayudarlas a escapar de la relación. Para prevenir la violencia situacional de pareja, los programas más efectivos son los de manejo de emociones como ira, tensión, estrés y también habilidades de comunicación (M.P. Johnson, 2009) aunque los que ejercen terrorismo íntimo también se puedan beneficiar de ellas.

Jewkes considera que la prevención primaria debe ser una prioridad junto con la detección de casos por el sector sanitario (Jewkes, 2002). Así, **la prevención primaria** debe ser un programa dirigido a todas las personas, niños y niñas (Dutton, 2008; Straus, 2008, 2015). Algo que debe considerarse es el hecho de que en la mayoría de estos programas solo se habla de la violencia que ejercen hombres, y para poder prevenir la violencia situacional se debe hablar tanto de violencia ejercida por hombres como de mujeres. En esta misma línea, los ejemplos de víctimas y agresores deben considerar a ambos géneros (Straus, 2015). Establecer programas de prevención de violencia en la pareja en entornos educativos es la mejor herramienta a largo plazo. En primer lugar, porque se imparte a toda la comunidad estudiantil, en segundo lugar, porque se les informa de los comportamientos que constituyen violencia para que puedan detectar comportamientos abusivos en la fase inicial, en tercer lugar, los programas propuestos por Dutton son los de herramientas de

resolución de conflictos, de habilidades psicosociales e interpersonales e inteligencia emocional, ya que éstas son las herramientas más efectivas para evitar que los conflictos escalen a violencia verbal y en algunos casos a violencia física (Dutton, 2008). En el caso de violencia doméstica, Steinmetz propone un método a largo plazo para eliminar progresivamente el maltrato a las/os niñas/os por medio de la concienciación a la sociedad de las posibles consecuencias del uso de violencia física y verbal a los/as niños/as. También promueve impartir cursos para padres y madres donde se enseñen alternativas no violentas de resolución de conflictos, lo que podría reducir considerablemente el riesgo de estos sujetos, tanto a perpetrar como sufrir VP posteriormente (1977).

En los escasos programas de prevención que se establecen se suele hablar de la violencia hombre-mujer. Este es un aspecto que se debe mejorar ya que se ha visto que los hombres tienen problemas adicionales para ser conscientes de que sufren violencia de pareja. Se debe educar a los hombres para que detecten esta violencia y también se les debe informar sobre los lugares donde pueden acudir si son víctimas de VP. En concreto, se ha visto que los hombres homosexuales tienen mayores problemas para identificarse como víctimas, por lo tanto, es necesario informales sobre qué situaciones pueden considerarse VP homosexual, y para ello es necesario que se elaboren más investigaciones sobre el tema (Morgan et al. 2016).

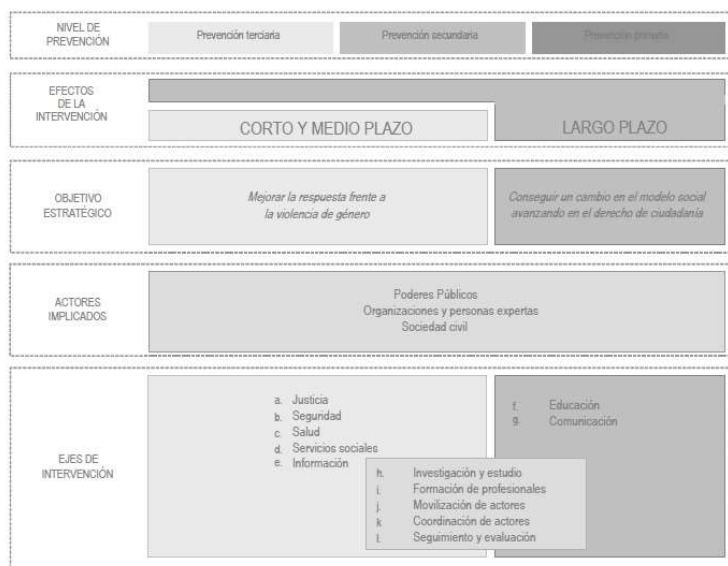


Ilustración 5(Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2007-2008, p.5)

Otras formas indirectas de reducir la VP puede ser el apoyo económico, definido como: “asistencia/apoyo que se da a familias para que puedan atender sus necesidades básicas como nutrición, alojamiento, salud y vestido, aliviando así factores estresantes relacionados con vivir en el límite de la pobreza”. Además, este tipo de apoyo puede mejorar los niveles de estrés que existen en la pareja y disminuir los conflictos que existen por temas económicos, sobre todo asociados con violencia situacional de pareja. En relaciones donde existe terrorismo en las relaciones

íntimas, una falta de recursos económicos puede hacer que sea más difícil para la víctima dejar la relación. Además, si la persona que ejerce control también ejerce abuso económico, estas dificultades se pueden ver incrementadas. Este abuso económico puede realizarse por parte de la persona que ejerce terrorismo en las relaciones íntimas para evitar que la víctima pueda huir al hacerla económicamente dependiente. Existen otras políticas públicas de ayuda económica que pueden intervenir de manera indirecta, como la subida del Salario Mínimo Interprofesional, programas de asistencia de comida, que repercutirán positivamente en la situación económica de aquellas familias más desfavorecidas. Algunas medidas para mejorar la independencia económica de las mujeres, y por tanto favorecer su huida en caso necesario, son los programas de empleabilidad y otros cursos. También deben ser consideradas otras ayudas para víctimas de VP, como centros de acogida temporal o permanente para cuando deciden huir (Matjasko et al. 2013).

Dentro de la prevención terciaria, la formación del personal sanitario para detectar casos de VP se considera imprescindible (Kurz, 1990). Las instituciones de salud son un lugar seguro para que un paciente pueda recibir información legal y sobre servicios de los que puede beneficiarse. Identificar los casos donde podría estar dándose VP, informar adecuadamente al paciente, empoderarla para que ella pueda escoger si quiere acceder a los servicios comunitarios y hacerlo cuando se sienta segura. La detección de VP por los profesionales sanitarios debería ser la norma y no la excepción, pero para ello hace falta un cambio de actitud, además esta detección se considera segura, confidencial y efectiva, tanto en prevenir nuevas agresiones como en reducir la gravedad de otras (Coker, 2006).

En una investigación de observación participante en tres hospitales se dio una formación de una hora al personal sanitario. Solo el 10% de los casos de observación participante fueron denominados “positivos”, es decir, el miembro del personal sanitario hizo más de una pregunta para indagar si la persona que era sospecha de ser víctima de VP, lo era en realidad. En el 47% de los casos, los profesionales hacían una respuesta “parcial”, lo que significa que solo hicieron una pregunta al paciente y dieron por finalizada la intervención en el menor tiempo posible, otorgando así prioridad al resto de pacientes. Entre las razones que dio el personal sanitario para no hacer una buena evaluación era la falta de tiempo o considerar que cuestionar al paciente sobre VP podía ser intrusivo (Kurz, 1990).

De manera similar, en un metaanálisis se comprueba que aunque la mayoría de centros disponen de protocolos relativos a la detección de VP, el personal sanitario identifica pocos casos comparado con los que se tiene conocimiento que existen. La capacidad para detectar los casos, aunque exista un protocolo, es baja. La mayoría de los impedimentos para que hubiera una buena detección coincidían con los del anterior estudio: “falta de tiempo, que el paciente no lo contara y el miedo del paciente por repercusiones de contarlo” (Waalén et al. 2000, p.235). Se vio que si los programas educativos que se proporcionaban solo incluían formación teórica se mejoraban los conocimientos del personal sobre la VP pero no había cambios en las técnicas utilizadas por éstos para cuestionar al paciente sobre la posibilidad de existencia de VP. Sin embargo, si además de formación académica se incluían preguntas o técnicas para cuestionar a los pacientes sobre VP, la efectividad de estos profesionales en detectar VP se veía mejorada, además de que aumentaban el número de profesionales que preguntaban acerca de la existencia de VP al paciente (Waalén et al. 2000).

5.4. Predicción de violencia en la pareja

La predicción del riesgo en Europa y EEUU comienza en los años 70 mientras que en España llega un poco más tarde (sobre los 90). El desarrollo de instrumentos de predicción del riesgo ha promovido el cambio de diagnóstico de peligrosidad a valoración del riesgo de reincidencia. Entre otros factores, la mediatización de algunos casos de violencia ha influido en la financiación gubernamental de medios preventivos en España. De esta manera, España ha adaptado instrumentos preexistentes como SARA (*Spousal Assault Risk Assessment Guide*, Kropp et al., 1995), dando lugar a una versión más adecuada a su población (López Ferré y Andrés-Pueyo, 2007) aunque también han elaborado los suyos propios como RisCanvi, utilizado en el sistema penitenciario catalán. (Arbach-Lucioni y Andrés-Pueyo, 2016). También se han desarrollado algunos instrumentos en diferentes Comunidades Autónomas como el RVD-BCN (Protocol de Valoració del Risc de Violència de Parella Contra la Dona) catalán, el EPV-R (Escala de Predicción de Riesgo de Violencia Grave contra la

Pareja Revisada, Echeburúa et al. 2010) vasco y VPR de Cantabria y Asturias. El primero es utilizado por el Circuit Barcelona (Red de Apoyo contra la Violencia de Género de Barcelona) compuesta por atención sanitaria, legal y educativa. Se elabora para ayudar a los profesionales de salud mental y policía (Ertzaintza) a identificar las medidas de protección más adecuadas a cada situación. La segunda escala se elabora para evaluar la probabilidad de que la mujer sufra violencia grave o la probabilidad de homicidio. Se utiliza en el contexto forense, penitenciario o clínico. El VPR es usado tanto en la policía local como nacional. (Arbach-Lucioni y Andrés-Pueyo, 2016).

Estas herramientas se construyen concatenando los factores de riesgo de violencia en la pareja y valorando la probabilidad de reincidencia. Así, la utilidad principal de éstas es prevenir que una agresión nueva en la pareja se produzca, además de favorecer el proceso de toma de decisiones en consonancia con la valoración del riesgo. Estas herramientas pueden por tanto, reducir la criminalidad, puesto que se reducirá la posibilidad de que ciertas personas reincidan (López-Ferré y Andrés Pueyo, 2007).

Al aplicar estas herramientas de predicción del riesgo se obtiene una puntuación favorable o negativa que podrá ser usada para tomar ciertas decisiones. La EPV valora el riesgo de que vuelva a darse violencia grave y cuantifica el riesgo en nivel bajo, moderado o alto. Se valoran cinco categorías: “datos, personales, la situación de la relación de pareja, tipo de violencia, perfil del agresor y vulnerabilidad de la víctima” (Andrés-Pueyo y Echeburúa, 2010, p.407).

Además, si se analizan herramientas de predicción del riesgo, algunos de los factores de riesgo específicos de violencia en la pareja hombre-mujer son “las actitudes de rol de género tradicionales, creencia de superioridad masculina, tolerancia hacia la violencia e insatisfacción de la pareja” (López Ferré & Andrés-Pueyo, 2007). Sin embargo, éstos no se ven reflejados en las herramientas de predicción del riesgo EPV-R ni RVD-BCN. Por una parte, la EPV-R consideran factores de riesgo específicos de la violencia hombre-mujer como una separación reciente, acoso o quebrantamiento de orden de alejamiento, escalada de la violencia y celopatía o control, siendo todos estos factores de riesgo para una nueva agresión. Aunque como bien se ha dicho no considera elementos específicos de la violencia contra las mujeres como las antes mencionadas. Es cierto que al ser una herramienta enfocada a la predicción de nuevas agresiones graves que puedan poner en peligro la integridad física de la víctima o su vida, se pueden necesitar elementos que incrementen el riesgo de estas conductas y no otras más leves (Echeburúa et al. 2010).

Por lo general, se puede observar que estas herramientas se basan en factores individuales en su mayoría o incluso factores de riesgo basados en su historial de delincuencia previo y otros factores precipitantes de una agresión como el consumo de alcohol.

Por una parte, Straus considera que los factores de riesgo para VP son frustración, ira, algún comportamiento que no gusta de la pareja y se quiere cambiar. Suele estar asociado a pobres herramientas de comunicación, pocas habilidades de resolución de conflictos de manera pacífica y pocas habilidades de manejo de la ira, estrés etc. (Straus, 2010). Sin embargo, la etiología de la violencia crónica y severa, que provoca grandes heridas y que utiliza tácticas de control coercitivo [llamado terrorismo en las relaciones íntimas por Johnson] y de la violencia situacional de pareja, es probable que disten en causas y factores de riesgo.

Por otra parte, lo que Johnson argumenta es que la mayoría de estudios que se han realizado sobre factores de riesgo ha sido con muestras aleatorias poblacionales, es decir, la mayoría de los estudios sobre factores de riesgo estarán sesgados a favor de violencia situacional de pareja. O sea,

estos factores de riesgo lo son para la ocurrencia de la violencia situacional pero no para terrorismo en las relaciones íntimas. Además, la mayoría son factores personales y no suelen tener en cuenta los factores estructurales (M.P. Johnson, 2008). Los factores de riesgo, como problemas de comunicación, pueden incrementar las probabilidades de violencia situacional de pareja (Johnson 2006) pero no tienen por qué ser un factor de riesgo para terrorismo en las relaciones íntimas. Por ejemplo, la relación entre terrorismo en las relaciones íntimas y educación pobre era positiva mientras que no se encontró relación entre violencia situacional de pareja con la educación (M.P. Johnson 2008).

De esta manera, cuando se analiza la transmisión intergeneracional de la violencia se puede ver que la relación entre haber crecido en una familia violenta y convertirse en agresor en la pareja de adulto es baja-moderada. M.P. Johnson considera que esto es debido a que no se diferenciaba entre tipos de VP. Por ello, analiza los datos del metaanálisis de Stith et al. (2000), teniendo en cuenta los datos del análisis de las muestras de Pittsburgh. La conclusión es que la relación entre haber tenido una familia violencia y que un hombre se convierta en perpetrador de VP está relacionado con el tipo de muestra que se escoja (es decir, más relacionado con muestras clínicas o de agencia). De hecho, para las muestras de agencia mostraban tres veces más de relación que las muestras poblacionales (M.P. Johnson, 2008). Por consiguiente, se deben estudiar diferentes factores de riesgo para los diferentes tipos de VP. Cuanto más se desarrolle esta tipología y las consecuencias y dinámicas sean más estudiadas para cada tipo de violencia, mejor será la intervención que se podrá desarrollar para cada tipo de VP. En ese estudio en concreto se puede ver la interrelación entre diversos factores como la pobreza, VP, clase socioeconómica y sus oportunidades educacionales y laborales (Leone et al. 2004).

Así, con la intención de estudiar los factores de riesgo asociados a uno u otro tipo de violencia Michalski crea 3 modelos: en el primero no se diferencia entre tipos de violencia y el género no se muestra como un factor significativo. En el modelo 2 se incluye la violencia terrorismo en las relaciones íntimas y en el modelo 3, la violencia situacional de pareja. El segundo modelo explica el 34.2% de la varianza de la violencia de terrorismo en las relaciones íntimas. Para este tipo de violencia se muestran como factores de riesgo ser mujer, joven, la presencia de niños (más de tres), ser aborígenes y declarar violencia sobre una expareja. De esta manera, ser mayor de 45 años hacía dos veces más probable que una mujer fuera víctima de terrorismo en las relaciones íntimas mientras que las personas jubiladas mostraban una relación inversa, siendo pues menos probable sufrir terrorismo en las relaciones íntimas si se encontraban en esta edad. En el modelo 3, el género invierte su relación y muestra ser un factor de riesgo para hombres. El ser una persona jubilada y la presencia de menores a su cargo eleva el riesgo de sufrir violencia situacional de pareja mientras que formar parte de una minoría tiene una relación inversa con sufrir violencia situacional de pareja. Además, la educación muestra ser una variable no significativa, mientras que tener alguna vulnerabilidad física muestra ser un factor de riesgo para sufrir este tipo de violencia (Michalski, 2005). El análisis enfocándose en factores de riesgo para ambos tipos de violencia ha tenido resultados fructíferos, estableciéndose diferencias entre factores de riesgo para uno y otro tipo de violencia. Así pues, para estudiar VP es necesario establecer primero una tipología o distinción, ya que la naturaleza, contexto, los motivos o consecuencias de uno y otros, van a ser potencialmente muy distintos (Michalski, 2005) Lo que corrobora lo establecido por Johnson. Sin embargo, para que el estudio de los factores de riesgo basado en la tipología de Johnson sea adecuado se deben tener en cuenta los factores de riesgo de todos los niveles: macrosistema, exosistema, microsistema e individual.

Conclusiones

En primer lugar, el conflicto entre simetría y asimetría se ha analizado por haber sido objeto de múltiples estudios y por ser, según mi opinión, parte fundamental de la tipología de Johnson. Así, para explicar la consideración de éste acerca del sesgo de las muestras e investigaciones, se veía necesario revisar los principales postulados de la perspectiva feminista y la de la violencia intrafamiliar. De esta manera, se ha podido concluir que obtienen resultados distintos e incluso en algunos casos contradictorios por el diferente objeto de estudio, la mayor o menor importancia otorgada a la motivación y el contexto y la diferente definición de violencia de pareja. Sin lugar a dudas, la teoría de M.P. Johnson de que las perspectivas estudian dos fenómenos distintos parece acertada. Por otro lado, observando los métodos y niveles de análisis de la perspectiva feminista y de la de violencia intrafamiliar se puede comprobar que la primera usa explicaciones estructuralistas mientras que la segunda se centra en factores psicológicos y a veces de interacción. Considero conveniente que las teorías causales sobre la violencia en la pareja se establezcan mediante un modelo ecológico donde se pueda estudiar la amplia variabilidad de factores que influyen y su interacción.

En segundo lugar y manteniendo relación estrecha con el primer punto, cabe decir que en la actualidad se acepta que las mujeres pueden agredir en la pareja y en el entorno doméstico. Es más, existe un sector de la criminología, la criminología feminista, que reivindica el estudio de la criminalidad femenina. Como en otras áreas de ciencias naturales y sociales, el androcentrismo hizo que las teorías criminológicas ignoraran e invisibilizaran a las mujeres como sujetos de investigación. Así, las teorías criminológicas han sido establecidas con sujetos de investigación hombres, y más tarde se ha intentado generalizar y aplicar estas teorías a la criminalidad de mujeres. Aunque para delitos poco graves las teorías tradicionales pueden explicar de manera limitada la delincuencia de mujeres o la diferencia entre la criminalidad de mujeres y hombres, es probable que se necesiten teorías especialmente enfocadas en la criminalidad de mujeres. La criminología feminista busca un análisis con perspectiva de género que deconstruya los estereotipos de género y los estudios tradicionales de la criminalidad para dar paso a una teoría que explique cómo afecta el género “normas, identidades.....instituciones y relaciones interpersonales que están mediadas por la dicotomía de género” (Steffensmeier y Allan, 1996) a la delincuencia de hombres y mujeres. Debe considerarse la construcción de una criminología feminista que estudie, no solo las diferencias y similitudes de los delitos de hombres y mujeres, sino una explicación que considere el patriarcado y la discriminación de las mujeres como un factor que influye en el sexismo que existe en la esfera delincencial. Debe tenerse en cuenta cómo afectan las normas de género y los roles sociales a la delincuencia, realizar un estudio adecuado de los diferentes contextos y motivaciones de mujeres y hombres para delinquir, considerando la desigualdad de género existente, entre otros. Así, debe tenerse en cuenta que en el caso de las mujeres, éstas presentan una doble dificultad: sufrir VP y ser víctimas de un sistema de poder desigual.

De este modo, considero que el debate sobre la asimetría o simetría de género se basa en un análisis individual de la influencia del género en la violencia en la pareja, es decir, la proporción de hombres y mujeres que ejercen violencia en la pareja. Así, cuando se vio en los estudios de la perspectiva de violencia intrafamiliar que las mujeres también ejercían violencia, se consideró que el género no influía. Desde mi punto de vista, un análisis sobre la influencia del género debería efectuarse también considerando su influencia en los niveles de interacción y estructural. Cabe decir

que desde algunos sectores feministas que pone en tela de juicio la dicotomía hombre-mujer como algo “natural” y no solo se considera al género un constructo social sino también al sexo. Por ello, la sociedad solo podrá ser igualitaria cuando se deconstruya toda forma dicotómica para dar paso a una sociedad sin roles de género. Desde la teoría *queer* (o teorías *queer* ya que no hay una postura unánime) y el feminismo lesbiano se busca “destruir esta dicotomía”, y con ello, eliminar la discriminación y desigualdad. Una problemática de esta perspectiva es que si se elimina la categoría mujer, difícilmente podrá ser reivindicada la discriminación y opresión del “ser mujer”, puesto que la identidad “mujer” no tendrá cabida. Otro efecto considerable sería que en la ley de violencia de género (LO 1/2004) ya no se podría hablar de la discriminación contra las mujeres. Por ello, este mismo trabajo se plantea sobre la dicotomía hombres-mujeres, y esto, en parte, es seguir legitimando este binarismo. La opresión de las mujeres se sostiene a través de la estructura dualista asimétrica inamovible que recorre todo el pensamiento occidental. Por esto, cabe pensar si valorar esta violencia en clave hombre-mujer es la perspectiva más útil o, por el contrario, reproduce el binarismo opresor.

En tercer lugar, creo que el género debe ser un factor primordial de análisis en la violencia en la pareja. Se ha comprobado que éste afecta tanto en la violencia hombre-mujer como mujer-hombre. El estudio de la violencia en la pareja se ha centrado en el análisis de la violencia física, la cual parece que afecta más a la salud mental y física de las mujeres que de los hombres. De esta manera, la violencia física mujer-hombre es despreciada y ridiculizada por las víctimas de ésta y el comportamiento que provoca miedo y distrés en los hombres es la violencia psicológica y emocional (Nybergh et al. 2016; Rosen et al. 2005). Así, se ha comprobado que algunas formas de violencia que las mujeres usan son la humillación y el menosprecio de los hombres que no se comportan como “tales”, es decir, presentar características que no pertenecen a la definición de la masculinidad hegemónica. Además, en sus relatos se advierte que el género es un factor que influye, ya que los insultos y humillaciones que las mujeres ejercen sobre éstos son homofóbicas y sexistas, degradando su masculinidad, y dañando por tanto, su autoestima y autoconcepto, además de su identidad de “hombre” (Nybergh et al. 2016; Rosen et al. 2005). Por consiguiente, que el estudio de la violencia en la pareja se centrara en la violencia física es en parte una de las razones por las que la violencia que sufren los hombres se ha considerado mínima o sin consecuencias graves. Por ello, una forma de aumentar la información sobre la violencia en la pareja, podría ser la realización de estudios con hombres refugiados en centros de acogida o que acuden en busca de ayuda formal y/o informal, para investigar qué tipo de violencia sufren y poder escuchar y entender sus relatos y cómo se relaciona el tipo de violencia sufrida con las consecuencias para su salud mental y física. Por consiguiente, valorar la influencia de los roles de género y la socialización diferenciada de mujeres y hombres debe ser una pauta para las investigaciones de violencia en la pareja. Además, considero que hombres y mujeres sobrellevan las situaciones de violencia de manera distinta. Por ello, no es de extrañar que cuando se comparan las consecuencias de violencia de hombres y mujeres, éstas sean distintas. Así, se ha visto que la violencia psicológica es más dañina para los hombres mientras que la física parece serlo para las mujeres. Estas diferencias en las consecuencias deben estudiarse en mayor profundidad con un análisis exploratorio que no se limite a comparar las consecuencias para mujeres y hombres sino que se establezca un estudio exploratorio de los patrones de ejercicio de violencia de hombres y mujeres y las consecuencias que pueden acarrear en las personas víctimas que lo sufren. En otras palabras, el género, los estereotipos y roles de género y la identidad de género son factores que influyen considerablemente en la VP, y por ello deben ser investigados en profundidad. Éstos pueden verse

complementados por estudios de violencia en la pareja LGTBIQ+, y de esta manera favorecer el desarrollo de teorías más acertadas y precisas.

En cuarto lugar, se debe considerar la relevancia de la tipología de Johnson para el estudio de violencia en la pareja. Considero que seguir con una línea de investigación donde se estudie la relación existente entre control y violencia en la pareja podría ser muy fructífera. Sin embargo, en virtud de lo analizado en este trabajo se puede ver que la mayoría de estudios obtienen resultados no concluyentes o contradictorios respecto a la tipología de Johnson y sus consideraciones. Por ello, cuestiono que se asegure que la violencia de control coercitivo es ejercida en su mayoría por hombres, ya que cuando se cuestiona a hombres víctimas no parece ser así. Asimismo, considero que las investigaciones con hombres víctimas deben proseguir para analizar las características que éstos presentan cuando sufren violencia de control coercitivo o violencia situacional de pareja. Además, en algunas investigaciones sobre las proporciones de la violencia situacional se ha visto que, según lo declarado por los hombres, la violencia situacional es mayormente ejercida por mujeres. Esta hipótesis podría explicar por qué en los estudios cuantitativos con muestras amplias de la perspectiva de la violencia intrafamiliar aparecía que las mujeres ejercían más violencia física que los hombres.

En quinto lugar, en algunos casos en los que la práctica jurisprudencial es compleja, como en los casos de riña mutua, desde la perspectiva de la criminología debería atenderse al contexto, motivación y objetivos de la violencia ejercida tanto de hombres como de mujeres. Por tanto, debe hacerse una evaluación del caso concreto, ya que en casos de violencia bidireccional la prueba del machismo o voluntad de dominación que se presume *iuris tantum* puede resultar más difícil de llevarse a cabo. Respecto a la práctica jurisprudencial, se cree que el uso de una herramienta adecuada de evaluación, como una versión de la tipología de Johnson, puede ayudar a clarificar cuáles son las conductas ejercidas por ambas partes de la pareja, lo que podría ayudar a calificar una situación de violencia en la pareja, en violencia bidireccional o unilateral, una de terrorismo íntimo o violencia situacional...y con esto puede facilitarse la calificación del tipo penal o falta. Si se establece que la situación evaluada de violencia consiste en que una persona ejerce terrorismo íntimo y otra que ejerce resistencia violenta, una y otra persona merecerán castigos distintos que sean proporcionales a los hechos cometidos y al contexto en el que se cometieron. Por el contrario, si se establece que existe violencia situacional bidireccional, podrán calificarse los hechos en consonancia, mereciendo ambos una pena similar. Por ello, cabría diferenciar también entre la violencia expresiva e instrumental, pudiendo considerarse la violencia expresiva producto de la situación y la violencia instrumental como una estrategia consciente e intencionada de dañar a la otra persona. Aunque se cree que implantar un modelo teórico similar al de Johnson en la práctica jurisprudencial podría ser muy útil y práctico, su implementación se considera difícil, entre otras cosas por la poca apertura a utilización de peritos psicológicos y criminológicos para evaluar los casos pendientes de resolución.

En sexto lugar, aunque desde la perspectiva penal, el objetivo sea castigar al reo por los actos cometidos, debe considerarse que existen otras opciones más útiles respecto a la prevención de la violencia como son la de justicia restaurativa o mediación en parejas que presentan violencia bidireccional. Siempre y cuando se esté considerando un maltrato de obra o una falta de lesiones, no así en casos en los que se produzcan heridas o daños físicos o psicológicos en la persona/s víctima/s de violencia. Debe atenderse pues, a las medidas que ofrezcan mejor rehabilitación de estas personas, como pudieran ser tratamientos del control y manejo de la ira o de las emociones, programas de habilidades de comunicación y psicosociales, programas de medidas alternativas de resolución de

conflictos. Si existen otros problemas en esas personas, como abuso de sustancias, trastornos de la personalidad o estilos de apego negativos deberán trabajarse también mediante tratamiento. Puede ser considerada la opción de terapia conjunta de parejas siempre y/o mediación cuando se establezca la situación de riesgo para ambas personas y se detecte que la violencia es bidireccional y no median comportamientos de control por ninguna de las dos partes. Además, los tratamientos deben acomodarse al caso concreto y se debe hacer una evaluación conjunta de la pareja. Sin lugar a dudas, la tipología de Johnson puede facilitar la evaluación previa del sujeto que va a recibir tratamiento, pudiendo así establecer los patrones de violencia ejercidos, y por tanto decidir cuáles son sus necesidades criminógenas y aplicarle el tratamiento más adecuado.

En séptimo lugar, intervenir mediante prevención en las edades más tempranas es la vía más efectiva para evitar la normalización de la violencia. Además, se deben implantar programas de educación afectivo-sexual para evitar que se consolide la creencia de que la coacción sexual no es violencia sexual. Otros programas que sería conveniente implantar son los de apoyo parental impartidos por profesionales de la psicología, la criminología y el trabajo social, siendo éstos una herramienta efectiva para promover sociedades más seguras en el largo plazo. Estos programas impulsan una educación y modelado en las familias adecuado, estableciendo niveles de educación con un nivel de límites y afecto adecuados. Asimismo, una educación en valores prosociales y en herramientas de resolución de conflictos pacíficas para progenitores, puede hacer que se reduzca el número de conflictos familiares que pueden llegar a escalar a violencia verbal y física, sobre todo la violencia situacional. Los programas de gestión de emociones, inteligencia emocional, habilidades de comunicación y educación sexual deben ser impartidos en todas las aulas para promover unas relaciones sanas, tanto para progenitores como para menores. Los tratamientos, tanto para víctimas como agresores de VP, deben estar contruidos con información, tanto de mujeres como de hombres. Por otra parte, una amplia parte de la prevención considera la educación en igualdad un requisito mínimo. La desigualdad de género sigue siendo un problema actual en el mercado laboral, caracterizado por el techo de cristal, la desigualdad salarial, las escasas posibilidades de formación, el suelo pegajoso y las dificultades para entrar en el mercado primario de trabajo. Todas estas circunstancias obstaculizan la independencia y autonomía de las mujeres. Por esto, las medidas para favorecer la igualdad de género deben ser prioritarias si se quiere reducir la violencia en la pareja y obtener sociedades más seguras e igualitarias. Según Stark, la desigualdad estructural debe ser el enfoque tomado para cualquier medida, ya que de esta desigualdad es donde se origina el control y la violencia en las parejas (2007).

En octavo lugar, se cree que el establecimiento de una herramienta de valoración del riesgo de violencia en la pareja utilizando la tipología de Johnson puede ser una opción efectiva en aras de prevenir que se produzcan nuevas agresiones en la pareja. Por ello, se debe tener en cuenta las diferentes características de los tipos de violencia y la posibilidad de que existan diferentes factores de riesgo dependiendo del tipo de violencia que se trate.

Para concluir, la VP ha demostrado ser un fenómeno complejo en el que intervienen múltiples factores (personales, de interacción, estructurales) que interactúan entre sí. Por ello, el modelo teórico utilizado debe considerar todos estos factores para explicar el fenómeno de violencia en la pareja heterosexual. Además, la VP no puede ser considerada un fenómeno unitario sobre el que se puedan generalizar resultados sin comprobar de qué tipo de VP se trata. Se deben estudiar por una parte todas las agresiones posibles en el contexto de violencia en la pareja (las tácticas de control, violencia física,

psicológica, sexual, abuso económico). Y por otra parte, cuáles son las dinámicas, contextos y frecuencia con que se utilizan éstas, ya que la utilización de unas u otras influirá en las consecuencias para las víctimas (físicas y psicológicas). La tipología de Johnson debe ser desarrollada y estudiada, teniendo en cuenta para ello que se deben utilizar muestras mixtas y se deben realizar preguntas sobre exparejas si se quiere obtener unos resultados concluyentes. El desarrollo de una escala de evaluación adecuada, basada en la tipología, sería una medida muy útil y práctica para ser implantada tanto en centros de refugio de víctimas como en la práctica jurisdiccional. Su utilización en el primer ámbito descrito puede mejorar la atención que se da a víctimas y mejorar el entendimiento de la victimización sufrida por estas, además de establecer si ciertas medidas, como las de alejamiento o protección, son necesarias en el caso concreto.

Referencias bibliográficas y material legislativo

- Abramsky, Tanya., Watts, Charlotte. H., García-Moreno, Claudia., Deies, Karen., Kiss, Ligia., Ellsberg., Jansen, Henrica AFM., y Heise, Lori. (2011). What Factor are Associated with Recent Intimate Partner Violence? Findings from the WHO Multi-Country Study on Women's Health and Domestic Violence? *BMC Public Health* 11, 109-126. <https://doi.org/10.1186/1471-2458-11-109>
- Amnistía Internacional España [@Amnistia_España]. (n.d) Tweets [Twitter profile]. Twitter. Recuperado 26 de Agosto de 2020, de <https://twitter.com/amnistiaespana/status/934084200638107649?s=09>
- Anderson, Kirstin. L. (2008). Is Partner Violence Worse in the Context of Control? *Journal of Marriage and Family*, 70(5), 1157-1168. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2008.00557.x>
- Anderson, Kristin L. (2010). Conflict, Power, and Violence in Families. *Journal of Marriage and Family*, 72(3), 726-742. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2010.00727.x>
- Anderson, Kristin L. y Umberson, Debra. (2001). Gendering Violence: Masculinity and Power in Men's Accounts of Domestic Violence. *Gender and Society*, 15(3), 358-380. <https://doi.org/10.1177/089124301015003003>
- Andrés-Pueyo, Antonio., López, Sandra. & Álvarez, Esther. (2008) "Valoración del Riesgo de Violencia contra la Pareja por medio de la SARA" *Papeles del Psicólogo* 29(1) 107-122. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/778/77829112.pdf>
- Andrés-Pueyo, Antonio., y Echeburúa, Enrique. (2010). Valoración del Riesgo de Violencia: Instrumentos Disponibles e Indicaciones de Aplicación. *Psicothema*, 22(3), 403-409.
- Ansara, Donna. L., y Hindin, Michelle. J. (2010). Exploring Gender Differences in the Patterns of Intimate partner Violence in Canada: a Latent Class Approach. *Journal of Epidemiology and Community Health*, 64(10), 849-854. <https://doi.org/10.1136/jech.2009.095208>
- Arbach-Lucioni, Karin., y Andrés-Pueyo, Antonio. (2016). Violence Risk Assessment Practices in Spain. En Jay P. Singh, Stål Bjørkly y Seena Fazel (Eds.). *International Perspectives on Violence Risk Assessment*, p.280-294. Oxford University Press. http://www.ub.edu/geav/wp-content/uploads/2017/06/Arbach_Andres_pueyo_2016.pdf
- Archer, John. (2000). Sex Differences in Aggression Between Heterosexual Partners: a Meta-Analytic Review. *Psychological Bulletin*, 126(5), 651-680. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.126.5.651>
- Archer, John. (2006). Cross-Cultural Differences in Physical Aggression Between Partners: a Social Role Analysis. *Personality and Social Psychology Review*, 10(2), 133-153. https://doi.org/10.1207/s15327957pspr1002_3
- Archer, John., y Graham-Kevan, Nicola. (2003). Physical Aggression and Control in Heterosexual Relationships: the Effect of Sampling. *Violence and Victims*, 18(2), 181-196. <https://doi.org/10.1891/vivi.2003.18.2.181>
- Archer, John., y Haigh, Anadelle. (1999). Sex differences in Beliefs about Aggression: Opponent's Sex and the Form of Aggression. *The British Journal of Social Psychology* 38(1)71-84. <https://doi.org/10.1348/014466699164040>
- Asamblea General de Naciones Unidas (2011). Informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, de 17 de Noviembre, de Leyes y prácticas discriminatorias y actos de Violencia Cometidos contra Personas por su Orientación Sexual e Identidad de Género. (A/HRC/19/41). https://www.ohchr.org/Documents/Issues/Discrimination/A.HRC.19.41_spanish.pdf
- Bair-Merritt, Megan H., Crowne, Sarah Shea., Thompson, Darcy A., Sibinga, Erica., Trent, Maria., y Campbell, Jacquelyn. (2010). Why Do Women Use Intimate Partner Violence? A Systematic Review of Women's Motivations. *Trauma, Violence & Abuse*, 11(4), 178-189. <https://doi.org/10.1177/1524838010379003>
- Bandura, Albert. (1963). The Role of Imitation in Personality Development. *The Journal of Nursery Education*, 18(3), 207-215.
- Bandura, Albert. (1969). Social-Learning Theory of Identificatory Processes. En D.A. Goslin (Ed.), *Handbook of Socialization Theory and Research* (pp.213-262). Chicago: Rand McNally.
- Bandura, Albert. (1971). Vicarious and Self-Reinforcement Processes. En R. Glasser (Ed.), *The Nature of Reinforcement* (pp.228-278). New York: Academic Press.
- Bates, Elizabeth., Graham-Kevan, Nicola., y John, Archer. (2014). Testing Predictions From the Male Control Theory of Men's Partner Violence. *Aggressive Behavior*, 40(1), 42-55. <https://doi.org/10.1002/av.21499>

- Bates, Elizabeth A., y Graham-Kevan, Nicola. (2016). Is the Presence of Control Related to Help-Seeking Behavior? A Test of Johnson's Assumptions Regarding Sex Differences and the Role of Control in Intimate Partner Violence. *Partner Abuse*, 7(1), 3-25. <https://doi.org/10.1891/1946-6560.7.1.3>
- Birkley, Erica L., y Eckhardt, Christopher I. (2015). Anger, Hostility, Internalizing Negative Emotions, and Intimate Partner Violence Perpetration: A Meta-Analytic Review. *Clinical Psychology Review*, 37, 40-56. <https://doi.org/10.1016/j.cpr.2015.01.002>
- Boira, Santiago. (2010). *Hombres Maltratadores: Historias de Violencia Masculina*. Prensas Universitarias de Zaragoza Sagardiana.
- Bolea, Carolina. (2011). Integridad Moral en Mirentxu Corcoy (Dir.), *Derecho Penal Parte Especial: Doctrina y Jurisprudencia con casos solucionados* (Tomo 1, pp.207-215.) Tirant lo Blanch: Valencia.
- Boonzaier, Floretta. (2008). 'If the Man Says Sit, Then you Must Sit': The Relational Construction of Woman Abuse: Gender, Subjectivity and Violence. *Feminism & Psychology*, 18(2), 183-206. <https://doi.org/10.1177/0959353507088266>
- Bookwala, Jamila., Sobin, Joelle., y Zdaniuk, Bozena. (2005). Gender and Aggression in Marital Relationships: a Life Span Perspective. *Sex Roles*, 52(11/12), 797-806. <https://doi.org/10.1007/s11199-005-4200-1>
- Bonnet, François (2015). Intimate Partner Violence, Gender, and Criminalisation: An Overview of American Debates. *Revue Française De Sociologie (English Edition)*, 56(2), 264-287.
- Bonomi, Amy E., Thompson, Robert. S., Anderson, Melisa., Reid, Robert. J., Carrell, David., Dimer, Jane. A., y Rivara, Frederick. P. (2006). Intimate Partner Violence and Women's Physical, Mental, and Social Functioning. *American Journal of Preventive Medicine*, 30(6), 458-466. <https://doi.org/10.1016/j.amepre.2006.01.015>
- Brage Cendán, Santiago B. (2012). La Violencia Machista: Análisis del Conflicto. *Estudios Penales y Criminológicos*, 32, 7-37.
- Buzawa, Eve S., y Buzawa, Carl G. (2013). What does Research Suggest are the Primary Risk and Protective Factors for Intimate Partner Violence (IPV) and what is the Role of Economic Factors? *Journal of Policy Analysis and Management*, 32(1), 128-137. <https://doi.org/10.1002/pam.21668>
- Cavanagh, Kate., Dobash, R Emerson., Dobash Russell P., y Lewis, Ruth. (2001). 'Remedial Work': Men's Strategic Responses to Their Violence Against Intimate Female Partners. *Sociology*, 35(3), 695-714. <https://doi.org/10.1017/S0038038501000359>
- Campbell, Jacquelyn. C. (2002). Health Consequences of Intimate Partner Violence. *The Lancet*, 359(9314), 1331-1336. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(02\)08336-8](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(02)08336-8).
- Cannon, Clare., Lauve-Moon, Katie., y Buttell, Fred. (2015). Re-Theorizing Intimate Partner Violence through Post-Structural Feminism, Queer Theory, and the Sociology of Gender. *Social Sciences*, 4, 668-687. <https://doi.org/10.3390/socsci4030668>
- Chan, Ko Lin. (2011). Gender Differences in Self-Reports of Intimate Partner Violence: a Review. *Aggression and Violent Behavior*, 16(2), 167-175. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.02.008>
- Coker, Ann. L. (2006). Preventing Intimate Partner Violence: How we Will Rise to this Challenge. *American Journal of Preventive Medicine*, 30(6), 528-529. <https://doi.org/10.1016/j.amepre.2006.03.002>
- Coker, Ann L., Davis, Keith. E., Arias, Ileana., Desai, Sujata., Sanderson, Maureen., Brandt, Heather M., y Smith, Paige H. (2002). Physical and Mental Health Effects of Intimate Partner violence for Men and Women. *American Journal of Preventive Medicine*, 23(4), 260-268. [https://doi.org/10.1016/s0749-3797\(02\)00514-7](https://doi.org/10.1016/s0749-3797(02)00514-7)
- Dahlberg, Linda L., y Krug, Etienne G. (2002). Violence-a Global Public Health Problem. En Krug, Etienne G., Dahlberg, Linda L., Mercy, James A., Zwi, Anthony B., y Lozano, Rafael.(Eds.) World Health Organisation. Geneva. *World Report on Violence and Health* (pp. 1-22).
- DeKeseredy, Walter.S. (2011). Feminist Contributions to Understanding Women Abuse:Myths, Controversies, and Realities. *Aggression and Violent Behavior*, 16(4), 297-302. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.04.002>
- DeKeseredy, Walter S., Dragiewicz, Molly., y Schwartz, Martin D. (2017). Conceptualizing Separation/Divorce Violence against Women. En *Abusive Endings: Separation and Divorce Violence Against Women*, p. 1-28. University of California Press.

- Dixon, Louise., y Graham-Kevan, Nicola. (2011). Understanding the Nature and Etiology of Intimate Partner Violence and Implications for Practice and Policy. *Clinical Psychology Review*, 31(7), 1145-1155. <https://doi.org/10.1016/j.cpr.2011.07.001>
- Dobash, Russell P. y Dobash, R. Emerson. (1981). Community Response to Violence Against Wives: Charivari, Abstract Justice and Patriarchy. *Social Problems*, 28(5), 563-581. <https://doi.org/10.2307/800231>
- Dobash, R Emerson. Y Dobash, Russell P. (1984). The Nature and Antecedents of Violent Events. *The British Journal of Criminology*, 24(3), 269-288. Recuperado 22 de junio de 2020 de <http://www.jstor.com/stable/23636824>
- Dobash, Russell P., Dobash R Emerson., Wilson, Margo. y Daly, Martin. (1992). The Myth of Sexual Symmetry in Marital Violence. *Social Problems*, 39(1), 71-91. <https://doi.org/10.2307/3096914>
- Dobash, Russell P., y Dobash, R. Emerson. (2004). Women's Violence to Men in Intimate Relationships: Working on a Puzzle. *The British Journal of Criminology*, 44(3), 324-349. <https://doi.org/10.1093/bjc/azh026>
- Dutton, Donald G. (2008). My Back Pages: Reflections of Thirty Years of Domestic Violence Research. *Trauma, Violence, & Abuse*, 9(3), 131-143. <https://doi.org/10.1177/1524838008319146>
- Dutton, Donald G. (2012). The Case Against the Role of Gender in Intimate Partner Violence. *Aggression and Violent Behavior*, 17(1), 99-104. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.09.002>
- Dutton, Donald G., y Nicholls, Tonia, L. (2005). The Gender Paradigm in Domestic Violence Research and Theory: Part 1-The Conflict of Theory and Data. *Aggression and Violent Behavior*, 10(6), 680-714. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2005.02.001>
- Dutton, Donald G., y Corvo, Kenneth. (2006). Transforming a Flawed Policy: a Call to revive psychology and Science in Domestic Violence Research and Practice. *Aggression and Violent Behavior*, 11(5), 457-483. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2006.01.007>
- Eagly, Alice.H., y Wood, Wendy. (1991). Explaining Sex Differences in Social Behavior: A Meta-Analytic Perspective. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 17(3), 306-315. <https://doi.org/10.1177/0146167291173011>
- Eagly, Alice H., y Wood, Wendy. (2012) Social Role Theory. En P. A. M. Van Lange, A. W. Kruglanski, & E. T. Higgins (Eds.), *Handbook of Theories of Social Psychology* (p.458-476). Sage Publications Ltd. <https://doi.org/10.4135/9781446249222.n49>.
- Echeburúa, Enrique., Amor, Pedro Javier., Loinaz, Ismael., y de Corral, Paz. (2010). Escala de Predicción del Riesgo de Violencia Grave contra la Pareja-Revisada-(EPV-R). *Psicothema*, 22(4), 1054-1060.
- Enander, Viveka. (2010). "A fool to Keep Staying": Battered Women Labeling Themselves Stupid as an expression of Gendered Shame. *Violence Against Women*, 16(1), 5-31. <https://doi.org/10.1177/1077801209353577>
- Esquivel-Santoveña, Esteban. Eugenio., y Dixon, Louise. (2012). Investigating the True Rate of Physical Intimate Partner Violence: a Review of Nationally Representative Surveys. *Aggression and Violent Behavior*, 17(3), 208-219. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2012.02.002>
- Felson, Richard B. (2000). The Normative Protection of Women from Violence. *Sociological Forum*, 15(1), 91-116.
- Felson, Richard B., Ackerman, Jeff., y Yeon, Seong-Jin. (2003). The infrequency of Family Violence. *Journal of Marriage and Family*, 65(3), 622-634. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2003.00622.x>
- Felson, Richard B., y Cares, Alison. C. (2005). Gender and Seriousness of Assaults on Intimate Partners and Other Victims. *Journal of Marriage and Family*, 67(5), 1182-1195. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2005.00209.x>
- Felson, Richard B. y Messner, Steven F. (2000). The Control Motive in Intimate Partner Violence. *Social Psychology Quarterly*, 63(1), 86-94. <https://doi.org/10.2307/2695883>
- Felson, Richard B., Savolainen, Jukka., y Ellonen, Noora. (2015). Gender, Provocation, and Intimate Partner Aggression. *Partner Abuse*, 6(2), 180-196. <https://doi.org/10.1891/1946-6560.6.2.180>
- Ferraro, Kathleen J. y Johnson, John M. (1983). How Women Experience Battering: the Process of Victimization. *Social Problems*, 30(3), 352-339. <https://doi.org/10.2307.800357>
- Flynn, Clifton P. (1987). Relationship Violence: A Model for Family Professionals. *Family Relations*, 36(3), 295-299. <https://doi.org/10.2307/583543>
- Fricze, Irene H. (1983). Investigating the Causes and Consequences of Marital Rape. *Signs: Women and Violence*, 8(3), 532-553.

- Fulu, Emma., Rachel, Jewkes., Roselli, Tim., y García-Moreno, Claudia. (2013). Prevalence of and Factors Associated with Male Perpetration of Intimate Partner Violence: Findings From the UN Multi-Country Cross-Sectional Study on Men and Violence in Asia and Pacific. *The Lancet Global Health*, 1(4), 187-207. [https://doi.org/10.1016/S2214-109X\(13\)70074-3](https://doi.org/10.1016/S2214-109X(13)70074-3)
- Gelles, Richard J. (1980). Violence in the Family: a Review of Research in the Seventies. *Journal of Marriage and Family*, 42(4), 873-885.
- Gelles, Richard J. (1985). Family Violence. *Annual Review of Sociology*, 11, 347-367.
- Gilfus, Mary E., Trabold, Nicole., O'Brien, Patricia., y Fleck-Henderson, Ann. (2010). Gender and Intimate Partner Violence: Evaluating the Evidence. *Journal of Social Work Education*, 46(2), 245-263. <https://doi.org/10.5175/JSWE.2010.200900019>
- Goodfriend, Wind., y Arriaga, Ximena B. (2018). Cognitive Reframing of Intimate Partner Aggression: Social and Contextual Influences. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 15(11), 2464-2477. <https://doi.org/10.3390/ijerph15112464>
- Graham-Kevan, Nicola., y Archer, John. (2008). Does controlling behavior Predict Physical Aggression and Violence to Partners? *Journal of Family Violence*, 23(7), 539-548. <https://doi.org/10.1007/s10896-008-9162-y>
- Graham-Kevan, Nicola., Zacarias, Antonio.Eugenio., y Soares, Joaquim J.F. (2012). Investigating Violence and Control Diadically in a Help-Seeking Sample from Mozambique. *The Scientific World Journal*, 12, 1-12. <https://doi.org/10.1100/2012/590973>
- Grandin, Elaine., Lupri, Eugen. y Brinkerhoff, Merlin B. (1998). Couple Violence and Psychological Distress. *Canadian Journal of Public Health/Revue de Santé Publique*, 89(1), 43-47. Recuperado 22 junio de 2020, de <http://www.jstor.com/stable/41992806>
- Hamby, Sherry L., y Sugarman, David B. (1999). Acts of Psychological Aggression against a Partner and Their Relation to Physical Assault and Gender. *Journal of Marriage and Family*, 61(4), 959-970. <https://doi.org/10.2307/354016>
- Hamel, John., Jones, Daniel N., Dutton, Donal G., y Graham-Kevan, Nicola. (2015) The CAT; a Gender -Inclusive Measure of Controlling and Abusive Tactics. *Violence and Victims*, 30(4), 547-580. <https://doi.org/10.1891/0886-6708.VV-D-13-00027>
- Hardesty, Jennifer L., Crossman, Kimberly A., Haselschwerdt, Megan L., Raffaelli, Marcela., Ogolsky, Brian G., y Johnson, Michael P. (2015). Toward a Standard Approach to Operationalizing Coercive Control and Classifying Violence Types. *Journal of Marriage and Family*, 77(4), 833-843. <https://doi.org/10.1111/jomf.12201>
- Haraway, Donna J. (1995). Ciencia, Cyborgs y mujeres: La Reinención de la Naturaleza. (M. Talents, Trans.). Ediciones Cátedra. (Originalmente publicado en 1991).
- Hayes, Brittany E., y Kopp, Phillip M. (2020). Gender Differences in the Effect of Past Year Victimization on Self-Reported Physical and Mental Health: Findings from the 2010 National Intimate Partner and Sexual Violence Survey. *American Journal of Criminal Justice*, 45(2), 293-312. <https://doi.org/10.1007/s12103-019-09510-7>
- Hines, Denise A., y Douglas, Emily M. (2015). Health Problems of Partner Violence Victims: Comparing Help-Seeking Men to a Population-Based Sample. *American Journal of Preventive Medicine*, 48(2), 136-144. <https://doi.org/10.1016/j.amepre.2014.08.022>
- Hines, Denise A., y Douglas, Emily M. (2018). Influence of Intimate Terrorism, Situational Couple Violence, and Mutual Violent Control on Male Victims. *Psychology of Men and Masculinity*, 19(4), 612-623. <https://doi.org/10.1037/men0000142>
- Hotelling, Gerald T., Straus, Murray. A. y Lincoln, Alan J. (1989). Intrafamily Violence, and Crime and Violence outside the Family. *Crime and Justice*, 11, 315-375.
- Jasinski, Jana., Blumenstein, Lindsey., y Morgan, Rachel. (2014). Testing Johnson's Typology: Is there Gender Symmetry in Intimate Terrorism? *Violence and Victims*, 29(1), 73-88. <https://doi.org/10.181/0886-6708.VV-D-12-00146>
- Jewkes, Rachel. (2002). Intimate Partner Violence: Causes and Prevention. *The Lancet*, 359(9315), 1423-1429. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(02\)08357-5](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(02)08357-5)
- Johnson, Michael P. (1995). Patriarchal Terrorism and Common Couple Violence: two Forms of Violence against Women. *Journal of Marriage and Family*, 57(2), 283-294. <https://doi.org/10.2307/353683>
- Johnson, Michael P. (2001). Conflict and Control: symmetry and asymmetry in Domestic Violence. En Alan Booth et al. (Eds.) *Couples Conflict* (94-104). Mahwah NJ. Erlbaum Associates.

- Johnson, Michael P. (2005). Domestic Violence: It's not About Gender-or is it? *Journal of Marriage and Family*, 67(5), 1126-1130. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2005.00204.x>
- Johnson, Michael P. (2006). Conflict and Control: Gender Symmetry and Asymmetry in Domestic Violence. *Violence Against Women*, 12(11), 1003-1018. <https://doi.org/10.1177/1077801206293328>
- Johnson, Michael P. (2008). *A Typology of Domestic Violence: Intimate Terrorism, Violent Resistance and Situational Couple Violence*. Northeastern University Press.
- Johnson, Michael P. (2009). Differentiating Among Types of Domestic Violence. En Elisabeth Peters y Claire M. Kamp Dush (Eds.). *Marriage and Family: Perspectives and Complexities*. (pp. 281-297). Columbia University Press: New York.
- Johnson, Michael P. (2010). Langhinrichsen-Rolling's Confirmation of the Feminist Analysis of Intimate Partner Violence: Comment on "Controversies Involving Gender and Intimate Partner Violence in the United States". *Sex Roles* 62(3-4), 212-219. <https://doi.org/10.1007/s11199-009-9697-2>
- Johnson, Michael P. (2011). Gender and Types of Intimate Partner Violence: a Response to an Anti-Feminist Literature Review. *Aggression and Violent Behavior*, 16(4), 289-296. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.04.006>
- Johnson, Michael P. (2017). A Personal Social History of a Typology of Intimate Partner Violence. *Journal of Family Theory and Review*, 9(2), 150-164. <https://doi.org/10.1111/jftr.12187>
- Johnson, Michael P., y Ferraro, Kathleen J. (2000). Research on Domestic Violence in the 1990s: Making Distinctions. *Journal of Marriage and Family*, 62(4), 948-963. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2000.00948.x>
- Johnson, Michael P., y Leone, Janel M. (2005). The Differential Effects of Intimate Terrorism and Situational Couple Violence: Findings from the National Violence Against Women Survey. *Journal of Family Issues*, 26(3), 322-349. <https://doi.org/10.1177/0192513X04270345>
- Johnson, Michael P., Leone, Janel M., y Xu, Yili. (2014). Intimate Terrorism and Situational Couple Violence in General Surveys: Ex-Spouses Required. *Violence Against Women*, 20(2), 186-207. <https://doi.org/10.1177/1077801214521324>
- Johnson, Nicole L., Holmes, Samantha C., y Johnson, Dawn M. (2016). It is and it is not: the Importance of Context when Exploring Gender Differences in Perpetration of Physical Partner Violence. *Journal of Family Violence*, 31(8), 999-1003. <https://doi.org/10.1007/s10896-016-9858-3>
- Jones, Richard T., Browne, Kevin., y Chou, Shihning. (2017). A Critique of the Revised Conflict Tactics Scales-2 (CTS2). *Aggression and Violent Behavior*, 37,83-90. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2017.08.005>
- Kelly, Joan. B. y Johnson, Michael. P. (2008). Differentiation among Types of Intimate Partner Violence: Research Update and Implications for Interventions. *Family Court Review*, 46(3), 476-499. <https://doi.org/10.1111/j.1744-1617.2008.00215.x>
- Kernsmith, Poco., y Kernsmith, Roger. (2009). Treating Female Perpetrators: State Standards for Batterer Intervention Services. *Social Work*, 54(4), 341-349. <https://doi.org/10.1093/sw/54.4.341>
- Kimmel, Michael. (2010). "Gender Symmetry" in Domestic Violence, *Misframing Men: The Politics of Contemporary Masculinities*. Rutgers University Press.
- Krahé, Barbara., y Berger, Anja. (2005). Sex Differences in Relationship Aggression Among Young Adults in Germany. *Sex Roles*, 52(11/12), 829-838. <https://doi.org/10.1007/s11199-005-4202-z>
- Kurz, Demie. (1989). Social Science Perspectives on Wife Abuse: Current Debates and Future Directions. *Gender and Society*, 3(4), 489-505.
- Kurz, Demie. (1990). Interventions with Battered Women in Health Care Settings. *Violence and Victims*, 5(4), 243-258. <https://doi.org/10.1891/0886-6708.5.4.243>
- Kurz, Demie. (1997). Physical Assaults by Male Partners: A Major Social Problem. In Walsh Mary Roth (Ed.), *Women, Men, and Gender: Ongoing Debates* (pp. 222-232). Yale University Press. Retrieved June 22, 2020, from www.jstor.org/stable/j.ctt32brbj.34
- Larsen, Sadie E., y Hamberger, L. Kevin. (2015). Men's and Women's Experience of IPV Part II: A Review of New Developments in Comparative Studies in Clinical Population. *Journal of Family Violence*, 30(8), 1007-1030. <https://doi.org/10.1007/s10896-015-9730-x>
- Leone, Janel M., Johnson, Michael P., Cohan, Catherine L., y Lloyd, Susan E. (2004). Consequences of Male Partner Violence for Low-Income Minority Women. *Journal of Marriage and Family* 66(2), 472-490. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2004.00032.x>

- Leone, Janel M., Johnson, Michael P., y Cohan, Catherine L. (2007). Victim Help Seeking: Differences between Intimate Terrorism and Situational Couple Violence. *Family Relations*, 56(5), 427-439. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3729.2007.00471.x>
- Liang, Belle., Goodman, Lisa., Tummala-Narra, Pratyusha., y Weintraub, Sarah. (2005). A Theoretical Framework for Understanding Help-Seeking Processes Among Survivors of Intimate Partner Violence. *American Journal of Community Psychology*, 36(1/2), 71-84. <https://doi.org/10.1007/s10464-005-6233-6>
- Loinaz, Ismael. (2014). Distorsiones Cognitivas en Agresores de Pareja: Análisis de una Herramienta de Evaluación. *Terapia Psicológica*, 32(1), 5-17. <https://doi.org/10.4067/S0718-48082014000100001>
- López Ferré, Sandra y Andrés Pueyo, Antonio. (2007). *Adaptación de la S.A.R.A.: Evaluación del riesgo de violencia en la pareja*. Generalitat de Catalunya, Departament de Justícia: Centre d'Estudis Jurídics i Formació Especialitzada. http://cejfe.gencat.cat/web/.content/home/recerca/catalog/crono/2007/prediccionViolenciaMujeres_ES.pdf
- Machado, Andreia., Santos, Ariana., Graham-Kevan, Nicola., y Matos, Marlene. (2019). The Prevalence of Bi-Directional Intimate Partner Violence Reported by Portuguese Men. *International Journal of Law, Crime and Justice*, 57, 83-90. <https://doi.org/10.1016/j.ijlcrj.2019.03.002>
- Mackay, Jenny., Bowen, Erica., Walker, Kate., y O'Doherty, Lorna. (2018). Risk Factors for Female Perpetrators of Intimate Partner Violence Within Criminal Justice Settings: a Systematic Review. *Aggression and Violent Behavior*, 41, 128-146. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2018.06.004>
- Maqueda Abreu, María Luisa. (2006). La Violencia de Género: Entre el Concepto Jurídico y la Realidad Social. *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, 8, 1-13.
- Matjasko, Jennifer L., Nolon, Phyllis Holditch., y Valle, Linda Anne. (2013). The Role of Economic Factors and Economic Support in Preventing and Escaping from Intimate Partner Violence. *Journal of Policy Analysis and Management*, 32(1), 122-128. <https://doi.org/10.1002/pam.21666>
- Michalski, Joseph. H. (2005). Explaining Intimate Partner Violence: the Sociological Limitations of Victimization Studies. *Sociological Forum*, 20(4), 613-640. <https://doi.org/10.1007/s11206-005-9060-5>
- Millet, Kate. (2000). *Sexual Politics*. Library of Congress. (Trabajo originalmente publicado en 1979).
- Mills, Linda G. (1999). Killing Her Softly: Intimate Abuse and the Violence of State Intervention. *Harvard Law Review*, 113(2), 550-613. <https://doi.org/10.2307/1342332>
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. (2007-2008). *Plan Nacional de Sensibilización y Prevención de la Violencia de Género*.
- Morgan, Karen., Buller, Ana María., Evans, Maggie., Trevillion, Kylee., Williamson, Emma., y Malpass, Alice.(2016). The Role of Gender, Sexuality and Context upon Help-Seeking for Intimate Partner Violence: a Synthesis of Data Across Five Studies. *Aggression and Violent Behavior*, 31, 136-146. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2016.09.001>
- Morse, Barbara J. (1995). Beyond the Conflict Tactics Scale: Assessing Gender Differences in Partner Violence. *Violence and Victims*, 10(4), 251-272. <https://doi.org/10.1891/0886-6708.10.4.251>
- Moscoso, Manolete S. (2011). El Estrés Crónico y la Medición Psicométrica del Distrés Emocional Percibido e Medicina y Psicología Clínica de la Salud. *Liberabit*, 17(1), 67-76.
- Muñoz-Rivas, Marina. J., Andreu Rodríguez, José Manuel., Graña Gómez, José Luis., O'Leary, Daniel K., y González, María del Pilar. (2007). Validación de la Versión Modificada de la Conflicts Tactics Scale(M-CTS) en Población Juvenil Española. *Psicothema*, 19(4).
- Nybergh, Lotta., Enander, Viveka., y Krantz, Gunilla. (2016). Theoretical Considerations on Men's Experiences of Intimate Partner Violence: an Interview-Based Study. *Journal of Family Violence*, 31(2), 191-202. <https://doi.org/10.1007/s10896-015-9785-8>
- ONU Mujeres. (2012). Manual de Legislación sobre la Violencia Contra la Mujer. Nueva York. Recuperado 5 de agosto de 2020 de https://www.mapa.gob.es/factores_de_riesgo/ministerio/planes-estrategias/igualdad-de-opportunidades/onumanuallegislation_tcm36-428123.pdf
- Papp, Leanna J., Liss, Miriam., Erchull, Mindy J., Godfrey, Hester., y Waaland-Kreutzer, Lauren. (2017). The Dark Side of Heterosexual Romance: Endorsement of Romantic Beliefs Relates to Intimate Partner Violence. *Sex Roles*, 76(1-2), 99-109. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0668-0>

- Puente-Martínez, Alicia., Ubillos-Landa, Silvia., Echeburúa, Enrique., y Páez-Rovira, Darío. (2016). Factores de Riesgo asociados a la Violencia Sufrida Por la Mujer en la Pareja: Una Revisión de Meta-análisis y Estudios Recientes. *Anales de Psicología*, 32(1), 295-306.
- Redondo Illescas, Santiago., Sánchez-Meca, Julio., y Garrido Genovés, Vicente. (2002). Los Programas Psicológicos con Delincuentes y su Efectividad: La Situación Europea. *Psicothema*, 14, 164-173.
- Renzetti, Claire M. (1989). Building a Second Closet: Third Party Responses to Victims of Lesbian Partner Abuse. *Family Relations*, 38(2), 157-163. <https://doi.org/10.2307/583669>
- Ronfeldt, Heidi M., Kimerling, Rachel., y Arias, Ileana. (1998). Satisfaction with Relationship Power and the Perpetration of Dating Violence. *Journal of Marriage and Family*, 60(1), 70-78. <https://doi.org/10.2307/353442>
- Rosen, Karen. H., Stith, Sandra. M., Few., April. L., Daly, Kathryn. L., y Tritt, Dari. R. (2005). A Qualitative Investigation of Johnson's Typology. *Violence and Victims*, 20(3), 319-334. <https://doi.org/10.1891/vivi.20.3.319>
- Rosebaum, Alan., y Leisring, Penny. A. (2003). Beyond Power and Control: Towards and Understanding of Partner Abusive Men. *Journal of Comparative Family Studies*, 34(1), 7-22. <https://doi.org/10.3138/jcfs.34.1.7>
- Santambrogio, Jacopo., Colmegna, Fabrizia., Trotta, Giulia., Cavalleri, Pietro R., y Clerici, Massimo. (2019). Intimate Partner Violence (IPV) e fattori associati: una panoramica sulle evidenze epidemiologiche e qualitative in letteratura. *Rivista di Psichiatria*, 54(3), 97-108. <https://doi.org/10.1708/3181.31598>
- Santana, M. Christina., Raj, Anita., Decker, Michele. R., La Marche, Ana., y Silverman, Jay G. (2006). Masculine Gender Roles Associated with Increased Sexual Risk and Intimate Partner Violence Perpetration among Young Adult Men. *Journal of Urban Health*, 83(4), 575-585. <https://doi.org/10.1007/s11524-006-9061-6>
- Savall, Frédéric., Lechevalier, Agathe., Hérin, Fabrice., Vergnault, Marion., Telmon, Norbert., y Bartoli, Christophe. (2017). A ten-year Experience of Physical Intimate Partner Violence (IPV) in a French Forensic Unit. *Journal of Forensic and Legal Medicine*, 46, 12-15. <https://doi.org/10.1016/j.flm.2016.12.007>
- Saunders, Daniel G. (1988). Other "Truths" about Domestic Violence: A Reply to McNeely and Robinson-Simpson. *Social Work*, 33(2), 179-183. Recuperado 22 de junio de 2020 de <http://www.jstor.com/stable/23715238>
- Secretaría General de Instituciones Penitenciarias. (2010). Violencia de Género: Programa de Intervención para Agresores, PRIA. <http://www.interior.gob.es/documents/642317/1201664/Violencia+de+g%C3%A9nero+-+Programa+de+Intervenci%C3%B3n+para+Agresores+%28PRIA%29%20%28NIPO+126-10-079-4%29.pdf/06f89324-19ae-4b3d-802a-d07c6899348f>
- Secretaría General de Instituciones Penitenciarias. (2011). *El delincuente de Género en Prisión: Estudio de las características Personales y criminológicas y la Intervención en el Medio Penitenciario*. <http://www.interior.gob.es/documents/642317/1201664/El+delincuente+de+g%C3%A9nero+en+prisi%C3%B3n+-+estudio+de+las+caracter%C3%ADsticas+personales+y+criminol%C3%B3gicas+y+la+intervenci%C3%B3n+en+el+medio+penitenciario+%28NIPO+126-10-103-7%29.pdf/25a71510-468b-49c1-a403-63bc093ca4ae>
- Secretaría General de Instituciones Penitenciarias (2015). Programa de Intervención para Agresores de Violencia de Género en Medidas Alternativas: PRIA-MA. <https://es.scribd.com/document/396448839/programa-de-intervencion-para-agresores-de-violencia-de-ge-nero-en-medidas-alternativas>
- Secretaría General de Instituciones Penitenciarias (2019). Evaluación de la Eficacia de un Programa de Tratamiento para el Empoderamiento de mujeres en prisión: Programa Sermujer.es http://www.interior.gob.es/documents/642317/1201664/Evaluacion+de+la+eficacia+de+un+programa+tratamiento+empoderamiento+mujer+prision+SerMujer_126190502_web_vf.pdf/3b6ff1cd-c773-4f86-8fa6-0988fce67057
- Smith, Michael D. (1990). Patriarchal Ideology and Wife Beating: A Test of a Feminist Hypothesis. *Violence and Victims*, 5(4), 257-273. <https://doi.org/10.1891/0886-6708.5.4.257>
- Sordi Stock, Bárbara. (2016). Programas para Agresores de Violencia de Género en Prisión: ¿Avanzamos o Caminamos en Círculos? *Estudios Penales y Criminológicos*, 36, 79-129.
- Stark, Evan. (2006). Commentary on Johnson's "Conflict and Control: Gender Symmetry and Asymmetry in Domestic Violence". *Violence Against Women*, 12(11), 1019-1025. <https://doi.org/10.1177/1077801206293329>
- Stark, Evan. (2007). *Coercive Control: How Men Entrap Women in Personal Life*. Oxford University Press.
- Steffensmeier, Darrell., y Allan, Emilie. (1996). Gender and Crime: Toward a Gendered Theory of Female Offending. *Annual Review of Sociology*, 22, 459-487.

- Steinmetz, Suzanne K. (1977) The Use of Force for Resolving Family Conflict: the Training Ground for Abuse. *The Family Coordinator*, 26(1), 19-26. <https://doi.org/10.2307/581856>
- Stets, Jan E., y Burke, Peter. J. (2005). Identity Verification, Control, and Aggression in Marriage. *Social Psychology Quarterly*, 68(2), 160-178. <https://doi.org/10.1177/019027250506800204>
- Stets, Jan E. y Pirog-Good, Maureen A. (1987). Violence in Dating Relationships. *Social Psychology Quarterly*, 50(3), 237-246. <https://doi.org/10.2307/2786824>
- Stith, Sandra M., Rosen, Karen H., Middleton, Kimberly A., Busch, Amy L., Lundeberg, Kirsten., y Carlton, Russell. (2000). The Intergenerational Transmission of Spouse Abuse: a Meta-Analysis. *Journal of Marriage and Family*, 62(3), 640-654. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2000.00640.x>
- Stocks, J Timothy., Gelles, Richard J., Straus, Murray A. y Harrop, John W. (1988). A Reassessment of the Straus and Gelles Data. *Journal of Marriage and Family*, 50(1), 281-291. <https://doi.org/10.2307.352446>
- Stockdale, Laura., Tackett, Sarah., y Coyne, Sarah. M. (2013). Sex Differences in Verbal Aggression Use in Romantic Relationships: a Meta-analytic Study and Review. *Journal of Aggression, Conflict, and Peace Research*, 5(3), 167-178. <https://doi.org/10.1108/JACPR-09-2012-0003>
- Straus, Murray A. (1979). Measuring Intrafamily Conflict and Violence: The Conflict Tactics (CT) Scales. *Journal of Marriage and Family*, 41(1), 75-88. <https://doi.org/10.2307/351733>
- Straus, Murray A. (1997). Physical Assaults by Women Partners: a Major Social Problem. In Mary Roth Walsh (Ed.) *Women, Men, and Gender: Ongoing Debates*. Yale University Press. 210-231.
- Straus, Murray. A. (2008). Dominance and Symmetry in Partner Violence by Male and Female University Students in 32 Nations. *Children and Youth Services Review*, 30(3), 252-275. <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2007.10.004>
- Straus, Murray A. (2010). Thirty Years of Denying the Evidence on Gender Symmetry in Partner Violence: Implications for Prevention and Treatment. *Partner Abuse*, 1(3), 332-362. <https://doi.org/10.1891/1946-6560.1.3.332>
- Straus, Murray A. (2011). Gender symmetry and Mutuality in Perpetration of Clinical-Level Partner Violence: Empirical Evidence and Implications for Prevention and Treatment. *Aggression and Violent Behavior*, 16(4), 279-288. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.04.010>
- Straus, Murray A. (2015). Dyadic Concordance and Discordance in Family Violence: a Powerful and Practical Approach to Research and Practice. *Aggression and Violent Behavior*, 24, 83-94. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2015.04.011>
- Straus, Murray A., y Douglas, Emily M. (2004). A Short Form of the Revised Conflict Tactics Scales, and Typologies for Severity and Mutuality. *Violence and Victims*, 19(5), 507-520. <https://doi.org/10.1891/088667004780927800>
- Straus, Murray A., y Gozjolko, Kristi L. (2014). "Intimate Terrorism" and Gender Differences in Injury of Dating Partners by Male and Female University Students. *Journal of Family Violence*, 29(1), 51-65. <https://doi.org/10.1007/s10896-013-9560-7>
- Straus, Murray A., Hamby, Sherry L., Boney-McCoy, Sue., y Sugarman, David B. (1996). The Revised Conflict Tactics Scales (CTS2): Development and Preliminary Psychometric Data. *Journal of Family Issues* 17(3), 283-316. <https://doi.org/10.1177/019251396017003001>
- Sugarman, David B., y Frankel, Susan L. (1996). Patriarchal Ideology and Wife-Assault: a Meta-Analytic Review. *Journal of Family Violence*, 11(1), 13-40. <https://doi.org/10.1007/BF02333338>
- Tamarit, Josep M^a. (2007). Política Criminal con Bases Empíricas en España. *Política Criminal: Revista Electrónica Semestral de Políticas Públicas en Materias Penales*, 3(1-16).
- USAID (United States Agency International Development). (2019). *Jóvenes por la Igualdad. Guía Práctica de Masculinidades Alternativas*. Guatemala. Recuperado el día 26 de agosto de 2020 de http://www.usaidlea.org/images/Masculinidades_alternativas_2019_F.pdf
- VanderEnde, Kristin. E., Yount, Kathryn., Dynes, Michelle. M., y Sibley, Lynn.M. (2012). Community-Level Correlates of Intimate Partner Violence Against Women Globally: a Systemic Review. *Social Science & Medicine*, 75(7), 1143-1155. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2012.05.027>
- Waalén, Jill., Goodwin, Mary M., Spitz, Alison M., Petersen, Ruth., y Saltzman, Linda E. (2000). Screening for Intimate Partner Violence by Health Care Providers Barriers and Interventions. *American Journal of Preventing Medicine*, 19(4), 230-237. [https://doi.org/10.1016/S0749-3797\(00\)00229-4](https://doi.org/10.1016/S0749-3797(00)00229-4)

Weinberg, Michael., y Smadar-Dror, Ronit. (2016). When Agreements Blur Disputes: Do Common Assumptions Regarding General Implications of Intimate Physical Partner Violence Mediate or Intensify the Controversy? *Journal of Family Violence*, 31(8), 955-958. <https://doi.org/10.1007/s10896-016-9884-1>

Winstok, Zeev. (2011). The Paradigmatic Cleavage on Gender Differences in Partner Violence Perpetration and Victimization. *Aggression and Violent Behavior*, 16(4), 303-311. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.04.004>

Winstok, Zeev. (2013). What can we learn from the Controversy Over the Role of Gender in Partner Violence? *Partner Abuse*, 4(3), 399-412. <https://doi.org/10.1891/1946-6560.4.3.399>

Zweig, Janine M., Yahner, Jennifer., Dank, Meredith., y Lachman, Pamela. (2014). Can Johnson's Typology of Adult Partner Violence Apply to Teen Dating Violence? *Journal of Marriage and Family*, 76(4), 808-825. <https://doi.org/10.1111/jomf.12121>

Legislación

Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer, Nueva York, 18 de diciembre de 1979. (BOE [en línea], núm. 69, 21-03-1984, pág. 7715-7720). < <https://www.boe.es/boe/dias/1984/03/21/pdfs/A07715-07720.pdf>>. [Consulta 02/08/2020]

ONU: Asamblea General, *Declaración para la Eliminación de Violencia contra la Mujer: Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993*, A/RES/48/104, disponible en esta dirección: <https://www.refworld.org/es/docid/50ac921e2.html> [Consulta el 02/08/2020] de la Asamblea General de Naciones Unidas, 20 de diciembre de 1993.

España. Constitución, de 31 de octubre. (BOE, núm. 311, 29/12/1978, pág. 29313-29424).

España. Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. (BOE [en línea], núm. 313, 29-12-2004, pág. 42166-42197). < <https://www.boe.es/boe/dias/2004/12/29/pdfs/A42166-42197.pdf>> [Consulta 02/08/2020]

España. Ley Orgánica 1/1979, de 26 de septiembre, General Penitenciaria. (BOE, núm. 239, de 05/10/1979, pág. 23180-23186).

España. Real Decreto 190/1996, de 9 de febrero, por el que se aprueba el Reglamento Penitenciario (BOE, núm. 40, 15/02/1996, pág. 5380-5435).

Aragón. Ley 4/2007, de 22 de marzo, de Prevención y Protección Integral a las Mujeres Víctimas de Violencia en Aragón. (BOE [en línea], núm. 141, 13-06-2007, pág. 25632-25640). < <https://www.boe.es/eli/es-ar/l/2007/03/22/4/dof/spa/pdf>> [Consulta 02/08/2020]

Catalunya. Llei 5/2008, del 24 d'abril, del dret de les dones a eradicar la violència masclista. (DOGC [en línea], núm. 5123, 02/05/2008, pág. 34425-34462). < https://dibaaps.diba.cat/vnis/temp/CIDO_dogc_2008_05_20080502_08115106.pdf> [Consulta 02/08/2020]

Tabla de ilustraciones

Ilustración 1(Amnistía Internacional, n.d)	5
Ilustración 2 (Andrés-Pueyo et al., 2008), p.109	8
Ilustración 3(Goodfriend y Arriaga, 2018).	24
Ilustración 4:(Pence y Paymar, 1993; citado en M.P. Johnson 1995, 2006)	58
Ilustración 5(Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2007-2008, p.5)	84